
MATHIAS ENARD
Desertar
RANDOM
HOUSE

MATHIAS ENARD

Desertar

Traducción de Robert Juan-Cantavella



RANDOM HOUSE

Y contra sus mejillas frescas posé yo mi mejilla, que solo conoce el beso de la culata del fusil.

FRANCIS JAMMES,
Cinq Prières pour le temps de la guerre

I

Ha dejado el arma en el suelo y se quita como puede las botas, cuyo hedor (excrementos, sudor roñoso) viene a sumarse al cansancio. Los dedos sobre los lazos deshilachados son ramas resecas ligeramente chamuscadas aquí y allá; las uñas son del color de las botas, habrá que rascarlas con la punta del cuchillo para arrancarles la mugre, el fango, la sangre reseca, pero eso será después, ahora no le quedan fuerzas; del calcetín asoman dos dedos de carne y tierra como enormes gusanos maculados que escaparan reptando de un tronco oscuro, nudoso a la altura del tobillo.

Enseguida se pregunta, como cada mañana, como cada noche, por qué las botas le apestan a mierda, es inexplicable,

ya puedes remojarlas en los charcos que te vas encontrando, frotarlas contra los hierbajos chirriantes, que no hay forma,

y eso que tampoco es que haya tantos perros o animales salvajes por estas alturas guijarrosas pobladas de encinas, de pinos y matorrales espinosos donde la lluvia deja tras de sí un fino fanguillo y un aroma de sílex, y no de mierda, y sin embargo es como si toda la región hediese a humedad, desde el mar, las colinas de naranjos y luego de olivos, hasta lo más profundo de las montañas, de estas montañas; incluso él mismo, su propio olor y no el de las botas, pero no logra decidirse y las acaba arrojando contra el borde de la torrentera que lo oculta del sendero, un poco más arriba en la cuesta.

Se tumba de espaldas directamente sobre las piedras, suspira, el cielo es violáceo, los destellos del ocaso iluminan por debajo las nubes rápidas que son un lienzo, la pantalla de unos fuegos artificiales. La primavera ya casi está aquí y con ella se avecinan las lluvias, a menudo torrenciales, que transforman las montañas en bidones acribillados a balazos y las desbordan por el menor huequecito en

poderosas fuentes, cuando el aire huele a tomillo y a la flor de los frutales, copos blancos esparcidos entre las paredes por la violencia del aguacero. También sería mala suerte que ahora se pusiera a llover. Aunque al menos le limpiaría esos pellejos. Las botas, el uniforme, los calcetines, pues tiene dos pares y están los dos igual de acartonados, rígidos, ajados. La traición comienza por el cuerpo,

¿hace cuánto que no te lavas?

Cuatro días que caminas cerca de las crestas para evitar los pueblos,

la última agua con que te refrescaste olía a gasolina y dejaba la piel grasienta,

estás muy lejos de la pureza, solo bajo el cielo observando de reojo los cometas.

El hambre lo obliga a enderezarse y a engullir sin placer tres galletas militares, las últimas, unas placas marrones y duras, sin duda una mezcla de serrín y pegamento de yegua vieja; por un instante maldice la guerra y a los soldados,

tú sigues siendo uno de ellos, aún llevas armas, munición, recuerdos de guerra,

podrías esconder el arma y los cartuchos en un rincón y convertirte en un mendigo, deshacerte también del cuchillo, los mendigos no llevan puñal,

las botas con olor a mierda, seguir descalzo,

la chaqueta de color miseria e ir a pecho descubierto,

acabada la comida, se bebe los restos de la cantimplora y juega a mear tan lejos como puede hacia el valle.

Vuelve a acostarse, esta vez contra la pared, la parte inferior de la mochila bajo la cabeza; en la sombra es invisible, lástima por los bichos (arañas rojas, minúsculos escorpiones, escolopendras con dientes afilados como remordimientos) que corretearán sobre su torso, se deslizarán sobre su cabeza prácticamente al cero, se pasearán por esa barba suya más áspera que una zarza. El fusil contra sí, la culata bajo el hombro, el cañón hacia el suelo. Envuelto en el trozo de tela grasienta que le sirve de manta y de techo.

La montaña ruge; un poco de viento dobla las cumbres, desciende hasta el valle y vibra entre los arbustos; el grito de las estrellas es

glacial. No hay nubes, esta noche no lloverá.

Ángel santo de la guarda, protector de mi alma y de mi cuerpo, perdóname todos los pecados cometidos en este día y líbrame de las tretas del enemigo, a pesar del calor de la oración la noche sigue siendo una fiera nutrida de angustia, una fiera con aliento de sangre, ciudades en ruinas recorridas por madres que blanden el cadáver mutilado de sus hijos frente a hienas desaliñadas que los torturarán y los dejarán desnudos, mancillados, los pezones arrancados a bocados ante la mirada de sus hermanos violados con un garrote, el terror desparramado por todo el país, la peste, el odio y la noche, esa noche que te sigue envolviendo para echarte en brazos de la cobardía y la traición. De la huida y la deserción. ¿Cuánto tiempo habrá que seguir caminando? La frontera está a unos pocos días de aquí, más allá de las montañas que pronto se convertirán en colinas de tierra roja punteada de olivos. Esconderse va a ser difícil. Muchos pueblos, ciudades, campesinos, soldados,

tú la región ya la conoces,

aquí estás en casa,

nadie va a ayudar a un desertor,

mañana llegarás a la choza de la montaña,

la cabaña, la casucha, allí te refugiarás un tiempo,

la cabaña te protegerá con su infancia,

vendrán los recuerdos a acariciarte,

a veces el sueño llega por sorpresa como la bala de un francotirador emboscado.

II

Hace más de veinte años, el 11 de septiembre de 2001, en el Havel, cerca de Potsdam, a bordo de aquel crucero, un barquito fluvial bautizado con el bonito y pomposo nombre de Beethoven, el verano parecía vacilar.

Los sauces seguían verdes, los días aún eran templados, pero antes del amanecer subía del río una niebla glacial, y unas nubes enormes llegadas del lejano mar Báltico se deslizaban sobre nosotros.

Nuestro hotel flotante había salido de Köpenick, al este de Berlín, el lunes 10 a primera hora de la mañana. Maja aún estaba ágil, enérgica. Subía a la cubierta superior para caminar; un paseíto entre los chubascos, las tumbonas y los juegos de cubierta. Las cúpulas verdes y la flecha dorada de la catedral de Berlín, allá a lo lejos al pasar, la tenían encandilada. Se imaginaba a todos aquellos angelitos dorados, eso decía, escapando de su prisión de piedra y alzando el vuelo en una nube de hojas de acanto mecidas por el sol.

El agua del Spree era ora de un azul oscuro y mate, ora de un verde rojizo. Las semanas anteriores, toda Alemania se había visto sacudida por unas tormentas cuyas aguas vinieron a cebar incluso el Havel y el Spree, por lo normal más bien bajos a finales de aquel verano.

Navegábamos entre remolinos.

Me acuerdo de la confluencia del Spree, los islotes arbolados, la luz de sal que salpicaba los altos álamos negros y el flujo fangoso del canal que la estela de la embarcación mezclaba con las enceradas aguas del río.

Maja y yo estábamos en cubierta cada una en una butaca de lona, al sol, en la parte de atrás, en la popa como debe decirse, y mirábamos cómo todo iba huyendo: el paisaje se ensanchaba como si el estrave del barco fuese abriendo la materia verde del follaje.

Celebrábamos con unos meses de retraso los diez años de la refundación del Instituto por parte de Paul, y a la vez rendíamos homenaje al propio fundador. O, más concretamente, celebrábamos los diez años de la «unificación» del Instituto, en la primavera de 1991, y los cuarenta años de su creación, en 1961. Pero ante todo se trataba de una celebración de las investigaciones de Paul. Creo que no faltaba nadie: de los históricos, los del Este, estaban todos; de los miembros nuevos, los colegas de Berlín y de otros lugares, casi todos habían respondido presente. Algunos, entre ellos Linden Pawley, Robert Kant y unos cuantos investigadores franceses, venían incluso del extranjero. Aquel congreso flotante se titulaba «Jornadas Paul Heudeber»; teníamos previstas dos sesiones al día, teoría de los números, topología algebraica, y una sesión de historia de las matemáticas en la que debía participar yo.

El único ausente era el propio Paul.

Maja acababa de festejar su octogésimo tercer aniversario.

Maja bebía litros de té.

Maja estaba contenta y triste y silenciosa y locuaz.

Todos sabíamos que allí, a bordo del Beethoven, en un coloquio de matemáticas, no pintaba nada; todos sabíamos que era indispensable.

Prof. Dr. Paul Heudeber
Elsa-Brändström-Str. 32
1100 Berlín Pankow
RDA

Maja Scharnhorst
Heussallee 33
5300 Bonn 1

Domingo, 1 de septiembre de 1968

Maja Maja Maja

Quitémosle el posesivo: el amor desnudo.

Pues ha ido creciendo en la ausencia y la noche: la falta de ti es una fuente. Un cuerpo, un anillo; eres marchamo de todo, única. Tu alejamiento acerca el infinito. Solo tú me permites esconderme del tiempo, del mal, del flujo de la melancolía. Cuando oigo sus gritos, me pregunto qué fue de mi juventud.

Me tapo los oídos con cálculos científicos.

Ruedo cuesta abajo por superficies que nadie ha pisado antes.

Me acuerdo del septiembre de 1938. El fuego anidaba en el hierro; nuestro fuego en los hierros.

Nos manteníamos de pie frente a las ruinas por venir.

Nos mantuvimos, pendiendo el uno del otro por la fuerza del recuerdo.

Como nos mantenemos firmes hoy, en el miedo y la esperanza cara al mundo ante nosotros.

Irina acaba de cumplir diecisiete años; para una estrella, apenas un

parpadeo.

Me muero de ganas de que vuelvas por aquí.

Haré concesiones; os visitaré en el Oeste.

He leído tu precioso texto sobre el asunto de Praga, en ese horrible periódico.

Echo de menos nuestros enfrentamientos.

El martes salgo hacia Moscú, un congreso.

Me pregunto cómo estarán pensando allí estos tiempos peligrosos.

Moscú de las gruesas torres y los camaradas.

Escríbeme.

Decir que te mando un beso es poco decir.

PAUL

La mayoría de los viajeros en tren prefieren sentarse en el sentido de la marcha.

Un historiador es un viajero que decide no sentarse en el sentido de la marcha.

El historiador de las ciencias es un historiador que, sentado en sentido contrario al de la marcha, vuelto hacia atrás y a diferencia de la mayoría de los historiadores, no mira por la ventana.

La historiadora de las matemáticas es una historiadora de las ciencias que, sentada en sentido contrario al de la marcha, con los ojos cerrados, trata de demostrar que los árabes inventaron los trenes.

Nadie se rio.

Debo decir que yo era la única historiadora del coloquio. Todos los demás eran matemáticos, matemáticas, físicos, físicas o, peor aún, lógicos. Todas y todos sentados en el sentido de la marcha. Mirando hacia la innovación, la invención, el descubrimiento. Yo era la única que no se interesaba tanto por las gloriosas demostraciones e invenciones del mañana como por los empalagosos meandros del pasado. Meandros del pasado que proyectan sus luces hacia el fondo del futuro, y yo, durante la sesión de las Jornadas Paul Heudeber en el Havel, sentía que aquel público de eruditas y eruditos escucharía mi exposición sobre Nasiruddin Tusi y los números irracionales con un respeto solamente circunstancial, lleno de consideración por mí y por mi madre, quien entre paseo y paseo por cubierta y a pesar de su avanzada edad, no iba a perderse un segundo de las intervenciones.

Maja estuvo en el origen de la idea de aquel coloquio fluvial; creo recordar que Jürgen Thiele, el secretario general, había propuesto «un paseo vespertino por el Spree o por el Havel» como conclusión de las Jornadas, que inicialmente iban a celebrarse en el Instituto en Berlín;

ella hizo una mueca, en el mejor de los casos el Spree o el Havel siguen siendo Berlín, en el peor Brandemburgo, por qué no el Danubio, y Jürgen Thiele abrió mucho los ojos, el Danubio, pero está muy lejos, e imagino que Maja se echaría a reír, de acuerdo, vayamos por el Havel, pero por lo menos que todo el coloquio sea en un barco, y Jürgen Thiele estaba agobiado (me lo explicó él mismo más tarde) porque en esos días de homenaje no quería negarle nada a mi madre, pero sus fondos eran limitados; la historia de un coloquio fluvial le seguía pareciendo absurda, un capricho de viejos.

Sin embargo, pocas semanas antes de la publicación de la convocatoria para las Jornadas, Thiele se vio sorprendido por la llegada de dos cartas en un mismo día: una informándole de que la facultad de matemáticas de la Universidad de Potsdam se ofrecía a coorganizar con nuestro Instituto las Jornadas Paul Heudeber, y otra en la que la Fundación Georg Cantor (sin que Thiele hubiera solicitado nada) concedía una enorme subvención para la celebración del coloquio, lo cual hacía posible (aunque igual de aberrante, pensó, pero no lo dijo) organizarlo sobre el agua.

La trágica muerte de Paul unos años antes había suscitado una cálida emoción en la comunidad científica; todo el mundo estaba dispuesto a participar, y aunque la mayoría de los organizadores (Jürgen Thiele el primero, pensé yo) ignoraba las razones del deseo de Maja, nadie quería decepcionarla. Las dos misivas llegaron en el momento oportuno, y Jürgen tenía todos los motivos para sospechar, seguramente con razón, que Maja había tomado su estilográfica o descolgado el teléfono: aunque teóricamente retirada de la política desde las elecciones federales de 1998, seguía teniendo el poder suficiente como para atraer sobre sus proyectos una «atención generosa». El dinero de la Fundación Georg Cantor fue bienvenido; como coorganizador, Jürgen Thiele se puso en contacto con la Universidad de Potsdam, que celebraba su décimo aniversario y cuya fundación había contado con la ayuda de Paul: muchos de los profesores de matemáticas habían sido alumnos suyos.

Así que las Jornadas Paul Heudeber se celebrarían en el Havel, a bordo de un crucero con una sala de conferencias capaz de acoger a la

cincuentena de congresistas. La mayor parte de los participantes no berlineses se alojaban en un hotel frente a la isla de los Pavos Reales, es decir, técnicamente en Wannsee; un hotel con nombre de albergue medieval o alpino, La Lechuza Blanca, que Maja aseguraba (yo me pregunté de dónde podía sacar semejante certeza) que existía por lo menos desde el siglo XVI, pero cuyo edificio actual –columnas dóricas sustentando un balcón monumental, ventanas con postigos verdes, rosales trepadores, como en un cuento de hadas, para suavizar la fachada con sus innumerables flores de un rojo muy oscuro tirando a negro– había sido reconstruido por Karl Schinkel durante el primer tercio del siglo XIX. La Lechuza Blanca estaba perdido en mitad del bosque, al borde del inmenso lago que el Havel atravesaba. En el Beethoven solo estaban alojados los *key speakers* y algunos otros VIP del coloquio, pues no había muchos camarotes; en cambio, las «navegaciones» de día estaban abiertas a todos: Potsdam-Elba el miércoles, jornada de homenaje propiamente dicha, sobre las investigaciones de Paul, luego isla de los Pavos Reales-Köpenick por Spandau el jueves, para clausurar las celebraciones. Solo unos pocos invitados prestigiosos llegaron el domingo para disfrutar de la «puesta en marcha» del barco, de Köpenick a Wannsee, y por lo tanto de un día de crucero adicional, el lunes, a través de Berlín.

Jürgen Thiele era todo empatía, desorden y buena voluntad. Jürgen Thiele, si bien todavía era secretario general del Instituto, ya solo seguía en el cargo por fidelidad a Paul, de quien había sido alumno treinta años antes; reconocía gustosamente que estaba cansado de organizar, de implementar, de ordenar; montar una simple comida de Navidad me horroriza, confesaba. ¡Así que imagina un coloquio con cincuenta personas! La Universidad de Potsdam le había puesto una coorganizadora adjunta, una joven doctoranda en teoría de números llamada Alma Sejdić que, en su tesis, trataba de demostrar un corolario de la primera conjetura de Paul. El añadido resultó tan nefasto como hilarante: en lugar de acumularse, esas dos fuerzas parecían conjugarse inútilmente, cuando no anularse. Los descuidos se descuidaban dos veces, las meteduras de pata acontecían por duplicado. Era como hacer un dibujo con dos bolígrafos sujetos con

una goma: constreñidas por el propio Euclides, a pesar de todos sus esfuerzos las paralelas nunca llegaban a confluir.

Jürgen Thiele tuvo que hacer gala de toda su diplomacia para no ofender a la Universidad de Potsdam, que no entendía por qué había que financiar el alquiler de un crucero *lujoso* a solo unos pocos kilómetros de sus instalaciones; pero Jürgen Thiele se había sacado de la manga la subvención de la Fundación Georg Cantor, y la idea de un congreso flotante a todo el mundo le acabó pareciendo *apasionante*.

Y así, tras varios meses de ballet en el caos, el lunes 10 de septiembre, tal como estaba previsto, Maja y yo embarcamos en Köpenick en compañía de Linden Pawley, cuyo vuelo procedente de Nueva York había aterrizado en Tegel esa misma mañana, del inevitable Robert Kant de Cambridge, y de Jürgen Thiele, que puso a nuestra disposición cinco lujosos camarotes.

III

Cada mañana desde su partida lo despierta el frío poco antes del alba. Tirita. Ningún movimiento brusco para que el rocío, perlas negras sobre la tela, no se escurra. Doblando la tienda pacientemente en forma de canal, consigue llenar la cantimplora con unos centilitros y beberse ese sudor del alba, helado, que será su único alimento en toda la mañana.

Una vez los pies perezosos envueltos en esa esponja de punto de un verde miserable y todavía húmeda, se pone en marcha en dirección a su destino, hacia el norte, porque la debacle y el olvido hay que nombrarlos. Una vez más duda si deshacerse del fusil, pesa mucho y la correa es incómoda, demasiado corta desde que la cortó para hacerse un cinturón con este cuchillo aún tan afilado, testigo también él de una soledad peligrosa, embriagada de sangre, ya no lo piensa, otra vez camina mientras los primeros rayos de sol horadan las sombras del pedregal. Esos aguijones de luz animan a los gorriones, a las currucas, a los herrerillos, cuyos aleteos siguen la estela del canto de la mañana.

Si piensa tanto en los pájaros, si está tan pendiente de su presencia y su canto, es porque le avivan el hambre; sería tan fácil emboscarse al acecho, quedarse quieto fusil en mano, aguardar a que uno de esos alados se equivoque, abatirlo para luego comérselo, pero la potencia del arma de guerra no dejaría más que plumas, el disparo resonaría lejos en las alturas, y aun si un gran faisán o una perdiz se extraviara en su línea de mira luego habría que cocinarlo, y no quiere interrumpir mucho rato su marcha, ni quedar expuesto por el fuego o el humo.

Ha decidido llegar a la casa.

Darías con ella incluso en una noche sin luna,

la cabaña,

el sendero avanza en el día entre las encinas, esparcidas por el secarral; algunos lentiscos se refugian entre las rocas, liberando al paso del caminante su perfume de botica, de farmacia olvidada; busca con la mirada la ajedrea fresca y salvaje que la primavera hace proliferar en la montaña para masticar largamente un manojo, amargo, ácido, picante; hay madroños que aún sobreviven al invierno como adornos navideños olvidados, rojos, rugosos, sabor a fresa pasada, la insulsez del olvido.

Esos frutos son astros minúsculos, planetas al alcance de la mano,

pequeñas lunas enrojecidas por el deseo y el maligno,

el sol prende, a cada paso, los pétalos de las flores del cerezo silvestre, su amarillo brillante que no hay hoja que atenúe, en sus ramas aún desnudas se abre mágica la primera grieta en el invierno.

Camina como el último hombre, en el susurro obsesivo de la montaña.

Echa de menos la mancha negra de un avión, de una lejana rapaz.

Hasta quedarse lelo de tanto recordar, el culo sobre una piedra, una de esas rocas que afloran azul-gris, que se calientan rápido al sol y huelen a metal y a piedra de fusil, tan lisas como duras: acaso hubo un estremecimiento primero, un viento ronco, premisa de la lógica de la brutalidad, un bramido anterior al celo soberano de la guerra; a él le parece que no,

lo que te ha sentado ahí es la sorpresa,

pronto las negras culebras saldrán de sus agujeros y los machos se pondrán a buscar hembras,

se afloja las botas, deshace los nudos y se las quita. El cuero está devorado por el uso, el agua y el frío. El olor a mierda no se ha ido. Sus manos están rugosas; su palma blanca está constelada de unos callos más oscuros, tiesa de tanto asir empuñaduras de madera. Sus dedos manchados de tabaco terminan en uña amarillenta con meandros de mugre oscura, en el pulgar y a lo largo de la muñeca se aprecia el trazado de las venas; las mejillas ásperas de una barba arisca, tiene el pelo grasiento y pegado en cuajos, apelmazado en mechones opacos de sangre reseca,

llegarás a la casa antes de que anochezca,

la casa, la cabaña, la casucha… yace muy adentro en sus recuerdos y esperanzas. Baliza del reino de la infancia. Lo suficientemente arriba en la montaña para que nadie se aventure hasta allí. Lo suficientemente oculta al mundo de la montaña para que pueda esconderse. Por un tiempo. Puede que el techo esté medio derrumbado, las vigas de ciprés, redondas y aún brillantes, estarán peladas, sin tejas, entre las piedras desiguales. La puerta tan baja. El porche en la parte de delante, sus tornapuntas de madera que recuerdan los brazos del Padre, sus dos postes de piedra mal

escuadrados las columnas del templo de un Dios brutal. La fachada de mampuesto sin revestimiento. La cubierta de viejas tejas de arcilla amarilla,

podrás esculpir rostros con el cuchillo en las vigas, como en otros tiempos,

tienes un hambre aterradora,

tienes hambre hasta la raíz del cabello,

imaginar el pequeño hogar del porche de la cabaña y un ave crepitando sobre las brasas retorciéndose de dolor,

tienes sed,

se bebe los restos de la cantimplora de metal. El hermoso sol de marzo se tiñe de naranja. Desde el mar sopla el viento,

sigues adelante,

aun tambaleándose un poco, torpe de vértigo, hay que seguir adelante. Deja que los pensamientos escapen tan pronto como nacen. Los disipa con los pies, los aleja caminando. Transmite sus pensamientos a sus botas y ellas los dispersan entre las piedras. Luego silencio interior, hasta el regreso del gran astro fijo del hambre.

La perfidia de la ilusión, el perfume de la primavera que llega.

El mar, que orla de blanco sus llanuras violáceas.

Tan alto en la montaña el mar no es más que una línea amenazadora, un horizonte de pena.

Su febrilidad lo aleja: cuanto más camina, más se aleja la casa.

Estás haciendo demasiado ruido,

tendrás que tener cuidado con el pedregal sobre la cabaña,

observar tumbado en la puesta de sol cualquier movimiento desconocido, perros abandonados asilvestrados por la guerra, desertores, aldeanos, primos lejanos, todos, alejados de sus reliquias, en el camino de la ermita, para escapar del sufrimiento, para acabar con la larga cuaresma de la sangre,

de pronto la primavera le quita el aliento. Una primavera de batidos de alas, de flores de rocas, de plantas espinosas, de romeros blancos y azules, del zumbido de los élitros; el sendero que andaba siguiendo ha descendido unas decenas de metros hacia el mar; se quita la ropa acartonada de roña, manchada de grasa y de sangre reseca, se queda

con el torso desnudo acariciado por la brisa unas veces y otras cegado por la potencia del sol cuya quemazón nota en los hombros, en la larga cicatriz que le recorre la espalda, hasta que el tejido de la mochila la tapa. Cansado de la correa demasiado corta agarra el arma como un cazador, con la mano izquierda rodeando el guardamano, la derecha alrededor de la empuñadura como se le sujeta el cuello a un ave, con fuerza y desenvoltura; la culata está abierta, ve brillar el latón de un casquillo en el cargador, una vez más no se deshace de ese objeto de infortunio,

pesa en tus brazos más que un niño,

deberías dejarlo atrás, esconderlo en una arboleda, a unas horas a pie de la cabaña,

echa mano a la culata bien engrasada, imposible deshacerse de él,

el destino ante ti y todas esas cosas, los restos, las huellas y el gran luto del futuro,

serás lo que Dios quiera,

la fuerza o el perdón, nada, como ese arácnido amarillo bajo tu bota, aplastado a pesar de su poder de muerte, aplastado a pesar de su aguijón, todo cuanto uno ignora de sí mismo, nos sometemos al mundo de ayer, nos sometemos ante nuestras culpas, nos sometemos ante la perspectiva del mañana, Padre nuestro concédenos hoy nuestro olvido de cada día, en los pasos demasiado numerosos que nos van lijando el alma, metro tras metro, camino tras camino, sendero tras sendero, esa emoción repentina viene de la cercanía –un día de marcha– del pueblo allá abajo, en mitad de la pendiente, donde los naranjos invaden poquito a poquito la llanura, donde los olivos se vuelven discretos en unas terrazas con muretes de piedra, donde las casas de suaves arcos, de bóvedas quebradas entre unos nísperos tan verdes que en junio se encienden de frutos anaranjados, entre las nobles higueras inclinadas por los años cuyos higos, en otoño, bullen de insectos, como sombreaba la parra la terraza delante de la casa del padre, allí se prensaba un vino que enseguida picaba en la lengua, violáceo, turbio y embriagador; las damajuanas verdes revestidas de paja se acumulaban en los más oscuros rincones, los más frescos, hasta limpiarlas en septiembre para que acojan la nueva vendimia y

borrarles con una escobilla de metal las nubes rojas y negras de tanino aferradas bajo sus hombros de cristal,

vas a tener que esconderte, seguro que te andan buscando,

no hay que cruzarse con nadie, esconderse de los hombres y de las bestias, de los pastores, de los perros, tragarse su propio nombre,

cuanto más te acercan tus pasos a la cabaña, a la casa en la montaña, más aumenta el peligro, en el pueblo todo el mundo sabe, no hay duda, los rumores corren como la propia guerra, todo el mundo sabe, o cree saber,

la tarde se riza como la sed y se sonroja como el hambre.

Se detiene a la sombra de una encina. Se sienta sobre una raíz. El sol baña el valle ante sus ojos. Sueña con un poco de lluvia. Sacude una vez más la cantimplora sobre su lengua. Se afloja las botas, duda si quitárselas, está tan cansado que si se las quita ya no se las volverá a poner. Por un instante parece que el olor ha desaparecido, pero de pronto vuelve, aún más fuerte,

apestas a sangre y a mierda,

apestas a hambre y a sueño,

el puñetazo de un niño te mataría,

cuenta los días desde que se fue de la ciudad. Desde que huyó del cuartel. Cuatro días desde que tiró el vehículo por un barranco,

has recorrido casi cien kilómetros a pie por la montaña,

la raíz de la encina bajo tus nalgas es dura,

te duelen las rodillas dobladas,

se apoya en el tronco negro, estira las piernas, la mirada en ese valle (almendros, avellanos, chumberas) que tan bien conoce. Ha arado esas terrazas, ha desbrozado los pies de los árboles, ha retirado las innumerables piedras. El sol que conoce. La franja del mar más allá de las colinas que conoce. El miedo que lleva consigo.

En el próximo recodo del camino, cuando haya pasado el antiguo estanque de retención del arroyo ahora desecado, estará a dos horas a pie de la casa. Llegará casi una hora antes de la puesta del sol,

sabes dónde vas a esconderte,

detrás de la gran roca para comprobar sin ser visto que no hay nadie rondando la cabaña. Detrás de la roca y observar. Observar los

últimos insectos en el crepúsculo. Escuchar los pájaros y las piedras en el crepúsculo.

Saca el cuchillo. La hoja es tan gris como azul. Sueña con una liebre saltando de un hueco, de pronto al alcance del puñal. Traza una cruz en la raíz del árbol. Una cruz fina y corta. Una señal. De haber aparecido, sería capaz de beberse la sangre tibia de esa liebre,

estás febril como estos parajes en tu memoria,

hace horas que busca con la mirada un naranjo, incluso un limonero con algún que otro fruto olvidado adornando aún sus ramas. Delante de la cabaña hay un gran limonero que plantó su abuelo y que da (o más bien daba, hace mucho que no lo ha visto) decenas de limones amarillos y jugosos, de piel gruesa, que dejan en las manos un olor a ropa limpia y a flores, un perfume de pureza, el Señor ama la pureza,

también hay un naranjo, en las bodas con sus flores trenzaban coronas,

eres la menos pura de las criaturas,

se arma de valor para volver a ponerse en marcha, las rodillas doloridas, los muslos duros como piedras, los pies desollados; cuanto más se aleja de la guerra más se desmonta su cuerpo, viejo mecanismo que funciona por costumbre. Es casi incapaz de subir los pocos kilómetros que lo separan de la cabaña, de la casa, de las brumas violetas y los huecos de las nubes. Su fusil lo lleva y lo guía, aguja desmesurada de una brújula mágica, bastón de un zahorí de la muerte,

no caminas bien, te tambaleas, haces demasiado ruido,

espanta las mosquitas que lo siguen y siempre lo alcanzan. El sol quema su frágil piel salida del frío de la guerra, es un lagarto que el calor revive; todo en él está tenso entre el miedo y el agotamiento.

De pronto sus pasos (piedras que ruedan, ramas que tiemblan, ruido de aleteos) desencadenan el vuelo de una paloma a pocos metros. Cierra el cerrojo para armar el fusil y encara; no dispara,

estás demasiado cerca de los pueblos, no hay que llamar la atención de un pastor que pueda pasar por ahí,

observa cómo el ave desaparece detrás de unas encinas para encontrarse con su compañera,

estos pájaros van siempre en pareja,

son los inseparables de la montaña, los inevitables de la primavera, ellos y los ruiseñores. Pone el seguro del arma. En lo alto de la quebrada, la cabaña quedará a la vista entre esas dos colinas cubiertas de rocas. Observa cómo las nubes de pronto grises se amontonan sobre la línea del mar. Una nube tapa el sol. El viento convierte las gotas de sudor de sus hombros y su torso en agujas gélidas. Había olvidado la destreza del frío; se obliga a hacer una parada para volver a ponerse la chaqueta, rígida de tantos fluidos como embeben sus fibras, con el dolor y el miedo,

apestas a matadero, ese es el olor que desprendes, el de las tripas y los chorros de agua sobre un embaldosado ennegrecido,

un olor a carne,

se pasa la mano izquierda por la cara, su barba es áspera como una corteza. La desaparición del sol significa la vuelta de la altitud y también de la sombra: tiembla. Detrás de él, un poco más abajo, entre dos pliegues de colinas se extiende una bruma algodonosa, una niebla blanca sobre la tierra roja, el mar ha desaparecido. El acero corroe el horizonte. Él arroja sus últimas fuerzas sobre las piedras para cruzarlas, sobre las cuestas para treparlas. La quebrada ruge, la quebrada le hiela la cara. El viento contra la cara, contra los hombros. Se aferra al fusil y se inclina hacia delante. De desequilibrio en desequilibrio llega al abrigo de una roca, unas decenas de metros más abajo. Se apoya en ella,

la casa está abajo a tu derecha,

observa, allí está el techo de tejas más amarillo que rojo, un techo de pendiente única apoyado por detrás en la montaña, vislumbra el porche, la chimenea corta, la pared de carga de mampuesto, los muretes rodeando el jardín abandonado, ningún animal a la vista, a lo lejos ronda una rapaz, mancha minúscula y solitaria en el cielo lechoso, el cercado a la derecha del jardín está vacío, el gran almendro delante de la casa todavía no tiene hojas, el limonero está verde con ese verde tan grave de los cítricos, eterno, un verde sepulcral con destellos amarillentos en la luz vacilante del sol ausente, no hay humo en la chimenea, en el aire flota un olor a tomillo y nieve,

si tuvieras unos prismáticos buscarías huellas,

señales de algún tipo de presencia, pastores, campesinos, refugiados, criaturas, ángeles, demonios,

no hay más que la escasa planicie indecisa que se quiebra en dirección al mar, solamente se oye el viento atravesando los muretes, de espaldas a la roca con las manos rodeando las rodillas el fusil a su derecha la mochila a sus pies como un perro inmóvil espera, espera el tiempo que ha calculado, las dos horas que faltan para la noche oscura, reconfortado por la presencia de la cabaña, por los limones en el limonero, por el viejo naranjo ahora invisible junto al avellano más allá de la cabaña a la derecha del murete,

toda urgencia abolida por la repentina presencia de la infancia,

en un solo aleteo,

hacia atrás,

esperas la aparición, Señor tu rostro invisible, esperas a Sirio, esperas a Orión, esperas tu rostro, Señor,

tienes el culo congelado por los restos de invierno que la montaña siempre cela,

la montaña conserva el invierno, los naranjos y los limoneros conservan el invierno; cuando en abril se abren las flores los frutos de diciembre aún cuelgan de las ramas, fuerza los ojos en la penumbra que se instala, fuerza la mirada, no ve nada, ni un movimiento ni una sombra excepto la del almendro que crece, la de la casucha que crece, un mirlo canta en la tarde, un mirlo Señor una de tus criaturas canta tu gloria, todas las criaturas cantan tu gloria, la esperanza anida en su pecho, es la presencia de la casucha y la voz del mirlo,

la esperanza Señor nace de Ti,

en la casucha encontrarás un poco de infancia y de descanso,

la casucha a la que ibas con tu padre, donde tu padre iba con su padre, iba a cultivar, iba a cosechar, iba a cultivar,

la casa está ante sus ojos y sin ningún movimiento, sin ninguna presencia, ya se ha hecho de noche y la voz del pájaro ha callado, se dispone a bajar hasta la cabaña, la casucha, la casa, sea cual sea el nombre que le demos,

cojeas ligeramente, tropiezas, la mochila y el fusil pesan,

el sendero se despliega como una serpiente por la ladera de la

montaña, ya no hay estrellas en el cielo y el viento sigue dando guerra.

IV

El confinamiento, los acontecimientos sucedidos en el año 2021, la guerra tan cerca, tan presente y repentina: tantas olas que me empujan hacia los arrecifes. Me he pasado la vida adulta escribiendo, hablando y escribiendo, y hoy, cuando acabo de cumplir setenta años, será la primera vez que lo que cuente sea mi propia vida. De qué manera se refleja en ella la de Paul, la de Maja; las cifras me asustan, las fechas, los lugares; disertar sobre el álgebra de Jayam o los descubrimientos de Nasiruddin Tusi en el siglo XIII me resulta mucho más sencillo que derribar los muros levantados por años de pudor entre yo y yo. Pudor u otra cosa. Aunque lleva muerto veinticinco años, Paul sigue ahí. Maja también. Ella nos dejó en 2005 a la edad de ochenta y siete años. La canciller estaba en su funeral, el presidente estaba en su funeral, cientos de personas a quienes yo no conocía estaban en su funeral.

Cuando una generación parece desaparecer, la afluencia a los funerales aumenta.

Cosas de la escasez.

El luto es una forma de interminable presencia. Imágenes, fragancias, gustos, sueños.

El río, una larga paciencia.

Maja y yo mirábamos cómo los árboles de las orillas huían hacia lo lejos.

De esos momentos conservo una ternura verde.

Los extraños matacanes y el tejado rojizo de la torre de Grunewald.

La aparente facilidad de la corriente.

Maja, en una chaise longue, con una taza de té en la mano.

El sol que cruzaba sobre Berlín.

Nací en 1951, en una clínica del sector americano, cerca del Jardín Botánico. Mis padres tenían entonces treinta y tres años. Paul estaba acabando su tesis de habilitación mientras enseñaba álgebra en la Universidad Humboldt. Maja seguía muy comprometida políticamente y trabajaba con Franz Dahlem, después de que su partido, el Partido Socialdemócrata, se fusionara con el Partido Comunista Alemán para formar el Partido Socialista Unificado en la Zona de Ocupación Soviética. La República Democrática Alemana tenía apenas dos años; dos años más tarde todas las esperanzas de Maja, ya maltrechas por el bloqueo de Berlín, se estrellaban contra la sublevación de junio de 1953; se trasladó al Oeste sin mi padre (nunca estuvieron casados) y continuó su carrera política con Willy Brandt.

Paul defendió su habilitación y obtuvo su primer puesto en la Academia de Ciencias de Berlín justo cuando los intelectuales empezaban a huir de la RDA. La obra *Las conjeturas del Ettersberg, elegías matemáticas*, de finales de 1947, fue uno de los primeros libros publicados por la editorial de la Academia. Se trata de los textos que escribió Paul Heudeber sobre su detención en el campo de Buchenwald entre 1940 y 1946. Veneradas hoy como un tesoro por los mundos científico y literario, en la Alemania del Este *Las conjeturas* solo fueron reeditadas una vez, en 1973 (en una versión estrictamente matemática, sin los poemas, los corolarios, los comentarios sobre la vida en el campo), y la versión original no fue reeditada hasta 1991, por la Akademie Verlag, aumentada por Paul con fragmentos que él mismo había descartado en la primera publicación (principalmente los poemas de amor a Maja, escritos entre 1937 y 1947). Esta versión, con el título *Las conjeturas de Buchenwald*, traducida al inglés por Robert Kant en Cambridge, fue la que dio la vuelta al mundo, el único libro

de matemáticas que ha tenido un relativo éxito, a tal punto que los editores, que fantaseaban con que el éxito pudiera ser aún mayor, le sugirieron a Paul que autorizara una versión exclusivamente «literaria», sin los desarrollos matemáticos, a lo cual por supuesto se negó hasta el momento de su desaparición.

La ponencia de Robert Kant en el coloquio de 2001 (ponencia que revisó con nosotros durante el trayecto fluvial a través de Berlín) se refería precisamente a la primera conjetura, a las circunstancias del nacimiento de este proyecto fuera de lo común en el corazón de la extrema violencia concentracionaria, y a la manera en que Paul Heudeber inició desde su barracón ese diálogo imaginario con los matemáticos de las generaciones anteriores: la primera conjetura (y por lo tanto el primer capítulo) se refiere a los problemas de David Hilbert; la segunda está consagrada a la famosa demostración de Paul de la conjetura de los primos gemelos, y así sucesivamente.

Robert Kant sostenía que, más allá de su vertiente indiscutiblemente literaria, de sus consideraciones sobre la Revolución, de sus pasajes oscuros, de su poesía tan sombría, la originalidad del texto de Paul está en su radicalidad científica: de ese encuentro, en lo más profundo del siglo XX, entre la desesperación histórica y la esperanza matemática.

Para mí aquellas jornadas se presentaban bajo el signo de Saturno: estaban bañadas por una profunda melancolía. La proximidad de Maja irradiaba a la vez el placer de su presencia y el dolor por la inminencia de su desaparición, los últimos rayos del sol de la vida de mi madre. Trágicamente desaparecido en 1995, Paul seguía estando extremadamente presente, su cuerpo transformado en lenguaje, su nombre pronunciado cien veces al día como un encantamiento por los participantes del coloquio. El río era la expresión misma de esa melancolía, su más hermosa metáfora: lo que vemos desaparecer, lo que se aleja hacia el gran todo del océano produciendo una belleza verdosa, fluida, irisada, interminable, siempre presente y nunca idéntica. Ya desde el lunes, en el Havel, entre Spandau y Potsdam, esa melancolía me tenía clavaba a mi tumbona, con el sol.

Maja estaba a mi lado, como de costumbre no paraba de hablar; yo

me daba cuenta de que aquella voz que echaba a volar en mitad del río me había acompañado toda mi vida y que iba a apagarse, iba a apagarse pronto.

Eso me sumía en una tristeza infantil.

Los nombres de Maja y Paul ya figuraban en todos los libros de historia; acabábamos de cambiar de siglo, de milenio; el río libraba al continente de su escoria, de sus impurezas; acarreaba toda nuestra materia oscura hacia el Elba para añadirla a la oscuridad del norte.

El presente se tambaleaba, entre un pie y el otro, como quien escucha una música pegadiza y duda si ponerse a bailar.

Todos los hilos de la Historia parecían reunidos en una mano única.

Una vez el barco atracado en el pontón delante del albergue La Lechuza Blanca, en medio del bosque, frente a la isla de los Pavos Reales, en la calma azulada del lago de Wannsee, la cena del lunes fue ante todo un ensayo general para la inauguración del coloquio la mañana siguiente. Supimos entonces que los estudiantes reclutados por Jürgen para ayudar en la organización estarían allí a las ocho de la mañana para recibir a los participantes; se les entregaría su credencial, el programa, la carpeta de cartón del Instituto que contenía un bloc de notas, un lápiz y la información sobre las Jornadas Paul Heudeber, así como folletos publicitarios de los principales patrocinadores y un mapa turístico de la ciudad de Potsdam y del barrio de Wannsee.

A mí me habían pedido (y fue algo, por supuesto, mucho más personal que científico) que eligiera una foto de Paul para el programa. Estuve dudando durante mucho tiempo, abriendo álbumes y rebuscando entre decenas de instantáneas, imágenes privadas o públicas, tomadas por los objetivos de las cámaras Praktica o Pentacon de la Alemania del Este, algunas de ellas con marco blanco y borde festoneado: nocheviejas en el apartamento de la Elsa-Brändström-Strasse en Pankow, colores muy rojos, desvaídos y aun así saturados; fotos mías de colegiala, fotos de Maja y yo, fotos de viaje en Praga, una extraña foto de Fidel Castro en Berlín con Paul al fondo –no se sabe qué hacía ahí–, con corbata y sonriendo; fotos en compañía del presidente Honecker durante la entrega de una condecoración, imágenes con funcionarios desconocidos en el Instituto de Ciencias y, por último, el retrato que acabé eligiendo: Paul sonriendo, con poco más de treinta y cinco años, sin corbata, en camisa, con una tiza en la mano delante de una pizarra en la que se distingue un desarrollo de la

función zeta de Riemann y otras igualdades en torno a la cuestión de los números primos. Maja recordaba la foto, la había tomado ella a principios de los años cincuenta en la Universidad Humboldt.

Rebuscar entre todas aquellas imágenes, aquellos recuerdos, me sumió en una alegre tristeza, casi dulce, como la que siento hoy, atenuada por veinte años de distancia.

Berlín está cubierta de silencio; las máscaras blancas que acechaban en la calle del Castillo han desaparecido. La atmósfera de peste, el olor a miedo y desinfectante que tanto me repugnaban se han desvanecido, de pronto la gente no tiene más que una palabra en la boca: guerra. El placer que encontraba en la soledad se difumina. El desasosiego circundante resquebraja los tabiques de mi apartamento.

Leer y transcribir la correspondencia entre Maja y Paul me hipnotiza y al mismo tiempo me agota. Por mucho que trate de razonar como historiadora, de considerar estas cartas como una fuente, como cualquier otra fuente, el hecho de leer más de tres mil misivas escritas entre 1938 y 1995 mientras ahí afuera todo se apaga en una interminable tos seca o en el eco del sonido del cañón, me desplaza en el tiempo; este viaje me está matando. Berlín hoy palidece en comparación con semejante sol. Esta pasión es demasiado brillante. Paul quiso proyectar toda la luz posible sobre su amor para ahuyentar las sombras. Lo sustrajo de la imperfección de la carne. Lo convirtió en un objeto del espíritu. Le dedicó sesenta años de su vida, desde el día en que conoció a Maja en 1938 hasta el día en que murió, sesenta años de pasión. Y ahora a mí me toca desmontar esa máquina, refutar ese teorema, diseccionar pacientemente a ese animal.

Me toca colocar la mueca de la muerte en el rostro del icono.

V

Muerde la naranja como si fuera una manzana, el jugo chorrea, sigue las curvas de su barbilla, le da otro bocado, su sed está en el interior de su hambre como una bola, mastica, es amarga, ácida y dulce, un placer inaudito, por poco se ahoga, se la traga casi de golpe, la engulle, coge otra, en la oscuridad casi total que sigue al crepúsculo, el aroma del árbol y el frío repentino que lo invade a pesar de la alegría.

Se guarda otras cuatro en la mochila,

vas a entrar en la barraca, la puerta es la misma, la misma madera oscura, el mismo pestillo de metal oxidado, la cadena no está puesta, cuelga contra el dintel,

ninguna señal de violencia,

ninguna luz en el interior,

manipula el pestillo de hierro forjado, lo asalta un olor que es olor a madera de almendro quemada, a pasado, a ceniza, a romero, olor a paredes húmedas,

a veces en invierno la roca del fondo de la cabaña rezumaba rocío como un icono el aceite, aquí estarás bien a pesar del frío,

hay una vieja cesta trenzada llena de almendras; un ramo de salvia seca cuelga sobre la pared blanca, por encima de los bancos de obra blanqueados con cal: eso son los armarios, las sillas, los sillones y las camas; la mesa de madera está carcomida, se sienta en el banco, la espalda contra la pared en la oscuridad, en el umbral aún se recorta una claridad pálida a pesar de la noche nublada, respira esa sombra, inspira el refugio.

Luego deja el fusil en un rincón de la casa, sobre el banco; se guarda el cuchillo en el cinto; coge algunas ramas secas de romero, trozos de madera, almendro y encina, los dispone en el hogar,

ya no tienes miedo de que se vea el fuego desde lejos, de que se huela el humo,

enciende el mechero,

el romero parece vacilar un instante, sus hojas, minúsculas lanzas, se encrespan, sudan, chisporrotean y se inflaman, de pronto su luz es cegadora, las llamas blancas atacan la leña de almendro y de encina. Se ha sentado delante del fuego, en el mismo suelo, hipnotizado por el calor, caldeado por el recuerdo, no todo ha desaparecido con la guerra, no todo está muerto, la cabaña y la memoria siguen ahí y él se duerme sentado, la barbilla contra el pecho, las manos en el vientre, los dedos cruzados como si rezara,

Señor tú estás en mí, Señor siento tu calor, viene del pasado, está en el sueño, en la caricia del sueño y del fuego,

el día lo sorprende sobre el amplio banco de piedra, no recuerda haberse acostado allí, abre un ojo al silencio, ni siquiera se ha quitado las botas, ni siquiera se ha quitado la chaqueta, toma una de las naranjas que dejó encima de la mesa, esta vez la pela poco a poco con el cuchillo, la piel le trae el recuerdo de la piel, se come la naranja gajo a gajo, es ácida y jugosa, fresca. Sale con el sueño pegado a los ojos, ahí está el día, el sol bajo un velo de nubes, los árboles, el viejo huerto de su padre, en terrazas como un balcón en la pendiente, con la diadema violácea del mar a lo lejos, enfrente de las colinas rojas, los pueblos, los olivos, los humos negros de la guerra, y detrás de él la gran espalda de acero de las montañas. El aire perfumado de insectos. Avanza hacia el pozo, la fuente en un hueco de roca que alimenta el pozo, el punto de agua que constituía toda la riqueza de su padre y de su abuelo, las acequias de cemento que salen de allí para regar las tierras más abajo; la guerra ha asilvestrado las terrazas, de nuevo invadidas por cardos, mirtos, brezos de minúscula florecilla blanca. Aparta las piedras que tapan la gruesa placa de metal oxidado y la levanta; una araña huye, un reflejo negro revela la presencia del agua, se rocía con ella, está helada, sumerge la cabeza entera, es como enterrar la cara en la nieve, se levanta, se quita la chaqueta, los pantalones, los calcetines, está desnudo, tiembla, vuelve a rociarse con agua helada, coge una jarra de barro con el asa rota, la llena y se la

vacía sobre la cabeza tiritando, se frota la cara para deshacerse de la sangre coagulada, de la suciedad, no tiene jabón, se frota torpemente las axilas, los genitales,

tu padre te lavaba en la fuente, tú tenías frío y miedo de sus golpes si te movías, si tratabas de escapar del agua helada te llovían sopapos, sopapos e insultos,

enseguida empapa los calcetines, luego la chaqueta y los pantalones, luego la ropa interior, les quita la grasa como puede frotándolos unos contra otros, del tejido fluye un caldo negruzco, los lava un buen rato y luego los tiende al sol sobre la roca que hay junto al porche, se sienta él también encima de una piedra con el culo al aire, el viento ha amainado, las nubes han desaparecido, el sol calienta; tan pronto como le llega un ruido, pájaro o rama, se pone en guardia,

menuda pinta si te sorprenden así, en pelotas,

pero sorprenderte quién, o qué, acaso un perro perdido, un lobo, lobo él no ha visto nunca uno, esos ojos que brillan en la noche, esos ojos que rugen antes de degollarte,

mejor será que vayas a por el fusil,

hay algo infantil en la desnudez, de infantil, de soldadesco o penitenciario,

con toda la gente que has visto desnuda y ahora el desnudo eres tú,

de pronto se levanta una brisa repentina,

antes se secará tu uniforme,

se refugia en el interior de la cabaña, le gustaría encontrar un trozo de espejo para mirarse pero en los grandes baúles del banco no hay nada, solo unos restos de vajilla, un viejo cubo de hojalata, un almanaque de antes de la guerra con las puntas mordisqueadas por los roedores, algunas herramientas oxidadas y ni el menor rastro de que haya pasado nadie recientemente. Aún desnudo, aprovecha para vaciar la mochila, la caja de cartuchos, la cantimplora vacía, los vendajes, lo guarda todo en el baúl, agarra el cubo, el fusil y la cantimplora y sale, llena el cubo, mete dentro las botas para lavar las suelas.

El sol le da de lleno en la espalda, en el torso, en las piernas,

aquí estás un poco oculto por la infancia,

escondido en la infancia,

la infancia logra hacerte olvidar la guerra y el hambre,

la infancia acecha, es un monstruo como cualquier otro,

te acuestas sobre el calor de la gran piedra plana del umbral.

Ha conseguido cerrar los ojos sin que aparezcan caras torturadas con la boca ensangrentada y los ojos morados,

tu cuerpo, después del agua, después del sol, pierde el olor eléctrico, de grasa y de sangre, que la guerra le otorgó,

arriba en el cielo rondan pájaros y aviones. No te ven. ¿Podría alcanzarlos con el fusil? Tendrá que cazar su comida. Una paloma, un conejo, una liebre, que cocinará en la chimenea. De niño era un cazador paciente. Tumbado de espaldas a pleno día con la mirada en el cielo rememora las largas partidas de caza en otoño: su padre llevaba una mísera escopeta de un solo cañón, un vestigio, una reliquia que armaba un ruido endiablado; la guerra ha multiplicado las armas, las ha sembrado y las ha cultivado, todo tipo de armas con sus nombres, fusiles, carabinas, pistolas, revólveres, ametralladoras, cañones, morteros, obuses, la guerra es un cambio de número en las cosas, nombres que aparecen, una vibración repentina en el aire, una escobilla de acero, un frasco de aceite mineral, un dolor una pérdida un miedo un contacto involuntario con el mundo del proyectil y de la herida, el mundo incierto del dolor, del exilio y de la pérdida, el mundo átono del caqui, del marrón y del gris, el mundo sabio del sudor, del miedo y de los gritos. Tiene las manos llenas de callos y durezas, huellas de la empuñadura de madera y del cañón de plomo, de pronto se incorpora, se pone en cuclillas, ha oído un ruido, varios ruidos secos, crujidos cercanos, pasos, agarra el arma,

alguien viene, oyes claramente unos pasos al otro lado del murete, pasos numerosos que se detienen, el silencio todo lo congela, los pasos deben de haberte vislumbrado ocupado en tus cosas junto al pozo, de lejos,

alguien viene, o los pasos han oído tu corazón desnudo latiendo a rebato, mueve la culata en silencio, quita el seguro,

alguien viene, notas cómo se tambalea, cómo los pies, numerosos, baten el suelo más allá de la pared,

alguien ha venido y ya no lo oyes, estás escondido en cuclillas cerca del porche detrás del murete,

tiene la mano izquierda bien colocada en la culata bajo el cañón, está listo, se levanta de golpe con el dedo en el gatillo, apunta el fusil hacia el otro lado de la pared, hacia los olivos y el naranjo, es una mujer, está de pie junto a una mula o un asno que lleva atado con un arreo, va vestida con una larga falda gris, no le dispara, lleva un fular anudado hasta la parte inferior de la frente como una campesina, no le dispara, lleva una blusa, un chaleco negro, el horror marcado en la cara la boca abierta,

dispárale, también tú tienes miedo, mátala deshazte de ella,

no le dispara, el murete tapa la parte inferior de su cuerpo, su desnudez, imprime un movimiento al cañón, sin decir nada, hacia arriba, que no tiene ningún sentido, una señal de fusil,

dispárale, mátala, deshazte de la intrusa que viola tu soledad,

no le dispara, ella trata de adivinar el sentido del movimiento del cañón como una lengua desconocida, de repente levanta los brazos, su figura alargada por el miedo; el asno sacude la cabeza y resopla, ella no suelta el arreo.

Él sigue atónito, tiembla un músculo de la pálida mejilla de la mujer, sus ojos parecen empañarse de lágrimas. Él reconoce el terror en el rostro de ella,

por ahí, avanza,

él la guía con el cañón del fusil, ella camina hasta la gran piedra del umbral, él le dice por señas que continúe hasta la pared de la cabaña, el asno la sigue aun cuando ella ha soltado la brida, ella está frente a la pared con los brazos al aire, tendidos al cielo,

es el momento, dispárale,

él aprieta el gatillo, estalla el disparo, resuena contra las rocas, vuela en eco por entre las colinas, la mujer gira sobre sí misma, se derrumba, cae como sentada en una posición extraña, el mentón hundido contra el pecho, un brazo medio alzado, el codo doblado contra la pared de piedra.

El asno se ha puesto a bramar, recula hacia los olivos y los matorrales.

Él siente el calor del cañón cerca del pecho desnudo; baja el arma, recoge la ropa tendida junto al pozo, se viste, el olor lo fustiga de nuevo, la guerra está de regreso, sobre él, en él, a su alrededor.

VI

En el Havel, hace poco más de veinte años, cuando Maja era todavía de este mundo, cuerpo, mirada y alma, esos tres objetos de la pasión de Paul. En medio de sus interminables elucubraciones entre Spandau y Wannsee, me contaba lo contenta que estaba de que el siglo XX llegara a su fin; lo contenta que estaba de ver que Europa progresaba y cómo deseaba ardientemente que el siglo XXI no conociera los horrores del anterior; me pareció que olvidaba que estaba hablando con su hija; se dirigía a la historiadora, o acaso al público imaginario de un imposible futuro discurso político. Yo a Maja y a Paul los había visto durante toda mi infancia, durante toda mi existencia, corriendo de un lado al otro del Telón de Acero, de un lado al otro del muro de Berlín, de un lado al otro del Imperialismo; los había visto juntos y por separado, la política y el matemático, él figura pública célebre y celebrada de la Alemania del Este, comunista ferviente hasta la locura, y ella política del Oeste, siempre sospechosa de contactos con el enemigo; recuerdo que en 1974, cuando el caso del espía Guillaume y la dimisión de Willy Brandt, recuerdo que todas las miradas se volvieron hacia Maja, hasta tal punto que tuvo que alejarse de sus responsabilidades públicas durante el tiempo de una interminable investigación; entre 1974 y 1978 no volvió a pisar la RDA, ni vio por supuesto a Paul, cuatro largos años de intenso intercambio epistolar, y aunque desde 1972 para los habitantes del Oeste era mucho más fácil llegar a Berlín Este, Maja tuvo que retirarse a Bonn y Gotinga en una especie de travesía del desierto: yo tenía veintiún años, visitaba a Paul una vez a la semana, Elsa-Brändström-Strasse; saludaba ritualmente al bajorrelieve del elefante de encima de la puerta de entrada, subía al segundo, el hueco de la escalera olía a Berlín Este, esa mezcla de barniz, madera, col y carbón. Comíamos en su casa o en el Koch, el

pequeño restaurante de la Brunnenstrasse, y él luego me acompañaba a pie hasta la estación de Friedrichstrasse para luego tomar su tranvía a Pankow: era nuestro paseo dominical. Para mí, aquello significaba sobre todo horas de espera, por la mañana y por la tarde, en las chicanes de la aduana entre los andenes de la estación; horas de tensión a la ida, ¿me dejarían pasar?, horas de tensión a la vuelta, ¿me dejarían salir? Llegaba al Oeste agotada, pero cada vez llamaba religiosamente a Maja desde Steglitz para darle noticias.

Paul no temía a nada ni a nadie. Era un privilegiado. Era miembro del Partido; desde 1967, poseía un pasaporte de la República Democrática Alemana, un visado de salida permanente para desplazarse allí donde quisiera, y no lo usaba casi nunca, salvo para visitar a Maja en la República Federal de vez en cuando, muy pocas veces. Recuerdo los dos congresos en el Oeste a los que fue en cuarenta años de carrera, París y Oxford (sin contar Moscú, Praga, Budapest y otros). Su terreno, su territorio, no eran los viajes como nosotros los entendemos: si a veces se sentía triste en Pankow, no era, como la mayoría de sus conciudadanos, porque no podía salir. Si a veces se sentía triste en Pankow era porque Maja no estaba allí.

Durante la cena, el lunes por la noche, el 10 de septiembre de 2001, en el albergue La Lechuza Blanca en Wannsee, precisamente Robert Kant recordó el viaje que hizo Paul a Oxford a mediados de los años setenta; todo el mundo estaba asombrado de que la administración de la Alemania del Este le permitiese salir del país, contaba Kant entre risas. Por supuesto, para entonces sus colegas ingleses ya conocían el compromiso político de Paul, así como su decisión de permanecer en la RDA contra viento y marea, dijo Robert Kant muriéndose de risa. Recuerdo que el decano de la facultad de ciencias le ofreció enseguida un puesto de profesor, como si tuviera ante sí a un refugiado, una especie de *boat people*: Paul se sintió profundamente humillado, montó en cólera y a punto estuvo de marcharse sin dar su serie de conferencias, se tronchaba Kant. En la época, la mitad del campus era de extrema izquierda. Paul causó una gran impresión entre los estudiantes. Algunos pasajes de *Las conjeturas de Buchenwald* ya se los sabían todos de memoria, ¡imaginad cómo se emocionaron cuando

Paul soltó una especie de arenga internacionalista antiimperialista! El *vice-chancellor* se puso rojo, pero de rabia.

Linden Pawley estaba sentado junto a Robert Kant; todavía puedo verlo cortando su escalopa y asintiendo ante las palabras de Robert: a finales de los años ochenta nosotros también quisimos invitarlo a Colombia. Pawley meneaba la cabeza en señal de decepción. Siempre se negó a venir. Incluso después de la reunificación alemana. Imposible. Es increíble, pero no tenía ningunas ganas de viajar a Colombia y descubrir Nueva York, añadió Pawley meneando su schnitzel con la punta del tenedor como hizo antes con la cabeza.

Maja sonreía. Conocía la intransigencia de Paul. Jürgen Thiele también.

–Para Paul, mantener «relaciones normales» con el imperialismo era inconcebible –añadió Thiele–. A partir de 1991, eso fue un problema para el desarrollo del Instituto.

Maja por supuesto volvió a tomar la palabra. Estaba en su salsa.

–Paul se definía como «un matemático antifascista». Era terco como un axioma.

Recuerdo que ante aquel resumen de la personalidad de mi padre sonreí interiormente, *terco como un axioma*, Maja siempre estuvo muy dotada para la propaganda, perdón, para la publicidad; en mi memoria, en mis recuerdos de infancia en la Elsa-Brändström-Strasse, Paul no era tan terco como todo eso, ni tan obtuso en lo político, muy al contrario, renegaba de un montón de cosas; lo recuerdo después de 1961 renegando contra el aislamiento, el Muro, ese ridículo Muro, decía él: compartiendo el día a día con Paul no tenías la impresión de estar compartiendo tu existencia con un marxista convencido, con un estalinista, con un jrushchovista, brezhnevista o honeckerista fanático. Recuerdo las largas veladas con amigos en la Elsa-Brändström-Strasse, antes de que a eso de las nueve de la noche me enviaran firmemente a la cama, y allí se hablaba muy mal del régimen, del gobierno, de las instituciones. Asimismo, cuando íbamos al cine, al Colosseum en la Grimmstrasse, al Tivoli de la Berliner o a cualquier otro, en el camino de vuelta, siempre a pie, nunca en tranvía, así que en plena calle y sin esconderse en absoluto, Paul echaba pestes de lo que él llamaba «la

rigidez intelectual de este país», pues, todo hay que decirlo, odiaba a la mayoría de los literatos, intelectuales y científicos, quitando a sus amigos; porque si en algo era realmente terco, y puede que fuese lo que Maja tenía en mente cuando dijo que *Paul era terco como un axioma*, era en la amistad. Paul Heudeber, mi padre, era obstinado en la amistad y en el amor. Obstinado a muerte. Sus amigos y sus amores eran mucho más infalibles que el Partido. Sus amigos y sus amores nunca se equivocaban: los defendía, en privado o en público, contra viento y marea. Luchaba por ellos. Estaba dispuesto a comprometerse por ellos. Por Maja o por mí ya ni te digo. Por todos.

Para Paul no había nada más penoso que dos de sus amigos, dos de sus camaradas, se enfrentasen violentamente y él tuviera que tomar partido por uno en detrimento del otro. La violencia de esa tesitura, de esa decisión, lo torturaba hasta el punto de paralizarlo: se quedaba postrado, encerrado, reflexionando o deprimiéndose entre suspiros, cinco minutos o cinco días, dependiendo de cuánto durase el altercado. Si un debate en su salón devenía belicoso, ten por seguro que de pronto desaparecía para ir urgentemente a buscar algo en la cocina o a encerrarse en el baño. Lo torturaba que dos personas a las que él amaba por igual se pelearan, aunque fuese amistosamente. Necesitaba esperar a que la tensión disminuyera antes de tomar partido: cuando ya no había partido que tomar.

De aquella cena del 10 de septiembre de 2001 en el albergue La Lechuza Blanca, en Wannsee, delante de la isla de los Pavos Reales, conservo dos imágenes:

– los pendientes de Maja, unos colgantes dorados en forma de lágrima, brillan. La llama amarilla de la vela vacila en su candelero. El mantel es rojo y blanco. El cabello de Maja tiene el color del candelero, estaño gris. El estaño gris contrasta con el pintalabios frambuesa que siempre usa Maja.

– Linden Pawley mirando a escondidas a Maja, con enorme ternura. En esa mirada percibo una especie de veneración, de reverencia sumisa que yo descubro. Tan pronto como se siente observado, aparta la vista de Maja y la fija, a lo lejos, en un cuadro en la pared del restaurante.

Prof. Dr. Paul Heudeber
Elsa-Brändström-Str. 32
1100 Berlín Pankow
RDA

Maja Scharnhorst

Domingo, 5 de febrero de 1961

Son las diez y nieva, amor mío. Parece que nunca acabará de hacerse de día. Irina aún duerme, no tengo valor de despertarla; ¿recuerdas esos amaneceres helados de Berlín, que duran un día entero y cuya luz va oscilando a merced de las nubes? Llevo un mes sin verte y la vida hiela. He estado pensando en cosas tristes, así lo quieren estas fechas. Veinte años. Hace veinte años me encerraron. En el campo entre las hayas. Hoy tengo más de cuarenta años, Irina este año cumplirá diez. Y sin embargo siento que soy el mismo que cuando tenía veinte años. No he resuelto nada. No he avanzado mucho. El asunto de la distribución de los números primos que entonces me fascinaba me sigue obsesionando. Tiene que poderse describir de un modo sencillo. Mi demostración de la infinitud de los números primos gemelos fue un primer paso. Tengo que avanzar con nuevas herramientas. Tal vez más topológicas que algebraicas. La exploración de los anillos de división no me está aportando gran cosa. Visto desde nuestro conocimiento actual, la distribución de los primos tiene toda la pinta de un simple azar. ¿Cómo? Lejos, entre números muy grandes, aparecen repentinamente galaxias de primos, reagrupados, imposibles de predecir. Como si estuviéramos ante la consecuencia de un teorema

oculto.

Jrushchov quiere retirar la metralla y los escombros del corazón de Europa, dice. Berlín Oeste es una piedra en su zapato. Yo prefiero pensar con orgullo que el socialismo demuestra cada día la fuerza de ese corazón, la fuerza de esa Europa, y que muy pronto el que se secará por sí mismo será ese charco de capitalismo que es Berlín Oeste: los campos de refugiados ya no estarán en Marienfelde sino en Köpenick, los habitantes nos suplicarán que los acojamos, y lo haremos con generosidad.

Hace veinte años, en el Ettersberg yo buscaba las estrellas ausentes y pensaba en los anillos de polinomios, en los números primos, en toda la miseria a mi alrededor, en el dolor que se acumulaba, en la enfermedad, en la tortura y en el hambre pero sobre todo en ti, a quien había perdido pero cuyo rostro aparecía tan a menudo: tu rostro aparecía para protegerme. Protegías mis días como los proteges hoy, los templas incluso en la ausencia, e Irina proyecta algo de ti, una dulzura, un consuelo al paso del tiempo, un resplandor que proviene de tu alma cercana y lejana. Eres una enfermedad; mi pasión tiene la enfermedad del infinito, mi amor no puede escribirse de otra forma que con tu nombre. No hay otra forma de designar el amor: nombrarte. Vuelve pronto.

PAUL

VII

Ella ha vuelto en sí, ha recuperado el conocimiento, el vientre le sangra, está herida, no siente el menor dolor, absolutamente nada. No ve al hombre descamisado que le pegó un tiro,

voy a vomitar, el corazón me va a explotar,

se mete la mano por debajo de la falda,

no es sangre, es otra cosa,

recupera el aliento. Busca al asno con la mirada, no lo ve. Se levanta, a punto está de desplomarse otra vez, realmente creía que se moría, en el momento del disparo se ha vuelto todo negro, todo oscuro, dónde está el hombre, piensa en huir, teme que él pueda alcanzarla, por qué le habrá perdonado la vida, hace un sol abrasador, va hacia el jardín, hacia la sombra de los olivos. El asno mastica un arbusto de espinos, ella le acaricia el cuello, tiene los ojos anegados en lágrimas, en el aire flota un aroma a follaje, un olor de artemisa y animal tibio. Se pregunta adónde ir, adónde huir, no puede bajar al pueblo, no puede cruzar las montañas silvestres hasta la llanura, no puede seguir las crestas hacia el norte y la frontera,

está sola,

ahí está él de nuevo, de pie, plantado bien recto sobre la losa, ya no tiene el arma en las manos; ella lo mira, él no dice nada, lleva barba, se ha puesto la chaqueta de un uniforme gris y manchado, ella no alcanza a ponerle una edad, tiene ojos negros y ojeras negras, le parece reconocerlo, baja la mirada, por qué le habrá perdonado la vida, él no lo sabe, la observa y se pregunta por qué en el último instante habrá levantado el arma hacia el cielo, malgastado un cartucho, quién sabe si alertado a algún pastor, pero a quién le extrañaría un disparo en plena guerra, a quién,

no puedes dejarla ir, sabe que estás aquí en la cabaña, sabe quién

eres, acaso sabe quién eres, lleva el miedo impreso en la cara pero quién no tendría miedo,

de pronto ella lo reconoce y su miedo aumenta, es el hijo del herrero; y entonces los pensamientos se atascan en su cerebro, no llegan ni al lenguaje ni a la imagen,

el mal está en todas partes.

Él la observa; reconoce ese rostro, incluso deformado por el miedo y con el pañuelo en la cabeza, que se lo quite, quítatelo le grita, ella lo retira y unos cabellos demasiado cortos y engrasados por el tejido le redondean un semblante que parece aterrado, también más sombrío, ella guarda el pañuelo en una de las alforjas de la albarda del asno,

un asno como en la guerra, qué llevará ahí guardado,

tendría que haber acabado con ella, tendría que haber matado a esa mujer con la cabeza pelada como un mono, a esa mujer con cabeza de hombre o de monja, pero un gran cansancio se apodera de él solo de pensar en el cadáver, en los despojos, en la sangre, en la tumba que cavar, qué pereza, y ahora resulta que la vida es aún más molesta que la carne muerta. Permanece frente a ella sin saber qué decir, le indica por señas que se acerque. Ella avanza hacia el porche tirando del asno. Él le coge el ronzal del animal, por una fracción de segundo sus dedos se tocan, ella retira la mano como si la piel del hombre estuviera ardiendo. Él amarra al asno a un gran tachón que hay clavado en alto en una de las tornapuntas de madera –ahí colgaban hojas de tabaco para secarlas–, cuando la invita a entrar en la casucha ella tiembla pero obedece, él no entra con ella, cierra la puerta con el picaporte, dentro no hay manija. Como una mosca atrapada bajo un vaso, ella aún dará varias vueltas antes de posarse y esperar. Él registra brevemente las bolsas que lleva el asno en la albarda, ropa con olor a limpio, objetos íntimos, agujas largas como de hacer punto, bisutería, fotografías, recuerdos, unos pasteles redondos y gruesos en un trapo, se come uno, son galletas de mantequilla rellenas de una pasta dulce, pasteles de fiesta, se come otro, tiene un poco de vergüenza, como un niño que saquea un armario prohibido,

la guerra te ha devuelto al salvajismo y a la soledad de la infancia,

vuelve a guardar los pasteles en su envoltorio, la mujer se marchaba

por mucho tiempo, estaba lista para el exilio, él se queda con un pedazo de jabón verde muy oscuro y mal escuadrado. Le quita la albarda al asno, las pesadas alforjas, acaricia largamente al animal, el cuello interminable, entre las orejas, el asno se frota contra él, tiene un pelaje sedoso, huele a sudor y a cuero,

hace mucho que no acariciabas un animal, tanto tiempo que no acariciabas,

con el asno y el fusil podría intentar llegar a la frontera, tendría que remontar la montaña seguir las crestas hasta la Roca Negra y luego volver a bajar casi hasta el mar, ocultarse, esconderse en el mismísimo vientre de la guerra, en los pliegues de sus entrañas sanguinolentas, de pronto advierte que el asno es tuerto, su ojo derecho es azul y blanco como una canica vidriosa, medio tapado por el párpado, en el lomo tiene unas heridas que supuran, puede que haya que matarlo,

ya solo sabes matar, no sabes nada de asnos ni de animales, tienen la inocencia de su bestialidad, tú no, tú te envuelves en la brutalidad como en un manto,

has encerrado a la mujer pero no ha desaparecido.

El aire se tensa, las nubes se amontonan en la base de las colinas, alquitrán sobre añil, ocre bajo algodón, el viento arrecia, un poco, al final la ropa se le ha secado sobre la piel, tiene hambre, podría engullir esos pasteles tan cuidadosamente envueltos en su trapo, romper las cáscaras secas de las almendras o devorar naranjas y limones pero le apetece cazar, el cartucho disparado al aire le ha infundido deseo de presa, de tiro, de resultado. De soledad en la montaña.

Manipula el picaporte de la puerta de la cabaña, la mujer está sentada inmóvil en el banco, en la penumbra, él le entra el equipaje, agarra su mochila, cierra tras de sí; cambia de sitio al asno, lo ata a un árbol junto a un arbusto y el equino empieza enseguida a zampárselo. Camina hacia las alturas, hacia la quebrada que cruzó la víspera, torcerá hacia el este, en dirección a un gran monte bajo, quién sabe si de sus arbustos no saldrá un faisán, una avutarda, un conejo que estaría encantado de desollar y luego descuartizar para asarlo a la parrilla, las costillas y las ancas quebradas, aplastadas con una piedra,

como en otros tiempos hacía su padre. Camina una hora, luego dos, las nubes lo protegen del sol, no anuncian nada bueno, bien que lo sabe, van a concentrarse hasta convertirse en una niebla espesa que ahogará la quebrada, la embotará con un gélido forro, luego un primer rayo desgarrará la montaña, una tibieza rasgará el frío, unas gotas gordas y blandas levantarán el olor de la tierra y luego llegará la lluvia y cubrirá las piedras y colmará los arroyos hasta el mar, encabritado de espuma.

Sigue caminando,

Señor pronto será el día de la Pasión,

te avergüenzas cuando piensas en Su Nombre; asido a tu fusil atraviesas Su naturaleza,

todas las cosas cantan Sus alabanzas y Su gloria florece,

atraviesa los arbustos, escucha el batir de las alas, el crujir de las ramas. El monte bajo está abrigado por dos pendientes pedregosas y en su centro serpentea un pequeño arroyo seco; remonta ese valle estrecho hasta encontrar un lugar perfecto en que emboscarse, una roca al abrigo del viento, contra la pendiente, que domina un poco los bosquecillos de arbustos bajos (mirtos, brezos, jaras con flores arrugadas color rosa, como de papel, bolas de vegetación veteadas de zarzas) que invaden el antiguo curso del torrente. Se tumba en el suelo, con el cuerpo escondido por la piedra, el fusil a su vera; lamenta una vez más no tener unos prismáticos, unos buenos prismáticos con los que podría detectar, sin ser visto, el menor movimiento en los matorrales. El sol tras las nubes resulta invisible, no hay sombras ni deslumbramiento posible, los animales salen para buscar macho o hembra, para reproducirse, para construir un nido, adornar con hierbas una madriguera, participar en el desbocamiento funesto de la naturaleza, funesto porque siempre hay un fusil, un halcón, un depredador presto a ensangrentar semejante ballet con su zarpa, con su garra o su cartucho. Respira profundamente el aroma de la tierra, en la espera se embriaga de tomillo,

tus recuerdos bullen enjaulados a lo lejos, vivirás sin ellos unas horas,

sabe que va a retrasar lo más posible el momento del disparo para


disfrutar de esa calma rumorosa que parece agitarse cuando uno la observa.

Sentada en la penumbra de la cabaña con la espalda recta con las manos sobre las rodillas espera el momento en que la viole, espera horrorizada el momento en que la viole, se ahogaba de miedo cuando el hombre ha abierto la puerta de la casucha, cuando su sombra se ha impuesto a contraluz, ha tensado todos sus músculos, ha apretado las mandíbulas, sabe quién es él, todo el mundo sabe quién es él, solo ha pospuesto su ejecución porque antes de matarla la quiere violar,

como el carnicero que mantiene con vida a un animal en su corral para sacrificarlo más tarde,

la casucha está en silencio, a veces oye un pájaro afuera; las vigas y las chillas crujen al calentarse, una mosca perdida da vueltas en la sombra mientras el sol traza un rayo líquido en el umbral y el olor de cenizas,

podría escaparme,

bastaría con pasar un objeto (un cartón, un filo) entre la puerta y su marco para levantar el pestillo en el exterior, quizá haya una cadena que ella no ha visto, un candado que no ha oído abrirse cuando él entraba, y sobre todo está el hombre, cómo adivinar su posición, ya no ve su sombra inscribirse en rayas de noche bajo la puerta. Puede que se haya marchado, con el asno, y esa posibilidad la colma de dolor, el asno es viejo y tuerto pero ha estado junto a ella tanto tiempo, ella lo curó en su refugio, le llevó su heno, le examinó las patas, el asno ha cuidado de ella como ella ha cuidado de él, dónde está ahora, es una locura un riesgo inmenso quiere estar segura, se le acelera el corazón, quiere, se levanta, coge una barra de metal que hay junto al cubo de cenizas, introduce la punta entre la puerta y la pared, la sube para levantar el pestillo, tras varios intentos lo logra, la puerta se abre a un cielo velado, casi negro hacia el mar, permanece avizor con el atizador

en la mano, afuera no hay nadie, la albarda del asno está ahí en el porche, no hay nadie, cerca del pozo no hay nadie, nadie donde el limonero, nadie donde el naranjo, avanza poco a poco, cruza el murete, llega al pedregoso campo de olivos, el hombre no está, el asno come de un arbusto, más tranquila se acerca a él, él le mete los ollares y la testuz bajo la axila para saludarla, luego le lame la mano, ella le acaricia el cuello,

soy yo, soy yo, preciosura,

las llagas de tu lomo supuran, no cicatrizan,

tengo que curártelas antes de que se te llenen de moscas,

puede que el hombre vuelva,

ella sabe quién es, esta casucha pertenecía a su padre o a su tío,

Dios qué será de mí,

podría recoger lo estrictamente necesario y huir con el asno, hacia la quebrada, las crestas, no quedarse aquí esperando a ser violada por esa frialdad de cuchillo,

la quebrada, las crestas, la frontera, las lágrimas le nublan los ojos, no es un viaje para una mujer sola, seguro que se topa con otros fugitivos, otros exiliados, una familia, quién sabe, podría unirse a ellos, poner el asno a su disposición para llevar a los niños,

la guerra lo ha reducido todo a cero, todo borrado todo cepillado todo limado, los automóviles calcinados en el arcén de las carreteras los aviones manchas en el sol poniente un estruendo un silbido y todo arde en llamas entre alaridos de derrota, de pronto los vecinos escupen ante ti, sus hijos se dan aires y amenazan, vosotros devenís presas, erais los amos y devenís presas de sus miradas sucias, la guerra mancilla de odio la mirada de los niños, de odio y fatiga, todo crece, todo multiplica el Mal y el dolor, el ardor de la violación puede leerse en todas las frentes manchadas, las nucas encogidas bajo la vergüenza de la cabeza pelada, las nucas encogidas para recibir los golpes.

Acaricia al asno y estrecha su cuello entre sus brazos, es todo cuanto le queda de antes de la guerra, el asno lame el sudor en su cara, pálida entre las alas brillantes de su cabello de ámbar,

ven aquí asno venga nos marchamos, tomemos el camino de la quebrada, antes te daré de beber, no te volveré a poner esa estúpida

albarda que te está desollando, vámonos antes de que vuelva el hombre,

tira del asno por la cuerda hasta el pozo, levanta la placa metálica y llena el cubo de hojalata que el hombre ha dejado allí, se rocía con agua helada, se lava por debajo de la falda levantándola un poco, tiene miedo de desnudarse por completo, un aseo breve y luego abreva al asno, que bebe ávidamente.

Unas nubes blancas y densas tapan el sol, una brisa tibia llega del mar lejano, grave trazo púrpura bajo el cielo de algodón.

Entra en la casa un momento para recoger algunas cosas, la ropa, las provisiones, lo enrolla todo en dos sábanas y las ata, las pone en equilibrio sobre la cruz del asno; lo deja aún beber un buen rato a pesar del inmenso miedo a que el hombre vuelva, el ogro va a volver y encontrará su despensa vacía de mujer, le han hablado de ese hombre es peor que un ogro, tira del asno hasta el paso en el murete, coge algunas naranjas y empieza a subir el sendero que conduce al collado, el asno tras ella, preguntándose de dónde habrá sacado el valor para escapar de esa forma; puede que el hombre se haya ido por ese mismo camino, tiene miedo de cruzarse con él, qué podría hacerle, seguramente la golpearía, la llevaría de vuelta a la cabaña, si no ¿por qué la habría encerrado?

Para atemorizarme antes de violarme,

me perseguirá, no sé adónde ir, al exilio, cómo ir al exilio sola,

camina rápido, el asno tras ella, sube la cuesta que conduce al collado sin saber que una hora antes el hombre tomó ese mismo camino,

el hombre deja pasar los pensamientos salvajes, los recuerdos y el viento,

la mente en blanco como el cielo,

espera detrás del fusil, espera una presa, un movimiento en el follaje, es cuestión de paciencia, de suerte y de paciencia,

puede quedarse ahí hasta la tarde, hasta que anochezca, en unas horas, si se mueve volverán a fluir los pensamientos, huele el aroma de la primavera en la montaña, la tierra recalentada por el sol de esta mañana antes de que el cielo quedara velado por una mortaja

exánime, de momento solo le han pasado por delante dos lagartos, dos lagartos y un sinnúmero de insectos, escucha los cantos de los pájaros, a veces el chasquido de sus alas, pero ninguno se ha aventurado hasta la muesca del alza, el cartucho está en su lugar, el gatillo bien reglado, él preparado, curiosamente el hambre ha desaparecido para dar paso a la excitación de la caza,

no permitas que los pensamientos vuelvan, la mujer, las mujeres, la mujer que has dejado en la casa sentada con las manos en las rodillas, tenía miedo de ti, conoces perfectamente eso que ella desprendía, su rostro, sus hombros, su cuerpo recorrido por el terror, arañas invisibles trepando hasta su pecho, y tú percibías esos temblores, ese olor,

ahuyenta ese pensamiento, lo borra, observa una alcaparra cuyas hojas lisas caen en ramas contra una retama en flor, mezclando el amarillo insolente con el verde más inquietante, el aire está saturado de aromas cálidos, del sol en polvo a su alrededor; se mueve, se menea para desentumecer un poco piernas y brazos, respira, en el ojo tiene como una lágrima llegada directamente de la infancia, una desesperanza, una esperanza, no lo sabe, salvaje, de pronto el sentimiento se desvanece, el sol desgarra las nubes como el pecho de un cordero, un charco luminoso se extiende entre las manchas de los arbustos, un charco luminoso se extiende sobre las piedras, los guijarros, tantos arrecifes sobre un mar deslumbrado, plagado de islotes verdes, algo se agita, lo siente, presiente la proximidad del tiro, algo se agita en la luz, algo a punto de aparecer, algo va a crujir, el sol va a ponerlo todo en movimiento, es un pájaro que se eleva, un ave grande y rojiza con rayas grises, una perdiz, no tiene más que levantar un poco el cañón del fusil para seguirla, dispara, retiene el arma con el brazo izquierdo y el hombro, el ruido es seco y poderoso, su mirada sigue fija en el pájaro, cree vislumbrar un chorrito de sangre, de plumas, antes de caer lejos en el pequeño valle, el casquillo ardiente toca el suelo con un ruido de cristal, ahora el aire huele a guerra, el olor ácido de la explosión, y él espera, a menudo las perdices van en grupo, ha visto bien el lugar donde ha caído el animal, allí, cerca de aquella planta espinosa, y él espera tumbado entre las piedras. No hay

más pájaros,

mejor sería que fueras a recoger la caza antes de que pierdas de vista el lugar,

pasa la correa del arma, el metal está tibio contra su espalda, le agradece la presa al Señor, baja por el valle seco, allí sobre un cerro de caliza blanca agrietada crece un grupo de cactus, lenguas de monstruos, verdes y punzantes, la perdiz ha caído por allí, está empalada sobre una hoja grasa y espinosa de la que gotea la sangre bermeja, tiene el cuello arrancado, del buche no queda nada. La agarra por las patas. Recoge una rama seca, con una zarza ata el pájaro al palo, se echa la presa al hombro izquierdo, hatillo sanguinolento, sube un poco entre las piedras y los matorrales de brezos; los romeros en flor murmuran y exhalan tanto como los pistacheros sus aromas de ungüento, sus olores a farmacia que en la naturaleza sorprende,

a la enfermería solo fuiste una vez, no por nada como ellos pensaron, herida no tenías ninguna, pero tampoco nada, un gran dolor invisible que no explicaste,

la propia naturaleza recuerda a la guerra,

la naturaleza,

de nuevo se tumba al acecho, todavía tiene muchos tiros de reserva en el cargador, suficientes para todas las perdices de la montaña, todas las palomas y todas las liebres.

VIII

El 10 de septiembre de 2001, en el albergue La Lechuza Blanca en Wannsee, frente a la isla de los Pavos Reales y al crucero Beethoven, durante la cena, la víspera de la inauguración de las Jornadas Paul Heudeber, se habló mucho más de la leyenda Heudeber, de la estatua Heudeber, que de mi padre. Es lógico: Pawley y Kant fueron de los que más contribuyeron a erigirla, esa estatua, Pawley, Kant y Maja, quienes, si debo dar fe a este extracto de mi diario de la época, redactado en mi camarote después de nuestro regreso a bordo del Beethoven cuyas amarras vibraban suavemente sobre las aguas oscuras del lago, al salir del restaurante estaban ligeramente borrachos:

Cena Jürgen Thiele – Linden Pawley – Robert Kant – Maja. Albergue Wannsee, La Lechuza Blanca. Velas. Todos han bebido mucho. Entre gran alegría y profunda tristeza al evocar a papá. Pawley tartamudeaba, el alcohol o la emoción o ambos. Maja me ha avergonzado un poco, beber y coquetear a su edad. Miedo (o profundo deseo) de que todo este pequeño mundo caiga al lago por accidente al subir al barco.

Qué sensación tan horrible releerse veinte años después. Peor aún que encontrar una vieja fotografía. Recuerdo que luego salí a la cubierta del barco para tomar el aire antes de revisar mi discurso de la mañana siguiente y poner en orden las transparencias para mi conferencia de presentación del coloquio, una conferencia titulada «Matemáticas y resistencia». La siguiente entrada de mi diario (probablemente redactada después del desayuno) no tiene desperdicio:

Levantada al amanecer, dolor en el bajo vientre. Típico de los días de miedo escénico. Abierto las cortinas al sol que iluminaba el castillo de la isla de los Pavos Reales más allá de los árboles, al otro lado del río. Dolorosamente hermoso, otro efecto de la emoción. Pensado en papá.

Cómo hacer para no decepcionarlo. ¿A quién van a interesarle aquí Nasiruddin Tusi y las matemáticas en el momento de las invasiones mongolas? ¿Ese viejo chiíta recluido en las montañas de los Asesinos? ¿Su perspectiva de los números irracionales? ¿Sus círculos, sus elipses, sus órbitas? Qué soledad.

La soledad del historiador de las matemáticas, a quien ni los historiadores ni los matemáticos leen.

La soledad, pues, de la historiadora de las matemáticas en el umbral de la vejez, en su apartamento berlinés, calle del Castillo en Steglitz, la calle más ruidosa del barrio, un apartamento situado encima del que tuvo alquilado mi madre hasta 2005.

Maja Scharnhorst fue una niña abandonada a la que, sabe Dios por qué, le pusieron el apellido de un viejo general prusiano; dice la leyenda que la encontraron, una mañana al amanecer, al pie de la estatua de dicho general en Berlín, junto a la Neue Wache, en Unter den Linden. Mis investigaciones recientes en los archivos de la época solo confirman que la niña fue confiada al orfanato con una nota en la que se precisaba su nombre, «Maja Scharnhorst», sin concretar en qué circunstancias fue hallada ni detalles sobre el parto, ni siquiera su fecha de nacimiento, que decidieron teniendo en cuenta la edad aproximada de la lactante. (Muchos amigos, enemigos y camaradas de Maja creían que era una de las descendientes del susodicho general, que en realidad se llamaba Maja *von* Scharnhorst pero no utilizaba la partícula por convicción política; ella nunca hizo nada por sacarlos de su error). Maja es una huérfana de la Revolución y luego una niña de la República de Weimar, criada en el orfanato Lindenhof, en Lichtenberg, fundado por el pedagogo Karl Wilker. A diferencia de la mayoría de las huérfanas, a quienes en la época adiestraban como animales de granja para convertirlas en esposas sumisas y madres eficientes, ella tuvo acceso a una educación y luego hasta encontró el dinero necesario para cursar estudios secundarios; acudió a una escuela secundaria de muchachas donde, como ella misma cuenta en sus memorias, aprendió mucho menos que en la sección del Partido Socialista, que en julio de 1933 pasó a la clandestinidad. A los quince años, el Partido ya la utilizaba para transmitir mensajes, para hacer de

contacto entre camaradas diseminados por las cuatro esquinas del inmenso Berlín: ¿quién iba a desconfiar de una jovencita? Nadie desconfió. Ni siquiera en la Liga de las Jóvenes Alemanas, organización femenina hitleriana a la que perteneció por la fuerza hasta el momento en que dejó Alemania en 1938.

Maja es una figura de la Resistencia y la Democracia.

Maja me abandonó por su carrera política como la abandonaron a ella misma.

Durante mucho tiempo, sentí en su mirada una ira que se atenuaba en un odio silencioso.

Dr. Paul Heudeber
Elsa-Brändström-Str. 32
1100 Berlín Pankow
RDA

Maja Scharnhorst

Pankow, 30 de agosto de 1961

Amor:

Realidad de un aislamiento: hemos construido una barricada contra el fascismo. De hormigón y en una noche. O poco ha faltado. Ahora somos grandes e invencibles; por supuesto, el Oeste está rodeado y vencido. Todo depende de cómo consideremos el asunto en su conjunto; el principio del infinito es que siempre existe una cantidad mayor. Todo el mundo estaba tranquilamente en la playa cuando un viento aterrador empezó a levantar las toallas y a mandar a paseo las sombrillas, lo cual provocó la tormenta del regreso a Berlín y colas (!!!) para coger el S-Bahn con armas y equipaje y pasar al Oeste antes de que (al parecer) prohibieran todo tipo de desplazamientos. De repente vi llegar a la oficina una avalancha de turistas que regresaba «antes de tiempo». Nadie entiende nada, al parecer la decisión se ha tomado al más alto nivel y en el mayor secreto. (Mayor secreto solo relativamente, ya que una parte del personal del Instituto había pasado al Oeste justo antes del fatídico domingo, demostrando que *los mayores secretos* solo lo son para los militares entre ellos).

Ahora consideramos oficialmente Berlín Oeste como un lazo en un plano y en la topología de Poincaré: es decir, nada importante. En una

partida de go, Berlín Oeste habría desaparecido y habría sido reemplazado por fichas blancas, nuestras fichas blancas. Parece que para el Partido este movimiento es necesario y urgente. Confieso que me molesta de una forma muy egoísta, ya que lo más probable es que *nuestros* desplazamientos sean aún más complicados. No se sabe si estas medidas contra el terrorismo, el fascismo y el capital son temporales o definitivas. Por suerte, me he dado cuenta de que como ni tú ni Irina vivís en la antigua Zona de Ocupación Soviética, sino en el sector americano, si alguna vez os apetece visitarme, cosa que ahora mismo no os recomiendo, no correríais el riesgo de que os retuviesen aquí contra vuestra voluntad. Espero que nuestros dirigentes tengan un arrebato de conciencia y vuelvan cuanto antes a ponerse manos a la obra en la construcción del comunismo, en lugar de perderse en problemas de alambradas. Los camaradas no son animales que hubiera que aparcar… Han olvidado que hace veinte años nosotros estábamos en otros campos… encerrados igual. Siempre esas cuestiones de superficies: me pregunto si estoy en el lado A o en el lado B. De pronto quien está detrás de un muro ¿es Reinickendorf, o acaso Treptow?

Sea como fuere, si es por el socialismo, yo estaría dispuesto a soportar un muro entre vosotras y yo. Reconozco que es una contradicción, pero las contradicciones, cuando no son de mala fe, son las partes visibles de grandes teoremas que aún no se han formulado.

¿Estáis pasando bien las vacaciones? ¿Irina ha empezado a nadar de una vez? (¡No le digas que te he hecho esta pregunta!). A principios de julio, en el lago, no quiso meterse en el agua más allá de la cintura, y eso que los otros niños la animaban. También es verdad que había patos, y que nadar en la m… de pato a mí tampoco me hubiese hecho gracia.

Escríbeme rápido, o ve a correos y llámame al Instituto, el fascismo aún no nos ha cortado el teléfono.

Te echo de menos,

Paul

IX

Ha oído el disparo, el eco ha rodado entre las laderas, se ha quedado quieta en medio del sendero, el asno se ha acercado a ella,

puede que sea él, no debe de andar lejos, está vez me matará, si me cruzo con él me matará,

titubea, trata de determinar la procedencia del sonido esfumado, del eco desvanecido, por qué iba a matarla si no la ha matado ya, la está reservando como carne de violación, no está sorda y en el pueblo oyó hablar a las mujeres, susurrar, murmurarse unas a otras sin mover los labios, una lágrima en la comisura del ojo con los párpados apretados de rabia y de vergüenza, también escuchó el nombre del tipo y el apellido de su familia, lo habían reconocido, los hombres, las mujeres, mancillados, heridos, quebrados o muertos, era él, él era uno de ellos, allí, sus amigos y él, él y sus primos, los matones, los torturadores, los violadores a los que no se puede llamar soldados,

hay que caminar hacia el norte, hacia una frontera de la que todo lo ignoro, la gente, sus idiomas, sus diferencias,

se vuelve hacia la quebrada, ve cómo las nubes amontonan su oscuridad a los pies de las colinas, el mar de pronto invisible, oculto por un ribete gris e inquietante que avanza como un ejército algodonoso. El asno la empuja con el hocico para tranquilizarla, ella le sonríe, lo acaricia entre las orejas, de pronto se da cuenta de que a su alrededor hay decenas de pájaros invisibles cantando, acaso estaban ahí todo este tiempo, con el disparo se habían callado, acaso saben lo que es un disparo, han vuelto a ponerse a cantar,

cada día la primavera gana unos metros montaña arriba hasta cubrirla con su velo, hasta cubrirla bajo su dosel, las flores eclosionan, los nidos crecen, las abejas se bañan en los pistilos, cada vez más numerosos, los escorpiones salen de sus huevos pegajosos y las

serpientes mudan de piel en un zumbido de impaciencia, una excitación de celo,

no está sola, está con el asno, está con sus recuerdos: sabía que huir era imposible, que escapar significaba el mar o la muerte, no ha podido librarse de la destrucción, allí en el hueco de las colinas, tiene que subir la montaña por lo menos hasta las ruinas, hasta la Roca Negra, allí podrá esconderse, ocultarse como tenía previsto hacer en la casucha de los olivos. En las ruinas de la Roca Negra se han escondido toda la vida, los espíritus y los fugitivos, ese castillo sin más inquilinos que el viento y los buitres, la Roca Negra queda en dirección a la frontera; puede que algún otro refugiado haga allí un alto alrededor de hogueras invisibles, hay que recuperar el valor y la esperanza. El recuerdo del hombre y de su fusil se vuelve menos acuciante, se pone en marcha hacia el norte,

dejaré tras de mí la muerte y la vergüenza,

la vergüenza y la mácula,

avanzo por la montaña con un asno como hace cien años, como hace mil, tengo provisiones, agua en una cantimplora,

recupera fuerzas entre jirones de sol que barren el suelo pedregoso.

Para cuando se decide a volver a la cabaña, el sol ya hace rato que cruzó el umbral del mediodía, de su palo cuelgan tres pájaros sanguinolentos, dos palomas y una perdiz, las torcaces grises y azuladas, la perdiz rojiza con líneas oscuras, está más contento que un niño, contento de sus disparos, contento con el festín que piensa darse, contento de haberse reencontrado con ese placer de la montaña, saciado de calor, de efluvios y sonidos,

has conseguido no preocuparte ni por el ayer ni por el mañana, has conseguido pasarte estas horas sin un solo pensamiento, sin dolor,

cegado por el recuerdo de tu padre, cegado por la infancia que todo lo retoma,

eres un hombre sin futuro, condenado al ayer y al hoy,

ya no se preocupa por las ululantes incursiones aéreas sobre las ciudades, por las negras humaredas que mezclan el sufrimiento con las nubes o lanzan al sol la muerte en polvo, tampoco por los gritos de los humanos y las bestias, que a menudo son los mismos, los mismos gritos las mismas muertes de bestia,

vuelven a asaltarte aquellos a quienes enviaste a una fosa, perdidos hasta sus nombres, cubiertos, sepultados, cargados de balas en un conglomerado de vida, de sangre, de muerte,

ahuyenta ese pensamiento igual que los otros mientras observa cómo las nubes se oscurecen, cómo el cielo se vuelve denso: a lo lejos gruñe el trueno, cerca del mar, donde unos destellos fugaces agrietan brevemente el horizonte, antes de que la tormenta llegue hasta aquí, si es que ha de llegar hasta aquí, estará de vuelta en la casucha; una vez allí pondrá el balde al fuego, un fuego hecho de ramas, destripará las aves y las meterá en el agua hirviendo y después, mientras la leña se acaba de consumir, las desplumará, las abrirá en canal y por fin las

asará y se las comerá aún ardiendo, el hambre lo obsesiona, lo ha venido acompañando entre las piedras y las frondosas arboledas, las plantas espinosas, los pinos salgareños torcidos, los viejos olivos abandonados, el hambre lo acompaña en su descenso hacia la cabaña, el fusil al hombro derecho, el hatillo ensangrentado en el izquierdo, había olvidado a la mujer, confía en que se haya escapado, en que haya logrado levantar el pestillo y luego huir, no quiere más estremecimientos de miedo y de dolor,

tendrías que haberla matado, ahora sabe que estás en la cabaña, te ha reconocido, se lo has visto en la cara,

de todos modos, no puedes quedarte, cazar así tu sustento como un salvaje, Señor, ten piedad, va a haber que ponerse otra vez en marcha

mañana, mañana mismo partirás en dirección norte, luego, antes de la frontera, te desharás del fusil y te harás pasar por un vencido, un perdedor, uno de cuantos deshizo la guerra como un nudo mal atado,

de repente recuerda lo joven que es,

será el comienzo de otra cosa de la que todo lo ignoras.

Tal vez pueda aguardar un día o dos antes de partir, alimentarse de caza, de fruta, saborear ese paréntesis lejos de la guerra en que el cuchillo solo se adentra en las entrañas de los pájaros, en que los huesos rotos son los de los pájaros, en que las balas apuntan a los pájaros; cuánto tiempo le llevará llegar a la frontera, tres días, como mucho cuatro, tendrá que caminar de noche y esconderse de día, claro, cuanto más al norte más soldados, desertores y bandidos, todo un universo en fuga, todo un mundo deshilachado, la espuma del mal mana de la boca del país, rezuma entre los dientes de la victoria. Desde que se fue del cuartel, desde que abandonó el vehículo sin gasolina, desde que desertó del bando de los vencedores, aún no había pensado con tanta precisión en el sentido de su huida, en la realidad de su deserción,

ya solo eres un cobarde, un gallina, un hedor de soledad, la fuerza de los soldados reside en su número, en la multitud de la camaradería,

los soldados se observan los unos a los otros en la violación y la tortura,

un desertor solo es bueno para la cuerda, para el garrote,

no malgastarán una bala con él,

lo colgarán de una rama junto al camino para que todos lo vean, la chaqueta bajada hasta mitad de los bíceps, las manos atadas a la espalda, se mecerá suavemente, los niños tirarán piedras y ahuyentarán a los cuervos que se zampaban su lengua negra, salida de la boca,

¿cuántos serán los así colgados del cuello al borde de la carretera?

De repente en medio del sendero advierte una mierda de equino, aglomerado de esferas negras y verdosas como un riñón veteado de paja, todavía fresca, no debe de haber muchos caballos que suban hacia la quebrada, la mujer debe de haberse escapado con el asno; por qué se habrá ido así de su pueblo, sola; él no la ha matado, no la ha violado pero otros lo harán, no se había preguntado por el viaje de esa mujer, por su valentía, ella lo ha reconocido, pero acaso él la conoce, acaso le apetece acordarse de esas gentes, acordarse de las humillaciones, las vejaciones, los escupitajos,

no recuerdas el lugar de la mujer en la brutalidad de la infancia,

no quieres que las vejaciones del pasado te asfixien,

tú las humillaciones las has torturado y masacrado,

acelera el paso, avanza por la cuesta hacia la cabaña y su refugio.

X

En Wannsee, la mañana de la inauguración de las Jornadas Paul Heudeber, hace veintiún años. Esperábamos a una cincuentena de inscritos, más algunos estudiantes que vendrían como oyentes de Potsdam o incluso de Berlín, gente suficientemente osada como para soportar la horita de camino a pie (o si no, el cuarto de hora en bicicleta) que nos separaba de la estación de tren más cercana. La sala grande del crucero –su bodega, mejor dicho– estaba abarrotada de sillas plegables de color negro; a estribor, la luz iridiscente del lago invadía la estancia a través de unos grandes ojos de buey cuadrados, por el otro lado lo único que se veía era el hormigón del muelle en el que estaba amarrado el Beethoven.

De forma natural, los participantes se agruparon primero en el lado luminoso.

El salón presentaba así un aspecto desequilibrado, insólito; recuerdo haber temido que la bodega se quedara así, medio vacía, y que, a fuerza de inclinarse hacia el lado del lago, el barco acabara volcando.

Estaba nerviosa.

Maja no dejaba de importunarme con tonterías, Irina esto, Irina aquello. Jürgen Thiele había colocado una gran pizarra con hojas de papel ligeramente satinado y gruesos rotuladores negros y rojos, unos cilindros metálicos que al quitarles el tapón desprendían un olor –mezcla de química e infancia– que resultaba tranquilizador.

En mis cajas he encontrado el programa.

9 h: Agradecimientos – Presentaciones
9 h 05: Discurso inaugural
Apertura de las Jornadas Paul Heudeber
por Maja Scharnhorst
9 h 15: Primera sesión: *En los orígenes*

(1) *Matemáticas y resistencia*
por Irina Heudeber
(2) *La Primera Conjetura del Ettersberg*
o la introspección matemática
por Robert Kant
(3) Debate – Moderador: Linden S. Pawley
11 h: Pausa – Cafés
11 h 30: Segunda sesión: *Análisis*

Mi conferencia «matemática» sobre los números irracionales de Nasiruddin Tusi estaba prevista para la mañana siguiente: la niña bonita de la mañana, por supuesto, no era ni mucho menos Tusi, sino la presentación de un desarrollo reciente sobre el teorema de Paul.

«Matemáticas y resistencia» contaba brevemente la vida de mi padre en los años treinta y cuarenta, y comparaba su destino con el de otros matemáticos europeos, como Albert Lautman, fusilado en 1944 cerca de Burdeos por actos de resistencia; Edmund Landau, a cuyos cursos en Gotinga había asistido Paul y que murió en Berlín en 1938; Emmy Noether, que fue su mentora en matemáticas, obligada a exiliarse en 1933; el matemático polaco Tadeusz Wazewski, detenido en el campo de concentración de Sachsenhausen; y Felix Hausdorff, que se suicidó en enero de 1942 para escapar de la deportación. Se trataba sobre todo de un breve elogio del antifascismo de Paul Heudeber, de su compromiso desde sus primeros años en las redes comunistas informales que intentaban sobrevivir en el seno de la universidad, de su huida a Bélgica con Maja, su paso por el campo de Gurs en 1940, su detención en Lieja en 1941, su deportación a Buchenwald, Weimar, hasta el momento en que el campo fue liberado en abril de 1945, y su establecimiento en Berlín.

El discurso de Maja me había conmovido mucho, claro, conmovido e irritado, así que cuando me coloqué ante el micro, entre Robert Kant y Pawley, fue con los ojos húmedos. Maja se había sentado en primera fila, y yo imaginaba que, aunque no se le notara, para ella el momento también debía de ser sumamente conmovedor. Me había dado cuenta de que, al sostener el texto de su discurso, la mano derecha le temblaba ligeramente.

Me cuesta recordar mis sentimientos en el momento en que

pronunciaba mi conferencia; tampoco me acuerdo del debate que animó Pawley (brillantemente, sin duda), todo quedó enterrado bajo las ruinas del derrumbe de la tarde. Lo que sí recuerdo es la pregunta de un estudiante sobre la demostración (entonces inexistente) de la *Primera Conjetura de Buchenwald* de Paul, a la que Pawley respondió él mismo con un esquema y dos fórmulas que fueron los únicos signos trazados sobre la *whiteboard* en todo el coloquio. Cuando, antes de dejar el barco, Jürgen la desmontó, arrancó esa página y, con un gesto lleno de tristeza, me la regaló como recuerdo; en el tren que me llevaba de vuelta a Steglitz, recuerdo haberla tirado a una papelera.

He soñado contigo esta mañana es la guerra
Te he soñado a mi alrededor
Vibrante
Una dulce explosión mi corazón de tu presencia
Es la guerra esta mañana te he soñado
Perfecta como las ecuaciones que hacen volar los obuses
Perfecta como la evidencia de las ecuaciones
Perfecta como la violencia
Entera
Estabas allí en mí
Yo estaba solo
La gente no tenía en la boca más que la guerra
Yo solo te tenía a ti
Y la tristeza de tu desaparición

PAUL

[Apunte con una letra distinta, abajo, a lápiz, sin duda Maja: Lieja, 1 de septiembre de 1939]

XI

Lo primero ha sido el olor manando del suelo, un aroma de roca cálida y pizarra, luego el asno se ha puesto a temblar, a bramar, a caminar demasiado rápido; y entonces las primeras gotas, blandas, grasas, escasas, dejando unas marcas oscuras en la tierra arenosa del sendero. De repente ha desaparecido el sol; la luz llevaba una estridencia violácea, era una luz de interior, como si hubiera llegado la noche, ha llegado la noche y ella ha vuelto la cara hacia el cielo, ha tirado del arreo tratando de tranquilizar al asno; el trueno aplasta la tierra con su furor fulgurante, interminable, constreñido entre unas montañas que parece apartar, el trueno abre rodando el reverbero del sol, el trueno infinito corre bajo el azote del relámpago, entrecortado, seco destello de gigantes que parte las piedras con su crujido; el rayo ha caído muy cerca, el rayo siempre cae muy cerca y ella percibe su olor a ozono, su luz ha cegado el ojo tuerto del asno con un horrible reflejo, las gotas de agua se han convertido en chorros, en arroyos verticales, en opaca cortina de una lluvia continua, de un diluvio repentino cuya fuerza empieza a mover las piedras bajo los pies, la cuesta se convierte en un torrente que con el trueno reaparece y vuelve a fluir, llevándose por delante la esperanza de un refugio, enseguida queda empapada, goteante, busca un refugio inexistente, la lluvia golpea el suelo tan fuerte como el propio trueno, ella da unos pasos a la derecha, luego vuelve corriendo hacia la izquierda, aturdida; el asno brama a cada trueno, se tambalea como extraviado, suma sus bramidos al tumulto, estalla un relámpago, el trueno ya no ceja, es un cañón continuo que hace vibrar la tierra, entrecortado por unos formidables arcos eléctricos que cortan la masa de lluvia. Advierte la negra sombra de un roble que se recorta en la tormenta, corre hacia el magro refugio con el asno rezongón; por todas partes se

forman torrentes, cascadas que descienden cuesta abajo: toda la vertiente recoge, toda la vertiente deja caer el agua en dirección al mar. Se ha levantado viento; entre dos estallidos del trueno, se arremolina ululando y doblegando las rachas ventosas hasta situarlas en paralelo al suelo, lanza olas de lluvia contra los cuerpos, como si el propio mar hubiera invadido la montaña; las trombas de agua siguen batiendo el suelo tercamente,

estoy calada hasta los huesos, no hay ningún recoveco, ninguna oquedad en la roca no hay más que este árbol,

alcanza el tronco y se arrima a él, el asno se come a pesar de la tormenta las pequeñas hojas verdes y coriáceas de las ramas más bajas, ella tiene miedo, las nubes son de una oscuridad sin límites, está chorreando, unos ríos minúsculos recorren su fular, su pelo rapado, su cara, el agua circula por sus hombros, se desliza entre sus senos; sus zapatos nadan en unos torrentes fangosos que pasan por encima de las raíces del árbol formando diminutos rápidos, y entretanto la tormenta está en su apogeo, eso le parece a ella, el horizonte renegrido se retuerce de relámpagos al ritmo de los estruendos, la locura de la lluvia parece interrumpirse para mejor recomenzar; se vuelve espesa, blanca y dura, impacta en las piedras como un enjambre de miles de insectos que picotean la parte inferior de sus piernas, entre el tobillo y el dobladillo, atacada por las piedras de blanco granizo que rebotan donde pueden sumándose al pánico sonoro, al ruido infernal del trueno, es un ejército de millones de soldados de hielo que pisotea furiosamente las cuestas, de repente el aire es gélido, como humeante de escarcha; el asno se ha vuelto a poner a rebuznar, se queja del granizo, se queja de ese doloroso tumulto sobre su espalda, también él busca el abrigo del árbol, cuyas ramas oscuras, magras en los extremos, son a su vez víctimas del granizo y hacen un ruido sordo como de semantron golpeado por todo un haz de mazos, las bolitas de hielo se acumulan contra las piedras, en las anfractuosidades, en la menor hendidura y pintan el paisaje con una nieve pesada, translúcida y azulada que refleja los relámpagos y produce una luz mórbida, una fosforescencia almibarada de fantasmagoría.

En el momento en que el aguacero parece a punto de cesar y es

como si el cielo agotara su munición, cuando el ritmo del granizo afloja y el sabor del miedo y de la nieve en la boca dejan paso al de las flores rotas y la hierba aplastada por la violencia de la tempestad, cuando el propio viento parece agotado de tanta locura, cuando ella deja escapar un suspiro y sonríe al asno diciéndole

tú también estás empapado, pobrecito, estamos rendidos, tengo frío,

estalla una explosión formidable que los lanza hacia atrás, al asno y a ella, en un gran vuelo de madera, de ramas, de astillas, de llamas, a varios metros de distancia, contra el suelo empapado, perseguidos por la demencia de la luz, por las hojas humeantes que bufan sobre su cabeza, unos ruidos de aplastamiento, de desgarro que silban en su oído, el olor repentino de madera quemada, de vapor de agua y de sílex, el olor del fuego del cielo, olor de fuego instantáneo, de combustión inmediata en el crujido de las rocas, el estruendo de la detonación del rayo.

Y yacen los dos, el asno y ella, a tres metros de distancia, no era ni una bomba ni un obús, ella nunca había visto la potencia del relámpago, abre los ojos ante un árbol que arde, destripado y recorrido de chispas como escalofríos allí donde humea la lluvia, que ahora arrecia. Siente un dolor reptando por sus piernas, por su torso; el asno se ha levantado, balancea la cabeza tan cerca del suelo como puede, perdido, bramando como un perro joven, cojeando entre una pata y la otra, a punto cada vez de caer, de su boca brota sangre negra que estalla en flores rojas eclosionadas en el agua sobre las piedras,

Dios, imploro tu perdón, acaso es tu cielo el que acaba de golpearme, de golpearnos, no merecemos más que la guerra y el fuego, no hay fuerza ni poder sino en Dios,

es incapaz de levantarse, un vértigo inmenso se apodera de ella, se desmaya de nuevo, la lluvia cubre de lágrimas su pelo ensangrentado, sus mejillas ennegrecidas, su hombro quebrado, su muslo lechoso del que sobresale una rama obscena y humeante clavada como una lanza.

XII

De entre las historias que me contaba Paul antes de dormir cuando era pequeña, yo casi todas las noches le pedía con todas mis fuerzas el relato del Congreso de Matemáticas de París del mes de agosto de 1900. Paul se sentaba al borde de mi cama y empezaba preguntándome:

–¿Qué historia quieres que te cuente?

Entonces yo le respondía:

–¡La historia del Congreso de París!

–De acuerdo –asentía Paul. Su relato empezaba siempre con una descripción de la ciudad–: Imagina la Exposición Universal de 1900 en París –decía–, el mundo entero estaba allí, a orillas del Sena. Imagina el Sena, con sus puentes dorados, sus estatuas de leones, el Sena fluyendo a los pies de la torre Eiffel, imagina la torre Eiffel, sus millones de pernos como en un juego de construcción, pernos y vigas de acero, imagina los exuberantes pabellones de decenas de naciones de todo el mundo, imagina que la capital del mundo no era aún Moscú –decía Paul–. La capital del mundo era París –decía Paul–. En uno de los pabellones de la Exposición Universal de París había un telescopio astronómico de sesenta metros de largo, lo suficientemente potente como para contar peatones en la luna. Había un globo terráqueo de varias decenas de metros de diámetro; había la primera cinta rodante de la historia, el primer cine exterior con pantalla gigante. Y fue allí, en agosto, en medio de todos aquellos prodigios, donde los matemáticos más importantes del planeta decidieron reunirse para comentar los últimos avances y novedades en todas las áreas de las matemáticas –decía Paul–. Llevaban sombrero, frac y bigote. El jefe, el más brillante de todos ellos, el que había abierto un espacio desconocido para el álgebra, era un francés llamado Raymond

Poincaré.

¡*Point carré*, punto cuadrado! Yo no podía creer que su apellido estuviera tan relacionado con las matemáticas. En Francia eso es muy común, decía Paul. En Francia hay carniceros que se llaman por ejemplo señor Lebœuf; y esas palabras que yo era capaz de entender en francés, *carré*, *bœuf*, me ponían contenta. ¡Un carnicero llamado buey! ¡Un matemático llamado punto cuadrado! Entonces Paul pasaba a la descripción del congreso propiamente dicho:

–Los científicos tenían sed –contaba–, aquel verano hizo mucho calor, así que primero, la víspera de la inauguración oficial del congreso, los más importantes matemáticos se encontraron en un magnífico café, el café Voltaire, para discutir la creación de la Sociedad Secreta de Analistas, que estaría prohibida a los geómetras.

Cada vez que Paul intentaba transformar su propio relato, mi infancia se rebelaba:

–¡No! ¡No es verdad! ¡Se reunieron en el café Voltaire para preparar los debates del día siguiente!

Paul sonreía y acababa transigiendo. A continuación me contaba por *milésima* vez cómo Poincaré había sido elegido presidente del congreso, y luego detallaba los diferentes presidentes de sesión, Moritz Cantor de historia de las matemáticas (mi favorito, por supuesto), David Hilbert de análisis, y así sucesivamente.

¿Por qué la niña que era yo se apasionaba por aquellos matemáticos con bigotes, levita y sombrero? Porque eran poseedores de un secreto, claro está, el secreto de la vida de mi padre que yo quería desentrañar, comprender, desvelar, explicar. El Congreso de París abría el siglo XX a la esperanza científica; el Congreso de París enunciaba objetivos para la parte de la humanidad que se interesaba por las matemáticas, y yo, de pequeña, en esos sabios veía a unos salvadores.

Mi padre caminaba sobre dos piernas: el álgebra y el comunismo. Esos dos miembros le permitían recorrer la vida entera. Esos dos mundos le habían permitido sobrevivir a la deportación. Esos dos mundos echaban raíces –así lo imaginaba yo– en el Congreso de París de la Exposición Universal de 1900, en los sombreros de copa, la gran noria y el metropolitano. En el enunciado de los problemas de Hilbert

que a mí me parecían –extraño atajo de la magia de Paul– la consecuencia lógica de la Internacional Obrera de 1889: los relatos de Paul sobre las matemáticas y los matemáticos se superponían a lo que yo podía conocer de la historia del marxismo-leninismo, el hierro de la torre Eiffel me remitía a las huelgas de los mineros que habían arrancado el mineral de la tierra. Para Paul, París era el símbolo de la lucha obrera y del colonialismo; Gotinga representaba el conocimiento y las matemáticas, y Berlín, Berlín era todo eso a la vez, la oscuridad teñida de esperanza. Recuerdo haberle hecho esta pregunta en los años ochenta, cuando su vida en la capital de la Alemania del Este me parecía realmente pesada, desventurada: ¿por qué en 1945 te asentaste en Berlín, por qué no volviste a Gotinga? Él me respondió que en la guerra habían *ganado* Berlín, que era un botín arrebatado a los nazis, que había que completar la transformación de Berlín en metrópoli de la utopía. Los cuatro años de campo les habían dado el derecho, a sus camaradas y a él, de tomar Berlín e intentar dirigir el país hacia el comunismo. Hacia la felicidad. Nunca me atreví a preguntarle si seguía creyendo en ello, pero su tristeza en marzo de 1990 en vista de los resultados de las primeras elecciones libres en la RDA (la abrumadora victoria de la derecha) y luego su estupor en el momento de la desaparición pura y simple de la República Democrática en el otoño siguiente tienden a demostrar que sí. En las últimas cartas de mi padre, las que escribió justo antes de su muerte en otoño de 1995, hay una especie de desapego triste, de repentina apatía política, de melancolía; desde finales de los años sesenta y su «reclusión» voluntaria en la topología algebraica y las superficies utópicas, una clausura de la que ya no saldrá hasta principios de los años ochenta para asumir la dirección del Instituto, es como si la melancolía hubiese ido ganándole terreno, invadiéndolo. Diez años de tristeza; ¿estaba esa tristeza relacionada con Maja, con la sensación de alejamiento, casi de una separación? Durante esos años en que yo estoy estudiando en El Cairo, formándome en árabe clásico y en historia de las matemáticas, Paul prácticamente no ve a Maja. Se encuentran de cuando en cuando, según sus cartas, una vez en Hamburgo, adonde Paul tuvo que ir por no sé qué asunto oficial; una

vez en París, hay otra carta en que lo comentan. Maja creía que la Primavera de Praga (y sobre todo la posición de la RDA frente al «socialismo con rostro humano») había herido profundamente a Paul. Herido, destruido. El «asunto de Praga» lo había arrinconado en la mala fe. No encontraba justificación alguna a la intervención soviética; la visita a Praga de Walter Ulbricht el 12 de agosto, ocho días antes de la entrada de los tanques en Praga, había agotado la confianza de Paul. Para mi padre, todos aquellos acontecimientos eran un auténtico atropello del socialismo. A ojos de Paul, los soviéticos se iban convirtiendo cada vez más en enemigos del socialismo real, como lo fueron en tiempos de Stalin. Stalin había vencido al nazismo, pero también había encarcelado, deportado, asesinado, purgado a los héroes de Paul, todos los revolucionarios del 17; por otra parte, mucho más tarde, a Paul le indignó saber que, tras la liberación de Buchenwald, los soviéticos habían seguido utilizando el campo para internar prisioneros, y eso hasta 1950. Prisioneros nazis, eso era cierto, pero que se le pudiera simplemente «devolver» su función de campo, considerarlo una prisión como otra cualquiera, para Paul era sencillamente un insulto a la memoria de los que allí habían muerto. Por eso mismo, y es una de las pocas decisiones del Partido que mi padre criticaba abiertamente, la destrucción en 1950 del campo de concentración, exceptuando el crematorio y los bastiones de entrada, le pareció un error gigantesco. Buchenwald no solo debía ser un monumento a la gloria del antifascismo, debía ser también un recuerdo de los sufrimientos de todos a cuantos allí deportaron y torturaron. Todo aquello eran como minúsculas brechas: nunca llegaron a comprometer la solidez del muro, el comunismo de Paul.

Paul Heudeber llevaba el nombre de un pequeño pueblo de las montañas del Harz, que es de donde probablemente procedía su familia. Paul nació y vivió con sus padres en la pequeña ciudad de Gernrode hasta 1923, cuando mi abuelo Arthur, Paul y sus dos hermanas se mudaron a Gotinga. Veterano de la Primera Guerra Mundial, mi abuelo Arthur había conseguido, a través de uno de sus primos, un empleo como guardia y factótum en la Universidad de Gotinga; su esposa Gertrud, es decir mi abuela, había muerto el año

anterior tras una enfermedad. Gotinga era la ciudad de las matemáticas, donde enseñaban Gauss, Riemann y por supuesto David Hilbert hasta que se jubiló en 1930 (Paul recordaba haberlo visto, imponente con su enorme estatura y su barba vikinga, charlando con Emmy Noether y los demás profesores, un día que acompañó a Emmy a su despacho); David Hilbert y una lista inmensa de eruditos convirtieron Gotinga en la capital de las matemáticas hasta 1933, cuando las leyes antijudías, la gran sangría del saber alemán, apartaron de las universidades a las mentes más brillantes: entre ellas Emmy Noether, obligada a exiliarse a Estados Unidos a finales de 1933.

Para Paul, Emmy Noether fue más que una madre. Le tomó cariño a aquel niño que vivía en la planta baja de su edificio, y él estaba tan unido a ella que a los diecisiete años era su alumno más brillante. El más brillante e ignorante, decía Paul. Paul rendía un homenaje constante a Emmy Noether; hablaba de ella sin parar, hasta tal punto que para mí es una especie de abuela, una tía que falleció demasiado joven (murió en 1935) como para que tuviésemos oportunidad de ir a hacerle alguna visita (estoy seguro de que, de haber estado viva, Paul habría aceptado viajar a Estados Unidos). Hay un capítulo de *Las conjeturas de Buchenwald* que está dedicado a ella, el de los anillos y los ideales:

Con Emmy
Yo era como los perros de los templos
En la India
De quienes se cuenta que saben,
Que aprendan de los maestros y de las Diosas, sin poder hablar:
Yo estaba
Infuso de ciencia sin entender
Los anillos que Emmy me ponía en los dedos
Las cuerdas que anudaba en mi cabello.
Emmy Noether era la ternura,
Toda la ternura,
Me acariciaba con sus manos matemáticas

Me ahogaba en los conceptos y el amor
El amor por las ecuaciones y el socialismo
Me paseaba
Me sentaba
Me explicaba
Me dibujaba
Me abrazaba con conceptos, con amor y con socialismo
Con ideales; ideales primarios en un ideal:
Intersección,
Anillos:
Los enteros pares forman un ideal del anillo de los enteros.

Mi padre me confió que durante su infancia y adolescencia había pasado más tiempo con Emmy que con nadie, lo tenía todo el día lidiando con problemas de aritmética y álgebra; a los diez años, sabía lo que era una ecuación diofántica y conocía los diferentes tipos de soluciones de $ax + by = c$ para los enteros naturales. Emmy no lo forzaba. No lo forzaba en nada. Por la mañana, a pesar de los gritos de sus hermanas, ¡deja tranquila a la profesora!, Paul subía de cuatro en cuatro los escalones que lo llevaban al apartamento de Emmy, desayunaba con ella un trozo de pudin y un problema de aritmética, y luego bajaba a recoger la cartera para irse a la escuela, y cuando un poco más tarde mi tía Ilse oía los pasos de Emmy Noether, bajando a su vez para irse al Instituto de Matemáticas, entreabría la puerta del apartamento y le pedía que perdonara a Paul por su indiscreción, a lo que Emmy siempre respondía sonriendo que estaba muy contenta con esas visitas, y que a Paul ni se le ocurriese faltar a la hora de la *merienda*, porque tenía que corregirle los ejercicios.

En un documental sobre las mujeres y las matemáticas que se rodó unos meses antes de la muerte de Paul, cuando le preguntan qué aprendió de Emmy Noether, mi padre (chaleco de lana granate, chaqueta de terciopelo, bigote blanco), tras una larga vacilación, mirando al objetivo, responde con esa voz débil, un tanto tímida, de quienes no están acostumbrados a la cámara: *Todo, pero sobre todo a ser generoso, a interesarme por los demás*. La periodista esperaba una

respuesta matemática, se la nota completamente desconcertada por la frase de Paul, así que insiste: ¿Y en matemáticas? ¿Qué le enseñó? Paul adopta entonces un gesto concentrado, un gesto concentrado que en él oculta a menudo una respuesta irónica, y que en este caso ni siquiera lo es: *Me enseñó que las matemáticas eran el otro nombre de la esperanza*.

XIII

Los pájaros ya crepitaban en las brasas cuando se ha puesto a llover. Unas gotas grandes y perezosas maculaban la roca. Él saliva ante el aroma de la carne, el perfume del fuego; las aves se han vuelto minúsculas despojadas de sus plumas, algunos de cuyos astiles, mal arrancados, erizan una piel que se ensortija y se oscurece; él las acaricia con la mirada, las devora con la imaginación; la lluvia rebota sobre la placa metálica del pozo, cae como una espesa cortina desde el borde del techo del porche, el trueno resuena allá en lo alto de la montaña y desciende pendiente abajo arrastrando torrentes de barro y guijarros; el techo de la cabaña deviene la fuente de una catarata cuya espuma, cuando toca tierra, chisporrotea en polvorientos lagrimeos que caen sobre las brasas y se evapora en un suspiro.

Aparta mal que bien la caza y el improvisado espetón, colocado sobre los brocales de ladrillo del hogar, maculados de lluvia fangosa; el estruendo es espantoso, todo parece a punto de ceder bajo la presión de la tormenta, la cabaña, el techo y la propia montaña, perforada como un cuerpo ametrallado,

el hambre se te agarra a las entrañas, te ciega, te ensordece como este diluvio para exterminar toda carne que exhale bajo del cielo su aliento de vida,

es el azote del granizo, ahora suena como unos tiradores que entrenaran contra una chapa, dong, dong, dong, de repente el aire es gélido, el granizo rebota hasta un metro de altura, se acumula en huecos y recovecos, el espectáculo es tan poderoso que por un instante olvida sus pájaros sobre las brasas,

todo aquello que exhalaba aliento de vida por sus narinas ha perecido,

nievan migas de cristal, astillas de hielo; mientras

mientras que la nieve es suave y lenta este granizo es pura violencia

salta y desgarra, una manada de perros enfurecidos

el trueno y el relámpago acuchillan el cielo oscuro, las nubes capean el temporal,

se sienta en el porche sobre la piedra del umbral y come observando cómo el granizo, con el viento que se ha levantado, se vuelve lluvia batiente; el jugo de las aves hirviendo recorre su garganta y sus manos y él lloraría de placer,

tu padre asaba así las brochetas de pájaros, el producto de su caza al fuego de leña, tu madre observaba divertida cómo ese día el hombre le quitaba el sitio,

divertida, con ternura y respeto,

en la mesa,

recuerdas a tu madre tapándose púdicamente la boca con la mano para sacarse uno de esos huesos minúsculos que siempre se le quedaban entre los dientes,

la guerra ha alejado todos esos momentos, los ha postergado hasta hacerlos desaparecer, hace cuánto, cuánto,

tienes la edad de quien ya no tiene ninguna,

pálido y calloso, has hecho la guerra durante tres años, tres años no es nada mil doscientos días puede que otros tantos cadáveres,

mordisquea los últimos huesecillos mirando cómo llueve, escuchando la tormenta, para no pensar, el trueno vuelve a rasgar la montaña y el rayo silba como un obús, se quita la chaqueta de soldado, se lava la boca y las manos bajo el chaparrón, el agua corre por sus sienes, por su frente, por su pecho, una felicidad un tanto asustada, un tanto prudente; ya se sabe, la felicidad infantil de la lluvia, ese cielo que se abre demasiado o no lo bastante.

Esta soledad es tan perfecta, entre el aroma de la arcilla y los ruidos del agua que cae del techo, sentado por los suelos,

¿podrías quedarte aquí, aguardar a que termine la guerra, esperar a la paz perdido en medio de las montañas, sin vecinos, sin padres, sin recuerdos? La memoria son aguaceros que repeler, granizo interior,

se sienta en cuclillas contra la pared, como un soldado raso en un rincón del patio del cuartel,

ha dejado de llover,
el cielo vinoso se adentra en la noche.

El asno ha claudicado, luego ha caído de costado en medio de la devastación, los restos de madera todavía humeantes a pesar de la lluvia, las hojas del roble pegajosas de sangre contra la mujer desmayada; su vestido rasgado por el relámpago, la piel blanca ennegrecida, enrojecida, la boca entreabierta. Luego el asno se ha levantado, ha huido, ha bajado la cuesta como un hombre ebrio, enloquecido, balanceando el cuello, tambaleándose por el camino, cojea, rebuzna, a punto a cada paso de caer en un redoble pedregoso, sigue el sendero por el que vino, su pelaje negro manchado de sombra como un toro después de la pica, la cabeza a ras de suelo; desciende montaña abajo movido por el miedo y el dolor, quiere huir, volver al establo, al refugio, al heno y los cuidados; la sed le hincha la lengua, una sangre bermeja rezuma de sus ollares.

Le tiemblan las patas de tanto dolor, el miedo hace que le brote una lágrima del ojo ciego, el pavor refuerza su terquedad: corre como un loco hacia el valle, a punto a cada paso de caerse.

Ha desmontado el arma para librarse de la angustia del día. Ha jugado con el largo resorte, limpiado el cañón con la varilla metálica, engrasado las partes móviles; ya casi no ve nada, la luna no ha salido, solo Sirius brilla en un cielo aún desnudo.

Le gustaría tener la suerte de cruzarse con una liebre,

mañana al amanecer volverás a cazar,

esperar todo el día un movimiento furtivo, evitando cualquier pensamiento, manteniendo la mente en blanco,

tienes que pensar en el futuro, no puedes quedarte aquí, escondido en la casa, hasta el final de los tiempos o el final de la guerra,

has desertado, si te encuentran te ahorcarán o te degollarán,

te has pasado al bando de los vencidos, el bando de la huida infinita,

observa cómo las constelaciones se van imprimiendo en el alquitrán del cielo, el aire vuelve a oler a flores, la lluvia se aleja; de repente escucha resoplar, pisotear, respirar fuerte, ahí hay un animal; con un poco de suerte será un corzo, una cabra montés, puede que un jabalí, coge el fusil, se levanta lo más silenciosamente posible, es una sombra larga más oscura que la noche detrás del murete,

con un ojo con destello de porcelana, una luna azulada,

el asno está de vuelta,

la mujer no debe de andar lejos, la mujer o quien le ha robado el asno,

arma el fusil con cuidado y se acuclilla detrás del murete, invisible en la oscuridad, no oye más que al asno pisoteando, resoplando, estremeciéndose, ningún paso humano. Descalzo, agachado, da la vuelta a la cabaña, lentamente, escuchando la noche, asciende para verla desde arriba, domestica las tinieblas, nada se mueve, solo el

animal, vuelve a bajar por el otro lado, por detrás del animal que retrocede unos pasos, asustado,

ven aquí, tonto, qué te ha pasado, se diría que vienes del frente,

su pelaje está chamuscado por placas, tiene cortes en los costados, va cubierto de astillas, su cola está seccionada y sangra, sus orejas peladas y ennegrecidas, recortadas como a cincel, el corvejón mordisqueado, la lengua fuera, de su boca gotea sangre,

y seguro que la noche oculta otras heridas. Llena el cubo de hojalata y se lo lleva al asno tratando de no asustarlo, luego se aleja, el animal bebe ruidosamente.

No ha oído ningún bombardeo, ningún lanzamiento de obuses, nada que pueda explicar el desastroso estado del animal; una explosión o un incendio, su dueña debe de estar muerta, tal vez una mina, tal vez ha activado una mina potente y el asno iba tras ella, pero en la montaña no hay minas, para qué, ni minas ni tanques ni morteros ni cañones ni aviones durante la tormenta,

aparte de la propia tormenta, pero no lo crees, el fuego del cielo no cae así sobre la tierra,

el rayo es una presencia lejana,

solo asusta a los animales y a los tontos.

Se acerca a acariciar al asno tendido, el animal resopla profundamente, el ojo abierto, la cabeza contra el suelo, los ollares y la boca cubiertos de sangre reseca; lo asalta una tristeza infantil, el asno va a morir, y sin embargo cuando lo toca patea y trata de morder, incluso tumbado sufre,

podrías dispararle, bastaría con un cartucho, el cañón contra el cráneo, abreviar su sufrimiento, pero ya has abreviado demasiados sufrimientos,

con los ojos cerrados o muy abiertos,

el asno descansará en la noche, en la sombra y la soledad.

XIV

Paul Heudeber siempre sostuvo que la forma de *Las conjeturas de Buchenwald* (esos versos libres, esas frases entrecortadas, de una sintaxis muy personal) se debía al tamaño de las tiras de papel en las que escribía; una forma que, a partir de 1945, cuando llegó el momento de transcribirlas, Paul decidió conservar. No quiso *reescribir Las conjeturas*, prefirió conservar aquello de lo que eran testimonio, es decir, la experiencia concentracionaria. «Para continuar con mis exploraciones matemáticas, todo lo que necesitaba era un trozo de lápiz y un poco de esperanza. Luego, cuanto más escribía –contaba Paul–, cuanto más anotaba, más me permitía esa esperanza seguir avanzando en desarrollos que me daban cada vez más fuerza para continuar. Me había convertido en esos garabatos, o más bien flotaba entre esos garabatos y mi cuerpo hambriento. Pero todo eso era posible porque yo no era de los que peor estaban en el campo. Estaba protegido por los camaradas, trabajaba en el interior, sobrevivía más que otros».

Paul casi nunca hablaba de Buchenwald, apenas nombraba el campo, y en caso de hacerlo decía «en el Ettersberg», por el nombre de la famosa colina al norte de Weimar donde iba Goethe a pasear y donde en 1937 se instaló el campo de concentración. El campo iba a llamarse el campo del Ettersberg, pero el topónimo estaba demasiado vinculado a Goethe, a Schiller: «el campo del bosque de hayas», Buchenwald, es una extraña forma de eufemismo; Goethe no debía mancharse las manos de sangre. O mejor dicho: a decenas de años de distancia, Goethe no debía rebajarse a entrar en contacto con todo aquel bodrio de patulea comunista e invertida. El recuerdo de Goethe y Schiller no quedó salpicado, o casi. Apenas.

Para Paul, Buchenwald era «el campo», «el campo en el Ettersberg»,

y en lo poco que me contó al respecto no trascendían ni el dolor, ni el hambre, ni la enfermedad. A Paul Heudeber lo invitaban a todas las conmemoraciones; en 1995 estuvo presente en las ceremonias del quincuagésimo aniversario de la liberación; en 1958 fue invitado a la inauguración del Memorial que erigió la RDA; en abril de 1963 asistió en Berlín al estreno de la película *Desnudo entre lobos*, basada en la novela de Bruno Apitz, camarada de partido y de campo, una película que narra la organización de la resistencia comunista en el interior de Buchenwald a través del destino de un niño judío hallado en una maleta que los resistentes conseguirán ocultar a los verdugos; tres o cuatro años más tarde, siendo yo adolescente, debería andar por los quince o los dieciséis, una noche que daban *Desnudo entre lobos* en la televisión le pregunté a mi padre qué pensaba de la película: él me contestó que el campo se parecía a la película, que la película se parecía al campo; luego vaciló un momento, meneó la cabeza y se echó a reír. Olvídate de esa película, me dijo. Estábamos todos mucho más sucios, Irina, ya sabes, mucho más feos. Éramos cosas violentas y apestosas y nos torturaban todo el día y toda la noche, y eso en una película es imposible enseñarlo, un mundo convertido en dolor.

Desnudo entre lobos es un ejemplo de lo que podríamos llamar la aporía de la resistencia comunista: ¿hay que salvar a un niño si ese rescate pone en peligro al conjunto de la organización de resistencia? Por otro lado, si no salva a un niño, ¿de qué sirve una organización de resistencia? En su novela Bruno Apitz salva al niño, y la película hace lo propio. El campo (Buchenwald) se había convertido en un momento cardinal de la construcción simbólica de la Alemania del Este, de la construcción del escaparate antifascista del régimen; y ese momento, en el más doloroso corazón del nazismo, en el seno de la organización de resistencia comunista de Buchenwald, integrada por aquellos que habrán de convertirse en la punta de lanza del antifascismo posterior, en la fuerza ideológica de la República Democrática Alemana, nace por así decirlo en un niño, un niño al que hay que proteger porque representa la esperanza, el país que habrá de venir. El recuerdo de Buchenwald siempre ha estado en el corazón de la RDA: entre los camaradas comunistas encerrados en Buchenwald al mismo tiempo

que Paul, figuran muchos de los cuadros de la élite intelectual de la posterior Alemania del Este; la resistencia comunista en Buchenwald se convirtió en uno de sus mitos fundacionales, aunque es cierto que después de algunas vacilaciones mientras Stalin seguía con vida: Ernst Busse, uno de los jefes de la Resistencia comunista en Buchenwald, murió tras ser deportado, esta vez en un campo estalinista. El amigo de Paul, Walter Bartel, también comunista, que se convertirá en un historiador especializado, entre otras cosas, en Buchenwald, fue investigado por el Partido y apartado durante mucho tiempo. Paul no, que yo sepa.

Paul Heudeber figura pues en los libros de historia de dos maneras diferentes, por un lado como deportado comunista llamado a las más altas responsabilidades en la RDA, y por otro como matemático formidable; dos cualidades que, con los años y como es de ley, tienden a desvanecerse en la memoria de los humanos hasta casi desaparecer: más de treinta años después del final de la Alemania del Este, los personajes (lo mismo que las personalidades) que la habitaban no son más que figurantes de una película un poco kitsch, la mayoría de las veces una película de espionaje. Las numerosísimas apariciones de mi padre en los créditos del programa *Umschau* y luego *Aha* de la televisión de la Alemania del Este han caído en el olvido; su papel de divulgador, tan importante para él, la ciencia al alcance de todos, él que tan a menudo proclamaba que «para hacer física o biología se necesitan laboratorios, dinero, mientras que para avanzar en matemáticas no se necesita más que una biblioteca, entendimiento y emulación». Las matemáticas eran portátiles, uno podía tener el estado de la cuestión más o menos en la cabeza. Podía emigrar con sus teoremas, con sus hipótesis, con su laboratorio a cuestas, como había hecho Emmy. El planeta entero podía llenarse fácilmente y a bajo costo con una red (Paul decía «una galaxia») de Institutos de Matemáticas que sacaría su fuerza de la juventud de los países descolonizados que iban accediendo a la libertad y uniéndose a las fuerzas antifascistas. Paul también había sido un pedagogo, un formador, un gran soñador del universalismo del saber. Paul intentó toda su vida, hasta el final de la RDA, dotar a Berlín Este de una

biblioteca de matemáticas importante y centralizada; echaba pestes de las autoridades, luchaba como un león porque estaba harto de tener que recorrer todo Berlín varias veces al día para hacerse con un artículo de una revista de matemáticas la mitad de cuyos números estaba disponible en tal sitio, la otra mitad en tal otro, etcétera; en aquella época más valía pasarse una semana en Varsovia en el centro de estudios de matemáticas, en Varsovia o en Praga, en lugar de hacer una hora de tranvía para acceder a un documento que al final ni siquiera encontrabas: ahorrabas tiempo. Paul soñaba con un Instituto de Matemáticas, un auténtico centro de investigación en que estarían representadas todas las ramas, álgebra, geometría algebraica, topología, teoría de números, pero también estadística, probabilidades, cálculo, algorítmica… Algo que nunca consiguió.

Me doy cuenta de cuán difícil me resulta escapar del panegírico cuando escribo sobre mi padre, y de cuán sencillo abandonarme a una especie de crítica irónica y enojada cuando hablo de mi madre. Mis dos padres han sido unos modelos tan poderosos que solo pude escaparme, huir, hallar en la distancia –el pasado, las lenguas exóticas, las tierras lejanas– un lugar para existir. Aunque, no obstante, sin abandonar jamás ni la Schlossstrasse, ni a Maja, ni a Paul.

Maja sigue siendo un misterio.

Los últimos veinte años han pasado rápido. La guerra ha vuelto. Y antes de la guerra, la epidemia. Yo he cumplido setenta y uno.

Estas últimas semanas vivo completamente encerrada en el recuerdo de mis padres, como estancada en el siglo XX, sin lograr salir de él.

Dediqué mi tesis doctoral al álgebra de Omar Jayam, y luego mi habilitación a la cuestión de los números irracionales en Nasiruddin Tusi. Aprendí árabe en El Cairo. Me refugié en el corazón de la Edad Media como quien deja su pueblo natal para probar suerte en una ciudad lejana. El Cairo era al mismo tiempo la capital de la arqueología y los saberes antiguos, la ciudad de los fatimíes y de los mamelucos y la metrópoli de Nasser y de Sadat. El Cairo olía a Nilo, descomposición, jazmín, sudor y habas hervidas. Paul estaba decepcionado de que no me hubiese dedicado a las matemáticas puras sino a su historia; Paul estaba decepcionado de que no fuese la primera mujer a la que le concedieran por fin la medalla Fields; Paul no se daba cuenta de hasta qué punto había estado presente en mis decisiones a la hora de hacer una carrera, aunque fuera de forma indirecta. A pesar de mi huida y mi alejamiento, el fruto no acabó cayendo tan lejos del árbol.

La primera mujer en recibir por fin la medalla Fields fue una iraní, Maryam Mirzajani, descendiente de Tusi y Jayam, en 2014, veinte años después de la muerte de Paul: sus investigaciones se inscribían en la corriente de las de Paul, la geometría de las superficies de Riemann; si conocía el libro de Paul (más allá de los teoremas y desarrollos que hoy forman parte del patrimonio matemático común) es algo que yo no sé: lo que sí sé es que, en un texto autobiográfico, Maryam Mirzajani cuenta que cuando era niña soñaba con ser escritora. Maryam Mirzajani murió de cáncer de mama a la edad de cuarenta años, solo tres años después de haber recibido la recompensa con la que sueña todo el universo matemático; en ese momento sentí una tristeza inmensa, no me habría importado dar años de mi vida para prolongar la suya, de la que apenas sabía nada.

Maja vino a verme tres veces a El Cairo (pirámides de Guiza, Alejandría, Luxor, Asuán), Paul ninguna. Releyendo nuestra correspondencia, he encontrado este párrafo:

Mi adorada Irina, disculpa mi falta de interés por los obeliscos, templos, esfinges, ríos, falucas, dioses, diosas, jeroglíficos, desiertos, oasis y otros camellos. Mejor te veo en Berlín, ¿volverás para Año Nuevo?

Me sentí muy ofendida, por supuesto, pero no dije nada. A mi madre sí se lo confié, estoy muy enfadada con papá, todavía puedo oírme pronunciando esta frase en El Cairo, mientras remontábamos el Nilo a vela, en compañía de un grupo de turistas. Acabábamos de doblar el Nilómetro, arriba en la orilla derecha se veían los muros del Viejo Cairo detrás de los polvorientos banianos, los insensatos mangos, las sorprendentes palmeras y los edificios ingleses de la Cornisa, sobre los cuales se reflejaba el sol poniente que allá a lo lejos se hundía en el oro marrón fundido en dirección a Mohandessin, en ese momento en que todo El Cairo parece contener la respiración antes de propagar al unísono la llamada a la oración, esa brisa repentina que hincha las velas de las falucas y acelera sus movimientos en la azulada oscuridad del Nilo. Estoy muy enfadada con papá, era una frase de niña pequeña, allí en la borda de aquella barca de vela dórica maniobrada por un anciano con turbante cuyo rostro mate no reflejaba ninguna emoción, ni placer ni disgusto, totalmente impasible, la caña del timón bajo la axila derecha. Frente a nosotros, en la otra borda, iba una familia anglófona, de canadienses o de americanos. Maja, como siempre, atraía todas las miradas; grande, bien torneada, sus formas, su prestancia, la seguridad de su voz grave la situaban todo el tiempo en el centro de atención: en aquel mundo de hombres de El Cairo, y a pesar de la austeridad de su apariencia, se llevaba las gracias de todos, desde el taquillero de la estación Ramsés hasta el recepcionista del hotel Osiris. Estoy muy enfadada con papá, podría haber venido contigo, y Maja me cogió la mano como si aún fuera una niña, su niña, no se lo puedes tener en cuenta, ¿cómo has podido imaginar que saliera de Berlín, aunque fuera por unos días? Para estar con nosotras,

los tres juntos, podría haber ido hasta Varsovia, puede que incluso a Frankfurt, pero El Cairo no es su mundo. Ahora mismo está trabajando incansablemente, cada vez más. Te echa mucho de menos, tiene la esperanza de que este invierno vuelvas a Alemania, por lo menos un poco, y el sol de la tarde, ese *shams el assil* que cantaba Umm Kalzum redibujaba el rostro de mi madre borrando sus sombras, deslumbrándolo de juventud. Acababa de cumplir sesenta años.

Maja no compartía mi pasión por las matemáticas clásicas en árabe, pero Egipto le encantó, sobre todo el Valle del Nilo, ese Alto Egipto de los campesinos en su estrecha franja verde y fértil tan rápidamente interrumpida por el desierto. Las antigüedades no le interesaron demasiado; recorrimos muchos kilómetros en bicicleta por las inmediaciones de Qurna, en la orilla izquierda, frente a Luxor, en medio de los campos; Maja quedó fascinada por las obras del arquitecto Hassan Fathy, que unos años antes había publicado el manifiesto *Construir con el pueblo*. Visitamos la mezquita de New Qurna, y también algunas viviendas; Maja quería dar a conocer aquella línea de trabajo en Alemania, no dejó de insistir en ello ante el Ministerio de Asuntos Exteriores y ante los servicios de cooperación internacional. Para Maja, la obra de Hassan Fathy, que utilizaba los conocimientos más antiguos y sencillos en materia de construcción, la bóveda nubia, los tejados-terraza y el ladrillo, para volver a un hábitat no solo realmente local y adaptado a las necesidades de la región, sino sobre todo barato, fácil de construir con materiales autóctonos, representaba el futuro; y en aquel momento de finales de los años setenta, en el que nadie aún se interesaba ni de lejos por la ecología o el desarrollo sostenible, Maja, en el calor tan hospitalario del alto valle del Nilo, tuvo la intuición de que allí había en juego algo único, un ejemplo para lo que entonces se llamaba «el Tercer Mundo».

En Alemania no se hablaba más que de la Fracción del Ejército Rojo, secuestros de aviones y suicidios en prisión, y yo estaba muy contenta de no tener que charlar de esos asuntos con mi padre Paul Heudeber: en El Cairo se hablaba de Paz, de viajar a Jerusalén, de desarrollo económico, de apertura; se sentía que algo vibraba. Imposible imaginar, por supuesto, que ese algo estaba destinado a terminar tres

años después en un baño de sangre bajo las ráfagas de ametralladora de los Hermanos Musulmanes. Anwar el-Sadat fue asesinado el 6 de octubre de 1981, y a principios de 1982 regresé a Steglitz y a la Schlossstrasse; muy pronto estaba en la Universidad Técnica de Berlín, mucho más tarde en la Universidad Humboldt, y luego, más tarde aún, por una especie de nepotismo endogámico a posteriori que también puede llamarse «azar», en el Instituto que mi propio padre había dirigido durante años. Es bien sabido que el azar siempre nos acaba llevando de vuelta a nosotros mismos.

El álgebra de Omar Jayam, es decir, la *maqâla al-jabr wa al-muqâbala*, era una fuente diaria de asombro. El uso de las cónicas para resolver ecuaciones de tercer grado, es decir, «la equivalencia de un cubo con cuadrados, lados y números», como dejó escrito Jayam, para mí valía todos los soles de El Cairo. Mis maestros me enseñaban pacientemente los términos científicos y la sintaxis, e iba aprendiendo un poco de dialecto egipcio; recordarlo ahora hace que quiera meterme en un avión de Egypt Air con destino a El Cairo. Desgraciadamente, las Jornadas Paul Heudeber no tuvieron lugar en un *'awwâm*, una barcaza amarrada a orillas del Nilo, sino en el Beethoven, frente a la isla de los Pavos Reales, en Berlín: sin embargo, tengo la impresión de que si Maja hubiera insistido, Jürgen Thiele se habría puesto a cuatro patas para transportar a todo el mundo a El Cairo, en una versión contemporánea de *Veladas del Nilo*, la novela fluvial de Naguib Mahfuz.

XV

Va a irse a intentar dormir, sobre el banco de piedra, en la cabaña, casi desnudo, envuelto por la frescura de las tinieblas, enseguida se hará de día, con los brazos bajo la cabeza intenta no pensar, aquí en el territorio de la infancia quien manda es la infancia, quien decide es la infancia,

te ves a ti mismo tumbado así de niño, contra tu padre,

su pelo negro contra tu pelo negro,

sobre el banco de piedra en la casucha,

entonces la guerra no era más que un monstruo lejano y extraño,

tu padre te tomaba de la mano y subíais juntos a la cabaña, todo esto estaba vivo, cultivado, cosechado, las olivas se vareaban en diciembre, cuando se habían puesto violáceas en el árbol, caían sobre una tela que luego se convertía en saco, las olivas iban a la prensa, excepto las que tu madre sumergía en un barreño, y enjuagaba, y enjuagaba, para luego dejarlas reposar en la sal y el laurel, aún puedes invocar en tu boca el aroma del laurel, apelar a la grasa amargura de la oliva, al milagro solar del limón; todos aquellos sabores anunciaban la Navidad, el final del otoño, todo aquello sugería el invierno, el frío, la nieve que caía a veces más alto en la montaña y que ibais a ver, subíais a ver la nieve e incluso a tocarla, allí arriba, y volvíais a bajar a la cabaña, al linde de los mundos, entre el mundo de las colinas y los pueblos y el colegio, y el mundo de las alturas y las piedras y el viento: tu padre te sacaba del universo de férula y aburrimiento que era el colegio para llevarte a la magia feroz de la naturaleza, de las serpientes y las rapaces,

tú corrías a tus escondrijos, tus madrigueras, tus tesoros, corrías a la pequeña gruta del manantial, corrías hacia las salamandras, los lagartos, los escarabajos brillantes y ventrudos que desemboscabas de

entre las piedras, corrías al heroísmo infantil plantando cara a las culebras negras, a las arañas, a los escorpiones,

al niño varón nada lo asusta, el miedo uno se lo traga, crece en uno mismo, es una semilla masculina,

el amor del padre se medía por el miedo que eras capaz de soportar,

por el dolor que eras capaz de soportar,

hay que sufrir para proteger las cosas que nos pertenecen, las casuchas, los campos, los pozos, las madres, las hermanas,

Dios es un padre exigente,

sobre el banco de piedra en la cabaña.

Piensa un instante en el asno, fuera, y en la mujer, la busca en el recuerdo de una calle de pueblo, en una plaza, entonces no éramos enemigos, solo vecinos, y esa vecindad estaba atestada de celos, de desconfianza, de desprecio, antes de verse atravesado por las ofensas. No bailaban en las mismas fiestas, no aplaudían los mismos discursos; la guerra se llevó por delante cuanto compartían, padres, hermanos metidos en camiones, enterrados en fosas comunes,

otros por mano tuya,

otros; y

y dieron su merecido a los enemigos de la Patria,

se da la vuelta en el banco de piedra, tiene frío,

y así es como explota lo inevitable, no con gran estruendo sino en una grieta sedienta que se va llenando de sangre hasta desbordarse,

y todas las grietas y todas las zanjas se llenan de sangre,

todas las anfractuosidades, las líneas y los límites rebosan de sangre y ya son torrentes, ríos de inundaciones olvidadas que de pronto acarrean muerte, la calle que nos separaba del vecino se llenó de muerte, las carreteras que nos llevaban a la ciudad transportaron muerte, las plazas, los atrios donde dábamos gritos de alegría empavesados con los colores de la muerte,

cierras tu espíritu al recuerdo como quien baja los párpados,

la cabaña se cierra sobre ti y protege al animal en su agujero.

Se encuentra tan debilitada que no puede levantarse, ni siquiera moverse, tiembla, la carne se agita contra su voluntad, agoniza en un sufrimiento espeso, infinito de cielo nocturno; siente tanto dolor, tiene tanta sed que bebe con la cara contra las piedras, tan suavemente, y esas huellas de lluvia bajo sus labios marcan el ritmo de sus desvanecimientos, los momentos de conciencia que unen la tarde con la noche y la noche con el día, la quemadura del amanecer con el suplicio del despertar,

no consigo respirar, siento en mi piel el fuego de la aurora,

imagina al asno, tendido él también no muy lejos de allí, el árbol sigue ardiendo en la mañana, no le quedan fuerzas para quejarse, todo esto se interrumpirá muy pronto, se fundirá en un negro profundo. No oye los ruidos de la montaña, ya no siente el olor del incendio mezclado con el de la tierra, aprieta el puño por el dolor y la injusticia, tiene miedo, es un animal aplastado contra el suelo húmedo de tanto sufrimiento, un último ritmo que retiene su alma, un latido constante de soledad, la esperanza no es más que un puñado de segundos en la mano abierta de la agonía, cuando al amanecer contamos las manchas en el sol de la muerte, cuando rechazamos ese último rostro para mejor besar el cuadrado de tela de la aurora, maculado de estrellas y remordimientos,

sigue el tenue filamento del consuelo, de las masas de agua metálicas recorridas por suaves ondas,

de niña mi madre me acariciaba con dulzura,

le gustaría deslizarse pero su cuerpo pegajoso está echado sobre el pobre limo de la tormenta, la tierra, fangosa de tanta agua recibida, sorprendida por la oscuridad de la sangre venosa: su cuerpo la retiene prisionera y ella se hunde en un momento sin recuerdo, desciende en

un embrollo de niebla, con estrías escarlata de dolor; Dios está ahí, en alguna parte; Dios está en los pliegues, las arrugas de la materia, Dios espera su hora, Dios es un animal al acecho,

Dios espera que los ángeles de la noche se reúnan con los ángeles del día para rezar.

XVI

La víspera de la inauguración del coloquio, es decir el lunes por la noche, antes de la cena en el albergue La Lechuza Blanca, aquel 10 de septiembre de 2001, Jürgen Thiele, que en esa época era el secretario general de nuestro Instituto berlinés, me hizo partícipe de su inquietud y tristeza: su tristeza, dijo, porque Paul ya no estaba entre nosotros; su inquietud, porque le parecía entrever que Maja no andaba muy contenta con aquel seminario. Sin atreverse a decirlo explícitamente, creo que lamentaba haber cedido ante las fuerzas futilífugas (laboratorios de investigación, universidades asociadas, fundaciones, Maja) que lo habían llevado a «trasladar» nuestras actividades a un barco en Wannsee. El apoyo de la Universidad de Potsdam está muy bien, pero me sentiría mejor si estuviéramos en Berlín entre nuestras propias paredes, todo esto es un poco extraño. Yo recuerdo que intenté tranquilizarlo, en el Spree o en el Havel, tanto monta, monta tanto, a fin de cuentas es un coloquio de matemáticas, eso es lo que cuenta, tanto da si tiene lugar en el Sena, en el Río de La Plata o en el Nilo, ¡incluso delante de la Fuente de los Cuatro Ríos de Bernini en Roma! A Jürgen el comentario romano le arrancó una sonrisa, se llevó un dedo a los labios como diciendo: «No le des ideas a tu madre», y eso me hizo reír a mí.

Aquella última noche antes de la catástrofe, ¿había algo en el aire crepitante de la frontera de Brandemburgo, algo que permitiera imaginar lo que a punto estaba de suceder al día siguiente? Linden Pawley cenaba frente a mi madre y parecía totalmente encantado por Maja y su carmín. De vuelta del restaurante, me quedé un buen rato en la cubierta del Beethoven, contra la borda frente a las tinieblas de la isla de los Pavos Reales, sola con mi tristeza y mi jersey de lana. En los meses anteriores, desde que me había adentrado en los cincuenta,

me debatía entre imágenes de muerte. Habitada por el repentino final de mi padre, pensaba que yo misma no tardaría en morir. Mi soledad, aunque por decisión propia y perfectamente asumida, era una inmensa cámara de eco para mi tristeza, un lugar en que el spleen resonaba y se amplificaba hasta convertirse en un profundo infortunio.

El Beethoven chirriaba suavemente en la noche, yo no podía evitar pensar en los años cuarenta, en la detención de Paul, en su cuerpo torturado; los gemidos de las guindalezas restregando sus cordones contra el metal de los amarres eran absolutamente siniestros.

XVII

Él observa la catástrofe, ella tal vez sienta su mirada sobre su cuerpo, él recuerda tan bien la violencia que ha infligido que no hay sorpresa capaz de deformarle el rostro, no hay misericordia, no hay compasión, ve la pierna rota y ennegrecida, ve la madera clavada en la carne, ve la inmensa equimosis en las costillas, la camisa desgarrada, la piel blanca surcada de angustia,

deberías ponerle fin,

lleva consigo el fusil, qué otra cosa podría hacer, aligerar, precipitar, completar algo que ya está en curso, ella ni se enteraría, está desmayada, bastaría con acercar el cañón a su oreja, una explosión mucho más discreta que la que destrozó el árbol ahí detrás, la encina ha quedado reducida a dos cortezas salientes, ennegrecidas, dos dedos encrespados de un monstruo acusando al cielo en una V obscena. Ha adivinado la tormenta, ha imaginado el relámpago que explica las quemaduras en el pelaje del asno, las astillas, las heridas, el asno la siguió como pudo por la montaña, subieron uno detrás del otro por el lecho del torrente donde la tormenta había dispersado sus rastros de río.

Creía que iba a encontrar un cuerpo ya mordisqueado por aves rapaces y carroñeros.

No sabe por qué ha subido hasta aquí, por qué ha seguido al asno y por qué el asno lo ha seguido a él; esta mañana ha curado al animal lo mejor que ha podido, le ha dado de beber, el asno coceaba, rebuznaba cuando el hombre intentaba tocarlo,

rebuznaba, coceaba, mordía,

había recuperado sus fuerzas,

el viejo asno tuerto cojeaba, caminaba a tres patas.

Sentía curiosidad, quería saber, el asno también, quizá; tenía que

subir a la montaña para entender, como el hombre para cazar.

Llevas el fusil al hombro, te bastaría con un gesto para poner fin a esta historia,

una vez más,

se inclina sobre ella, dejará que ese cuerpo inútil agonice,

dispara, dispara, acaba con ella,

por qué disparar a lo que ya está en el suelo,

ella no es ninguna presa,

él ya dio ese tiro de gracia a otros cuerpos perfectamente vivos que no se sabían muertos, los ojos vendados, cuerpos que caían pesados y opacos en una fosa,

al principio de la guerra,

mujeres, niños, campesinos, maestros que al amanecer adquirían un matiz de desgracia cuando los cubrían de tierra, esa tierra que se agitaba en sus pesadillas y ondulaba en la superficie como recorrida por monstruos, por gusanos arrastrándose en la muerte y el entusiasmo de la guerra.

Desconoce las causas de sus acciones, ignora por qué lo hace, por qué lo lleva a cabo, con qué fin, por qué medio, qué resortes celestes o maquinaciones terrenas animan sus manos manchadas, Dios mío, es aún posible hallar en Vos un pedazo de bondad que no hayamos derrochado; con la cantimplora limpia el rostro de la mujer, le humedece los labios y el rostro,

si no acabas con ella se pasará agonizando mucho tiempo, puede que varios días, hasta morir de sed,

no la mató ayer, no va a matarla hoy, ni a ella ni al asno que ahora empuja a su dueña con el hocico.

Acaso la guerra ha terminado, acaso la deserción es señal de cobardía, mira al asno, su oreja desgarrada, su ojo blanco de mármol veteado, su cuello pelado por las quemaduras, el sol está alto en el intenso azul de la primavera, el aire rastreado de flores y susurrado de perfumes. Del suelo trepa un sabor blanco.

Con gesto súbito, arranca la lanza de madera clavada en el muslo de la mujer, y el atroz dolor que le causa no provoca el menor movimiento, ninguna hemorragia salvo unas gotas oscuras sobre la

carne rosada del músculo contra el hueso gris en la profundidad de la herida. Desenrolla la venda de algodón alrededor del muslo, sin suavidad, intenta cerrar la herida, anuda el vendaje.

Se pregunta si el asno sería capaz de cargar con ella.

Con dos ramas, la chaqueta y los pantalones del uniforme podría hacer una camilla, pero le iba a tocar arrastrarla entre las piedras del torrente hasta la cabaña, imposible. No puede esperar que los socorran; en la montaña no hay ninguna red, ni telefónica ni eléctrica ni ferroviaria, que no transporte muerte. Tendrá que entregársela a los zorros y a los buitres leonados.

Pone la mano en el cuello de la mujer para sentir el latido de la sangre en las carótidas. Cuanto sabe de anatomía, cuanto sabe de las mujeres se lo han enseñado la guerra y la tortura. La piel está caliente; le aprieta un poco la garganta con los dedos, los latidos se transmiten a su propia sangre, vive,

solo tú conoces la frágil obstinación de esta vida,

siento un contacto en la garganta,

se imagina sobresaltada, el dolor la despierta como una luz deslumbrante,

un espeso alquitrán en los pulmones me impide respirar, tengo sed, una sed de arena en la boca, de tierra, de terror, se imagina revolcándose, reptando, rodando de angustia como una serpiente,

se imagina abriendo los ojos,

vislumbro las flechas de un brasero atizado por el sufrimiento, la córnea estriada por un trazo carmín de estrellas fugaces,

una náusea abrasadora me aplasta contra el suelo.

El asno de pronto rebuzna, es un fagot; cuando la levantan del suelo siente que el cuerpo se le rompe en pedazos de fuego, en esquirlas de lava, grita un gemido apenas audible, brama un redoble de garganta y vuelve a desvanecerse y a precipitarse en unos sueños rojos como cortinas de terciopelo, tensas de terror y de recuerdos.

Prof. Dr. Paul Heudeber
Elsa-Brändström-Str. 32
1100 Berlín Pankow

Maja Scharnhorst
Heussallee 33
5300 Bonn 1

Maja la ausencia de ti no es solo una carencia, produce una tensión de lo más íntimo, un vacío que deforma el mundo a su alrededor. El tiempo, el gusto, las curvas de la luz, las trayectorias del pensamiento, tu ausencia todo lo transforma; a veces camino, llevado por una energía sin objetivo; a menudo me quedo átono, inmóvil, dejo que a mi alrededor se haga la noche y me levanto de mi mesa de trabajo (donde no he hecho nada más que mirar por la ventana) para ir a acostarme, sin un ruido, sin decir palabra. Cada mañana vuelve el día para recordarme… ¿para recordarme qué? Entonces camino, al despertar salgo de la Elsa-Brändström-Strasse, doy vueltas por Pankow hasta un lago, lo rodeo, camino hasta otro lago, me canso, deambulo hasta caer rendido de hambre, rendido de sed, rendido de agotamiento pero no, camino igual que dejo que se derrumbe el día a mi alrededor cuando estoy sentado y cada segundo de pensamientos, cada chispa de mis sentidos se vuelve hacia ti, hacia nuestros recuerdos: el sol tan rojo y bajo del ocaso de invierno, mis manos en tus manos, los brazos que te rodean, nuestros rostros uno contra el otro, y ya solo existe tu respiración que embriaga Berlín, el gris del cielo es tu aliento, el vapor de agua es tu aliento, tu boca el río, tus manos una estufa de loza ardiente. Devienes el olor de metal del carbón, devienes el sonido del

carbón en el cubo, devienes el sótano, la escalera, la luz en lo alto de la escalera, devienes la puerta, la mesa, la cesta en la mesa, el teléfono, la baquelita del teléfono, la noche que se hace en torno mío, la ventana que se oscurece, la esperanza del sueño.

Estos días pienso mucho en Lieja; por qué, no lo sé. La habitación de la casera en el callejón sin salida. La Outremeuse. La extraordinaria acogida de los comunistas liejenses, para quienes éramos refugiados a los que había que ayudar. Tú temblando de frío en mis brazos y las sábanas húmedas de la buhardilla. Los ragús, las sopas, el río. Los paseos por las zonas altas, el regreso a la buhardilla, el río. El estudio, el río. Yo estaba terminando los artículos de Hilbert y sobre todo de Emmy. Echaba de menos a Emmy. A partir de sus investigaciones, tenía la impresión de estar invocándola. De hacerla aparecer como una diosa. Como hablaba la diosa a Ramanujan. No queríamos volver a Alemania hasta que los nazis hubieran desaparecido. No creíamos en la guerra. Pensábamos que Hitler nunca se atrevería. Que Francia, Gran Bretaña, la Unión Soviética intervendrían antes de que fuera demasiado tarde para destruir a Hitler y su régimen.

Maja estos días todo me pesa. El trabajo. La soledad. Hasta las matemáticas me pesan. Los estudiantes. Hemos abierto un nuevo centro de investigación sobre estadística y computación, yo de eso no sé nada y me molesta. Siempre aborrecí los cálculos y aún más a los calculadores.

Venga, ven. Sé que me dirás una vez más que no puedes, que tienes obligaciones, deberes, que eres sospechosa de contactos con el enemigo y yo qué sé qué más.

Pero por mí no quedará. Como estás en todas partes ya no te necesito, mi amor vive sin su objeto. Mejor aún: se ha convertido en su objeto, que eres tú, que es el mundo.

PAUL

XVIII

Nasiruddin Tusi, el gran científico persa del siglo XIII, no solo es un gran filósofo, un brillante matemático y un físico de la talla de Galileo, sino también un escritor de primer orden; a él le debemos un relato aterrador de la destrucción de Bagdad en 1258 por los ejércitos mongoles de Hulagu Khan, nieto de Gengis Khan, de quien Tusi fue ministro. Tusi presenció la destrucción de Bagdad desde el bando de los destructores, el bando de quienes construyeron inmensas pirámides usando cabezas amontonadas, de quienes mataron hasta a los perros, hasta los pájaros, era menester que nada ni nadie sobreviviera, infligir el silencio perfecto de la victoria.

Tusi se había pasado media vida en una fortaleza escondida entre los pliegues del Elburz, en el Kuhistán, una fortaleza llamada «Alamut» que había sido ciudadela de los Asesinos, esa «secta ismaelita», como decían los orientalistas. Recuerdo que la guía Nagel de Irán, publicada en 1967, explicaba que había que calcular entre cuatro y cinco días a caballo desde la ciudad de Qazvín para remontar el valle del Shahrud, el río del Rey, y llegar a los castillos de los chiítas nazaríes, que fueron los amos de la región entre los siglos X y XIII, hasta que se presentaron esos mongoles a cuya administración se unió Tusi; es probable que su reputación de científico ya hubiese llegado a oídos de Hulagu y sus asesores: el jefe de los ejércitos mongoles sabía que en la ciudadela del Viejo de la Montaña estaba el mayor científico de todos los tiempos, el que descifraba el movimiento de los astros en los cielos. Sin que se sepa muy bien ni cómo ni por qué, el científico, el filósofo, el matemático, aquel que iba a convertirse en el mejor astrónomo de su tiempo, Nasiruddin Tusi, se unió a los ejércitos mongoles; Tusi acompañó a los mongoles hasta Bagdad, la capital de los califas abasíes. Bagdad la Casa de la

Sabiduría y de las bibliotecas, Bagdad de *Las mil y una noches*, Bagdad del pensamiento, de la poesía, del saber y de la poesía, Bagdad que durante quinientos años había sido el faro del mundo y se perdió, arrasada por los mongoles de Hulagu a principios de febrero de 1258; cuántos murieron en las masacres que siguieron a la derrota, *todos*, he ahí la respuesta de Nasiruddin, *todos* han muerto, los sabios y los analfabetos, los ricos, los pobres, los poderosos, los mendigos, las mujeres, los hombres, los esclavos y los musulmanes: todos fueron asesinados, sus cuerpos apilados, hasta a los cuervos y carroñeros que se acercaron a los cadáveres mataron con flechas. Luego Tusi continuó su camino, sin derramar una lágrima, según parece, ni por las vidas que acababan de perderse, ni por la ciencia destruida para siempre. Como si tuviera la certeza de su reconstrucción. Como si reconstruir fuese privativo de los científicos. El gran Sa'di de Shiraz canta el treno de Bagdad y del Califa:

El cielo mismo llora sangre
Sobre el reino de Mustá'sim
Último comendador de los Creyentes.

Y yo, aquella tarde y aquella noche del 11 de septiembre de 2001, frente a la isla de los Pavos Reales en Wannsee, pensaba en la caída de Bagdad en una especie de triste ensoñación, la cabeza llena de imágenes de destrucción de Nueva York, sin por supuesto imaginar que unos años más tarde Bagdad sería destruida de nuevo. Sólidamente amarrado al pontón, el Beethoven no se bamboleaba más que la mañana de la primera sesión del congreso; la sala se había ido vaciando poco a poco en una especie de delicuescencia, de declive. A las 18.30 tomamos la decisión de cancelar lo que quedaba de las Jornadas Paul Heudeber. Mi madre estaba como en shock, aterrada por lo que veía en la televisión, desamparada, siguiendo a Linden Pawley en unos círculos infernales y concéntricos: Pawley, cuya hija trabajaba en una firma de actuarios en el World Trade Center, intentaba sin éxito llamar a Nueva York, averiguar, comprender, hablar con su mujer, con alguien, adelantar su avión de regreso, y

todas esas tareas rebotaban contra las paredes y se iban revelando una tras otra absolutamente vanas: el espacio aéreo americano había quedado completamente cerrado al tráfico y cancelaron todos los vuelos. (Finalmente Pawley tomó uno de los primeros vuelos que salían hacia Estados Unidos, solo tres días después, desde Frankfurt, tras pasarse cuarenta y ocho horas esperando en vano en el hotel del aeropuerto).

No acababa de hacerse de noche.

La sesión vespertina del coloquio había sido interrumpida en el momento de la pausa, después de que un doctorando presentase sus resultados sobre el cálculo de la dimensión de Hausdorff para la función de Heudeber y sus consecuencias. Entonces no lo sabíamos, pero los debates ya no iban a reanudarse jamás.

Tratando de escapar de la agitación, de la tensión sin motivo (nos separaban miles de kilómetros del lugar de la catástrofe y sin embargo actuábamos como si las torres estuvieran allí mismo, cerca de nosotros, como si también nosotros hubiéramos sido aplastados bajo los escombros del estupor), subí a cubierta –era una hermosa tarde de finales de verano–; el Havel estaba liso y opaco, vacilando entre el verde del agua y los reflejos de plata. Detrás de los árboles, al otro lado del río, se divisaban las torres del palacio en la isla de los Pavos Reales, las almenas blancas como faros, unidas por una extraña pasarela metálica de color verde. Había llovido todo el día y ahora volvía a salir el sol.

Yo pensaba en nuestro crucero de la víspera; el mundo había cambiado, se habían perdido vidas, como todos los días, pero, sobre todo, con las torres se había derrumbado una parte de nuestra fe; nuestra fe en una forma de paz, de reparación, que ahora se desmoronaba; en la década anterior, las guerras de Yugoslavia ya habían teñido de rojo el júbilo de la caída del Muro; Europa había mirado a otra parte, los Balcanes son tierras violentas pobladas por salvajes, pensábamos. Paul habría declarado que solo el comunismo y la fraternidad salvarían a los hombres de su propia furia, yo no lo sé.

Yo estaba acodada en la borda del lado del lago.

El agua portaba una fragancia, una fragancia de planta.

Puede que Paul y Tusi tuviesen razón, más valía refugiarse en los mundos de las estrellas y las matemáticas; los astros, el amor, los cuerpos, los anillos, los ideales, toda esa mezcolanza tan profundamente humana que no puede derrumbarse, porque permanece en nosotros, en el mundo imaginario.

De repente, tenía a Jürgen Thiele a mi lado. También él parecía abatido, un poco agotado; eran las 19.30 y las Jornadas Paul Heudeber se habían derrumbado con las torres. Le dije para consolarlo que ya organizaríamos otro homenaje, esta vez en Mitte, en el Instituto del que nunca deberíamos haber salido. Creo recordar que me dedicó una sonrisa de circunstancias. Miró el paisaje, su gran cuerpo se estiró un poco; observó lo que desde allí se veía del bosque y, al otro lado, el castillo blanco con las dos torres de la isla de los Pavos Reales. Me preguntó si sabía por qué Maja se había empeñado en que el encuentro se celebrara en un barco.

–En 1940 y 1941, Maja y Paul vivieron en una barcaza en Lieja, en el Mosa. Un marino comunista y su esposa los tuvieron allí escondidos.

La primera vez que detuvieron a Paul fue en Bélgica, en 1940, internado por los franceses en el campo de Gurs, cerca de los Pirineos, y desde allí escapó a Lieja, donde encontró a Maja y la clandestinidad. Un año más tarde fue detenido por la Gestapo, encarcelado y torturado, y a finales de 1941 deportado a Buchenwald.

Jürgen Thiele asintió. Sí, por eso. En Lieja, primero estuvieron viviendo en una buhardilla, en un callejón sin salida de un barrio llamado «Outremeuse», y luego en una barcaza a unos cientos de metros de allí, en el Mosa.

En esa barcaza fueron felices, añadió.

Supongo que es lo que sucede con todos los hijos de personajes famosos, e incluso con todos los niños en general: la gente siempre tiene información que darte sobre tus padres. Especialmente si eres mujer, a lo que parece. Tu padre esto, tu padre aquello. Hasta hacerte dudar de lo que él mismo pudo escribir, de lo que él mismo pudo contar; te despojan de su realidad.

Jürgen Thiele arrojó aquella frase al río como deshaciéndose de algo

que le incomodaba. La felicidad. Se fue casi al momento, apenado, sin mirarme a los ojos. Yo imaginé a Paul y a Maja exactamente en mi lugar, abrazados, observando un río distinto.

Aún me quedé en cubierta una hora más, intentando no pensar en Nueva York para librarme de la impresión de horror que me había causado la repetición de las imágenes de los atentados, aquellas nubes de polvo invadiendo las calles y persiguiendo a la multitud para tragársela, aquellos monstruos informes de volutas espesas y mortíferas; entre las imágenes más lamentables estaban las de unos niños en Palestina que se alegraban de la catástrofe: aunque por desgracia aquello no fuese sorprendente en sí mismo, se sumaba a la tristeza melancólica del momento.

A mí me habría encantado encerrarme de inmediato en mi camarote y no salir hasta dentro de dos o tres días; incluso se me pasó por la cabeza tomar el primer tren que pasara y desentenderme de todo, de mi madre, de Jürgen Thiele, del Instituto, de Kant, de Pawley, de todo el mundo.

XIX

La mujer está acostada en el banco de piedra encalada de la cabaña, en la oscuridad primitiva de la cabaña: él le pasa por el cuerpo una esponja –jabón verde, olores avejentados de moho y de infancia– para sacarle la sangre seca, para observar las contusiones ennegrecidas. No la ha desvestido del todo; le ha arrancado lo que quedaba de la falda y del corpiño, en ciertos lugares tiene la piel constelada de lunares negros, en el hombro, en la curvatura de los riñones; la ha colocado de lado; comprueba su respiración poniéndole la mano sobre las costillas, esas costillas donde se encuentra el hematoma más importante, negro y ardiente,

ahora ya no puedes matarla, ya no puedes deshacerte de ella,

bajarla hasta aquí le ha llevado buena parte de la jornada,

es casi de noche,

si pasa la noche, vivirá,

esas cosas tú las sabes, la tortura te las ha enseñado,

será una noche de guerra sin calor ni claridad, una noche sin ayuda, te gustaría poder llamar a un médico, a una ambulancia, a un enfermero, pero aquí en la montaña todo se calla, los teléfonos, las señales, los signos, a pesar de la aparente cercanía de las luces de la orilla; podrías desaparecer, tomar el camino del norte con el asno, dejar a la mujer aquí en la cabaña, sola, en el cielo solamente la estrella del perro consigue atravesar las nubes,

oye el estruendo de aviones lejanos; los bombardeos destrozaban los edificios en un polvo que mezclaba el hormigón y la impotencia y entre el que vagaban hombres y mujeres grises, sus hijos con sangre en los brazos, socorristas con casco entre el infinito gritar de las víctimas y la ondulación de las sirenas, en la masa ininteligible del dolor, los hierros de hormigón de pronto retorcían el vacío, lanzas

fijas y oxidadas; el terror era una niebla gris de polvo, el pánico se esparcía en nube, en cemento sobre los vivos. Los cadáveres decoraban con colores el amontonamiento de los escombros, monos azules de trabajo, jirones de fulares rojos aplastados junto con el cuerpo que los llevaba, destellos únicos en la atonía de la destrucción; se acuerda de los aviones extranjeros que destruían las ciudades indefensas, se acuerda de la alegría que le procuraban esas muertes y esos derrumbes,

te gustaba ver temblar el campo de tanto caos, te gustaba oír sufrir al enemigo,

desde el umbral observa las luces de la costa, la noche remonta hacia él; las franjas violáceas del mar mueren en el silencio allá a lo lejos,

tienes hambre,

siempre tienes hambre,

ya nada puede saciarte, ni las naranjas, ni las almendras abiertas con una piedra en el umbral, ni la caza menor, el hambre llega igual que llega el miedo, es la vida que vuelve y con ella el cansancio, Dios mío, agranda la naturaleza, Dios mío, danos la inmensidad, la lánguida certeza de la inmensidad,

estrellas para las noches de guerra.

Explora el equipaje de la mujer en busca de comida. La ropa huele a jabón y a laurel. La ropa es suave. Las camisas cuentan una vida diferente a la que tiene allí tumbada en el banco de piedra, en su cabaña. Las faldas. La ropa interior de lana para el frío de la montaña. Las fotografías, los papeles, el libro. El cepillo del pelo, la imagina desenredándose los mechones morenos ya desaparecidos; el sobrecito de cartón con hilo y agujas; algunas pastillas, colgantes, una cajita octogonal de madera oscura forrada con fieltro rojo en la que hay algunas joyas, puede que de oro; otras agujas, largas como para hacer punto; encuentra una bolsa de algodón en la que hay pan, otra con unos quesitos redondos como balas y recubiertos de hierbas secas; le da un mordisco a una de las bolas de queso, lo primero que le sorprende es la sal, la sal, el tomillo y el sabor de cabra, de leche ligeramente quemada. Arranca con los dientes un pedazo de pan, le

aplasta dentro una bola de queso y sale a comer al porche. La noche es cada vez más oscura; si ahora encendiera el fuego de fuera podrían verlo a varios kilómetros a la redonda. No hay reflejo de luna que perfile las ramas de los árboles, los muretes; el asno es invisible, se le oye pacer hojas, resoplar, triscar, beber. El queso, el pan y luego el agua apaciguan su hambre. Toma el fusil, se lo pone sobre los muslos; está sentado con las piernas cruzadas, la espalda contra las piedras de la cabaña; el olor de las cenizas frías de la pequeña chimenea del porche lo acuna. Piensa en su padre, de golpe. El olor de las cenizas del padre, el olor de la madera del padre, su olor a gasoil, también, a carbón y a ajo. Su madre, en sus recuerdos, olía a jabón, lo mismo que las cosas de la mujer, o a flores,

en tus recuerdos tu madre huele a verano,

a flores, a frutas, a pastelería, a mermelada,

la guerra le cae como la piel al leproso, la pierde, la guerra quisiera arrancársela como una costra muerta; sin embargo el fusil sigue sobre sus rodillas, y los recuerdos en él, el cuerpo de la mujer tumbada en el banco de piedra es una réplica de los cuerpos que él deshonró hasta la muerte, uno yaciente por cientos de muertos. Juega con los cartuchos como un niño; la funda de latón, la pequeña ojiva de acero en su extremo, puntiaguda, perfecta, los saca de la recámara, los vuelve a poner,

las noches son largas y negras,

apenas sabe leer,

en alguna parte tiene un viejo almanaque agrícola, o un libro pequeño y maltrecho, pero la oscuridad es casi total. No hay lámpara, no hay vela. Vuelve a entrar. La noche susurra. Dentro es fosca. Se sienta junto a la mujer tumbada,

ella respira profundamente,

duerme,

le has puesto una bolsa debajo de la cabeza como una almohada,

dormida la adivinas, sus curvas, su carne de mujer,

oyes ascender su aliento en el espacio abolido,

es una respiración de nada,

el aire asciende, desciende, fluye desde lo invisible y te obsesiona,

solo la escuchas a ella,

al animal en ella, a la bestia en ella, a lo viviente en ella,

el ruido circular de lo vivo.

Ese tenue rumor respira la sombra, el tomillo, las cenizas y escupe lo profundo y lo agrio salvaje,

duda en tocarla,

¿qué provoca esa mujer estirada?, qué provoca su debilidad de mujer tumbada boca arriba en la negrura, él está inmóvil con la espalda recta, sentado en el mismo banco de piedra, la mujer respira y tiembla,

él no puede ver nada,

todo invadido por la respiración cegada,

Dios mío, ayúdala, ángeles de la guarda, volved por nosotros, santísima madre de Dios, sálvanos, sálvanos, y repite las palabras sin que salga un solo sonido de su boca, como de niño, en el miedo, rezaba, rezaba en el miedo, se levanta, se acerca a la mujer, se sienta tan cerca de ella, tan cerca, que siente el calor de la mujer contra su muslo, le pone la mano en la frente, el sudor es tibio, le enjuga el sudor con la mano, luego la mano en la chaqueta, toma la esponja verdosa de podredumbre, apesta demasiado, la tira a un rincón, agarra uno de los jirones de ropa de la mujer: acaricia su frente con la tela, sabe que la está acariciando, la mejilla, el cuello, le pasa suavemente la tela por la piel. Ella respira con lentitud, él le pasa la mano por el pelo rapado, tan corto, le acaricia suavemente la cabeza, cuánto tiempo,

Dios mío, que vengan tus ángeles santos y nos guarden en paz,

acaricia el cráneo tupido de la mujer, su cuello, las manos endurecidas le queman de tanta fineza, vuelve a levantarse, va hasta la chimenea, recoge a tientas algunas hierbas secas, hojas de tabaco, ramitas, y las enciende, la luz amarilla asciende hasta la cara de la mujer, hasta su cuerpo, su pelo rapado, su brazo bajo la cabeza, las sombras recorren la cabaña. Se sienta otra vez, resigue con el dedo la luz en el rostro de la mujer; las sombras al antojo de las llamas, las caricias al antojo de las llamas. Tiene pecas alrededor de la nariz, unos labios gruesos sobre los que ahora desliza el pulgar, sus orejas son

estrechas, le acaricia el hombro, la luz parpadea, proyecta tinieblas sobre el pecho aún cubierto,

ella está caliente y él se calienta con ese calor.

[Anotación manuscrita añadida con lápiz: del campo de Gurs]

Maja Maja el verano casi está aquí; veo el mar, el fuego elevándose como una chispa azul que prendiera en tus ojos para alumbrar un rostro, y quien se alza eres tú, en medio de la miseria, de todos esos destinos aturdidos, sorprendidos por la guerra, mezcla de alemanes, austriacos, españoles, republicanos, judíos, comunistas, anarquistas, miserables, y todos esperamos la victoria y la liberación; si no vienen, huiremos… No nos tratan mal, aquí, los franceses están desorganizados y asustados pero no son malos, hacen lo que pueden, nos alimentan, nos observan sin vigilarnos en realidad; todos los días, a pesar de la alambrada, una familia secuestra a un español, un rapto, a la vista, a sabiendas (más que delante de las narices, de las barbas) de los franceses. La mayoría son gente del lugar… Aquí nos llaman «los belgas», lo cual es gracioso, somos todos alemanes: que si de Aquisgrán, que si de Colonia, que si del sur… Capturados en Amberes, Bruselas, Charleroi, luego reagrupados en Orleans con otros alemanes de Francia, «ciudadanos de nación enemiga», gracias señor Daladier, luego transferidos aquí, largas horas de camino a ciegas, la mayoría son camaradas o simpatizantes: a los nazis (que los hay) se los reconoce por la altivez y la cara de perro presto a morder, son cobardes y al mismo tiempo confiados, se esconden porque hay algún que otro incidente, de vez en cuando se encuentra a uno con la boca ensangrentada, la nariz rota, el pobre por desgracia ha tropezado contra la pared de un barracón, y justo después ves cómo se aleja silbando un español con las manos en los bolsillos. Los franceses no son ningunos incautos, saben perfectamente que la mayoría de los

aquí internados no son enemigos suyos, sino de los nazis. No puedo esperar a verte, amor mío. Paso el tiempo como puedo, intento reflexionar sobre las series de primos, creo que puedo demostrar mediante el análisis una intuición que tuvo Euler, la relación entre la serie de los inversos de los números primos y la serie armónica (perdón, me explico, la serie armónica es la suma de los inversos de los enteros naturales, $1 + 1/2 + 1/3 + 1/4$, etcétera. Sabemos que son divergentes entre sí y que, al menos esa es la intuición de Euler, la primera es como el logaritmo de la segunda. Demostrar eso mediante el análisis es difícil, por decirlo suavemente). Emmy me animó a seguir esa vía. Siento que está a mi alcance, y teniendo en cuenta que a mi alrededor no hay más que encierro y una especie de largo dolor de ausencia, sumergirme en el mundo de los números resulta agradable. A mis compañeros de internamiento (aquí uno no está detenido, está *interné*: matiz que mi nivel de francés no me permite entender con suficiencia) que haga matemáticas les fascina. Para matar el tiempo, propongo problemas simples como haría un profesor de matemáticas; a los ochenta camaradas de barracón (españoles, alemanes, judíos de toda Europa) les divierte intentar resolverlos. Aquí el papel (escaso) lo guardamos para las cartas: ¡las matemáticas están en las paredes, con trozos de piedra o de carbón! La historia de Sócrates enseñándole a un esclavo cómo construir un cuadrado de área dos veces mayor a partir de la diagonal del primero me ha granjeado un éxito enorme. ¡Supongo que cuando desmonten este campo se preguntarán por qué los tablones de madera están garabateados con $y^2 = 2x^2$, triángulos e hipotenusas!

Los españoles vienen de la guerra, están como alelados, aturdidos, algunos quieren alistarse en la Legión Extranjera Francesa para luchar contra los nazis, convencidos de que en España volverá la guerra. Entre los que regresan a su país de forma clandestina, los que encuentran trabajo en las granjas de los alrededores, los que se alistan y los que recluta Francia por la fuerza como peones camineros o zapadores, en pocas semanas no quedará nadie. Los franceses son graciosos: tan convencidos como están de su superioridad, nos dan clases de la *lengua de Molière*, yo personalmente preferiría que fuera la

lengua de Poincaré o de Gallois. En el campo hay también una oficina de correos, y la comida no es tan mala como pudiera uno esperar. Corren rumores de que pronto detendrán también a las mujeres alemanas, y no solo a los hombres, ten cuidado…

Espero que esta carta te llegue, pongo todas mis esperanzas en este sobre, que me ha regalado con gusto un español a cambio de las clases de matemáticas. ¡Si supieran hasta qué punto soy nulo en geometría! Qué lejos me queda Gotinga…

Maja amor mío venceremos, tenemos la fuerza del círculo, la del triángulo rectángulo sin el cual no hay círculo, sólidos como dos anillos uno en el otro, la invariancia del dominio de la pasión… Me gustaría decirte tantas cosas que no llego a decirte nada. Envío esta carta a la taberna de Max, para que no figure tu dirección. Lanzo esta carta hacia el norte. Me deslizo en ella como un genio en su lámpara. Si susurras abracadabra tiernamente y luego te frotas suavemente el papel contra el pecho, apareceré.

P. H.

XX

De entre la correspondencia entre Paul y Maja, esta carta de Paul desde el campo de Gurs es una de mis favoritas; la energía de la juventud de Paul, su pasión, su placer por enseñar los rudimentos de las matemáticas, su inquebrantable optimismo, todo es tan opuesto a Buchenwald, a los rastros de Buchenwald que hallamos en *Las conjeturas del Ettersberg*, es casi como si se tratara de otro hombre, antes de la tortura, antes de la desesperación.

La larga tristeza en la que se abisma Paul a finales de los años sesenta le impide sin duda hallar la energía para instalarse en el Oeste, siempre esperando, siempre, en la calma y la melancolía, a que mejoren las condiciones de vida, a que lleguen el socialismo, la felicidad y Maja: encerrado, Paul se consagra al estudio de sus «espacios utópicos», que más tarde se llamarán «superficies de Heudeber», hasta que diez años después abandona su encierro sin haber publicado nada importante (sus investigaciones marginales, una especie de aporía matemática en los límites de la topología y de la geometría algebraica, no interesarán más que, mucho más tarde y de forma parcial, a esa disciplina relativamente reciente que se llama «geometría espectral»). Todos mis años de estudiante, y especialmente mis años egipcios, Paul los pasa recluido en su apartamento de Pankow; casi no tiene carga de enseñanza. A Maja la ve muy poco, una o dos veces al año se encuentran en algún lugar, en Praga, en París o en Viena. Han superado ampliamente los cincuenta. Si siguen amándose, o más bien si siguen diciendo que se aman, es en la ausencia. En los años setenta, Maja está en la cúspide de su carrera política con el SPD: diputada, viceministra, pionera de la lucha por los derechos de las mujeres. En las cajas que contienen la correspondencia de Paul, cartas de mi madre hay muy pocas. Muy pocas, y ninguna de

esta época, aparte de un hermoso marcapáginas de cartón pintado, con un bonito cordón de seda roja, un marcapáginas completamente cubierto por la escritura de Maja, fechado a lápiz en Mallorca en 1978 (puede que regalado a Paul por sus sesenta años):

Paul Paul Paul
Este objeto que tú
Meterás en tus libros
En tus fórmulas
Y tus misterios
Sabes que te entiendo
Cada cual en nuestro mundo:
Tú lo transformas
Yo lo transformo
Cada uno soñamos
En nuestro lado de los sueños
Idénticos cada cual
En nuestro lado del mundo
Como dos
Durmientes cada cual
Prisionero de
Sus párpados cerrados.

Puerto de Sóller
1978

Si estaban juntos, en Mallorca o bien cada uno en su lado del mundo, no lo sabemos. Cuál era el mundo que transformaba Paul, tampoco lo sabemos.

«Una vida avanza hacia su fin para destellar por fin el sentido que lleva en ella; hasta la última palabra, la historia serpentea en dirección a una conclusión que la esclarece. Para mí, la hermosa existencia de Paul Heudeber ilustra perfectamente este tipo de relato».

El que pronunció esas palabras se hallaba en un extremo de la mesa en el comedor del Beethoven, sentado en una de las sillas plegables negras que el personal de a bordo acababa de añadir. Yo no lo conocía, al parecer había trabajado para el Instituto Max-Planck de Matemáticas de Bonn; era de un moreno blanquecino, debía de tener la edad de Paul o de Maja; lo único que yo sabía era que tenía acento extranjero y que era especialista en análisis, más concretamente de objetos fractales, porque durante la comida nos había hablado de sus investigaciones sobre la dimensión de Heudeber como criterio de fractalidad. A pesar del énfasis, su observación demostraba (o daba a entender) que había conocido bien a Paul, cuya vida era el tema de nuestra conversación desde hacía una hora. Aquel especialista en fractales, cuyo nombre extranjero se me escapa, prosiguió su discurso sobre *la hermosa existencia de Paul Heudeber*, lo cual tuvo el don de irritarme. Paul Heudeber era mi padre; oír al especialista en fractales perorando sobre la supuesta «hermosura» de su vida me exasperaba. El especialista en fractales tenía un bigote bastante desagradable que se iba manoseando al hablar, tal como ya había hecho durante su presentación improvisada en el almuerzo, lo cual, sumado a su acento, a veces volvía sus palabras ininteligibles. Alrededor de la mesa éramos unos quince, todos «miembros», de cerca o de lejos, de la «comunidad científica»; Maja escuchaba al analista asintiendo con la cabeza, pero por cómo movía los dedos, por la manera que tenía de jugar con su anillo, a mí me parecía adivinar que estaba tan irritada como yo, e

intuía que su irritación provenía precisamente de esas palabras, *una conclusión que la esclarece*; el trágico final de la vida de mi padre Paul Heudeber era tenebroso, oscuro, y en modo alguno podía constituir una conclusión esclarecedora, pero el analista no dejaba de parlotear. Recuerdo que Maja frunció el ceño con una expresión que no supe si delataba una ira inmensa o la más profunda incomprensión. Tuve que interrumpir al analista antes de que aquella velada (ya trágica, agotadora de angustia para Linden Pawley, que desde el comienzo de la tarde no paraba de dar vueltas por el barco, se retiraba a su camarote, salía cinco minutos más tarde preguntando si había noticias), antes de que aquella velada penosa se convirtiera en francamente insoportable.

¿Qué noticias podría haber? El televisor que había en la bodega del Beethoven mostraba en bucle las mismas imágenes, un avión que se estrella en una nube de fuego, cuerpos que caen de las ventanas, torres que se derrumban, multitudes que corren para escapar de las impenetrables nubes de polvo como salidas de la puerta del infierno. En los platós se sucedían analistas y expertos de todo tipo, y todos esperaban a la reacción de George Bush, puesto a salvo en un lugar secreto entre Florida y la Casa Blanca, desde donde tal vez reaparecería para pronunciar un discurso. La conversación pasaba sin solución de continuidad de Paul Heudeber y las matemáticas a los atentados, a Nueva York, al islamismo, y cada vez que Afganistán, Irán o el terrorismo volvían a ponerse sobre la mesa yo me daba por aludida, me sentía casi avergonzada. Recuerdo la observación de uno de los invitados, que habló de Oriente Medio en estos términos: «Esos países cuya extrema violencia acababa de transformar la faz del globo, como si el mundo libre se viera de pronto sumergido en una ola de fuego», siendo él mismo de origen yugoslavo, serbio de Croacia o croata de Bosnia, ya no lo sé: unos pocos años antes, toda la violencia del mundo se había desatado en esas regiones, tan cerca de aquí, y todos parecían haberlo olvidado, pero él no; él sabía que los responsables del derrumbe no solo de las torres sino del mundo en general eran *los turcos*, recuerdo perfectamente que usó esa palabra, *turcos*. Alma Sejdić, la coorganizadora, lo corrigió inmediatamente:

obviamente *los turcos* no tienen nada que ver con esto, afirmar lo contrario es deplorable; de pronto el yugoslavo parecía incómodo, trató de aclarar sus palabras y no logró más que ahondar en la confusión. Maja observaba a todos aquellos hombres con gesto aterrado, no éramos más que tres mujeres alrededor de aquella mesa improvisada donde cada cual intentaba en vano hablar más fuerte que el de al lado: Alma Sejdić, la doctoranda que había ayudado a Jürgen Thiele en la organización, mi madre y yo. A mí me daban ganas de mandar a toda aquella gente a la cama, como si estuviésemos en un campamento de verano. La doctoranda (me acuerdo de su pelo muy oscuro y de sus ojos negros) parecía asustada de lo que estaba oyendo. Echaba miradas consternadas a su alrededor; había ayudado a Jürgen a montar aquella gran mesa alrededor de la cual se había ido sentando todo el mundo, es decir, todos los que no se habían ido a Múnich, a Berlín, o a Gotinga. Eran casi las siete de la tarde. «Para mí, la hermosa existencia de Paul Heudeber ilustra perfectamente este tipo de relato» había vuelvo a tomar la palabra, pero yo ya no lo escuchaba. Se habían formado varios subgrupos; en un extremo de la mesa, alrededor de la hermosa existencia y de su bigote, algunos jóvenes o relativamente jóvenes; Jürgen Thiele jugueteaba con su pluma, parecía aburrirse profundamente. En el medio, mamá, y a su derecha Robert Kant; enfrente el yugoslavo y yo; en el otro extremo un grupo de científicos de todas las edades (algunos colegas de Berlín, dos franceses con cara de bourbakistas seguros de sí mismos; André Weil y Paul habían coincidido durante mucho tiempo, hasta los años ochenta, Weil había pasado una temporada en Gotinga con Emmy cuando Paul era adolescente) delante de unas cervezas que les habían traído amablemente las camareras y camareros del Beethoven. La televisión estaba un poco más allá, hacia la proa del barco, donde habíamos estado hablando antes; por delante de la televisión iba y venía Linden Pawley, lidiando con la terrible angustia de imaginar el cuerpo de su hija en medio de aquellas imágenes de guerra. Nadie se atrevía a acercarse a él, excepto Maja, quien de vez en cuando se levantaba para agarrarlo del brazo con una ternura y dulzura infinitas, apoyaba su cabeza contra la de Pawley, lo abrazaba, se quedaba unos

minutos hablando con él en voz baja y mirando el televisor, y volvía a sentarse con nosotros con lágrimas en los ojos. A eso de las ocho, Pawley salió hacia el aeropuerto de Tegel; quería acercarse a Frankfurt fuera como fuera, pues de allí despegaban la mayoría de los vuelos intercontinentales. Se despidió de nosotros desde lejos, desde el coche que le esperaba en el muelle, mientras habían ido a buscarle la maleta; cuando Maja volvió, se le notaba en las mejillas que había estado llorando, me hizo una señal con la mano: me di cuenta de que yo era su hija, pero que a diferencia de la de Linden Pawley estaba a bordo del Beethoven, y ese pequeño gesto que me hizo antes de encerrarse en su camarote el resto de la noche, un gesto que podía significar «No te muevas, afortunadamente tú estás aquí y no allí», fue una forma de darle las gracias al destino: que mi madre me mostrase su afecto era tan poco habitual que esta vez se me humedecieron los ojos a mí, y subí inmediatamente a cubierta a que me diera un poco el aire.

El sol aún no se había puesto, se iba acercando a los árboles (sauces, hayas, álamos) a orillas del Havel. De repente hacía muy buen tiempo, una ligera brisa parecía traer los rayos del sol hasta donde yo estaba; de pronto, Berlín estaba bañada por una gran calma, húmeda y tibia. Yo imaginaba que los bebedores seguían bebiendo y los bailarines bailando; me preguntaba si ya sabrían todos lo que había sucedido en Nueva York. Pensaba en mi padre, en aquel homenaje tan extraño, fallido, flotante. La proa del Beethoven estaba orientada hacia Gliniecke, hacia el sur. Me daban ganas de bajar del barco, desatar sus gigantescas guindalezas, empujar con el pie la parte delantera de la embarcación y verla alejarse, ir a la deriva hacia Potsdam, luego hacia Brandemburgo, unirse al Elba y desaparecer en el mar, como el propio Paul, como una barca funeraria cargada de recuerdos, que se los llevara a todos, a Jürgen Thiele, a Robert Kant, a los pitagorines de todo pelaje, a las físicas, a los lógicos, a mi madre, y yo ya estaría de vuelta en Steglitz y al bajar del tren me habría comido una salchicha a la parrilla y dormiría a pierna suelta para despertarme veinte años después.

XXI

En cuanto las primeras luces permiten distinguir lo blanco de lo negro se levanta. El amanecer es trémulo, pálido, helado de estrellas y planetas desconocidos. Ha estado dormitando, la mano sobre la mujer; ora la mano en la nuca, ora la mano en el hombro. Recogerá fruta para exprimirla. Naranjas. Siente que ella despertará. La herida del muslo no supura. La llaga no está enrojecida en los contornos, no está inflamada, tal vez en unos días pueda tenerse sobre el asno. Si no muere. Si el asno no muere. Recuerda que a veces por demasiados golpes uno muere más tarde, a menudo durante la noche. Por la mañana retiraban de las celdas la pila de muertos de la noche.

Tiembla. Se siente agitado. Llena una escudilla y bebe el agua tan dulce de la montaña. El asno está echado en el suelo entre el murete y el árbol, como si se escondiera de los depredadores.

Se sienta en el porche; disfruta del ruidoso silencio que se abre al canto de los pájaros.

Va a haber que irse. Se asegurará de que la mujer sobreviva, de que se recupere, y se irá, seguirá su camino hacia el norte, él solo. La cabaña no es más que una parada, una especie de despedida de la infancia. Una despedida de los recuerdos que se le echan encima como insectos en la noche. De los olores, de los sonidos. De las imágenes. Hay que dejarlo todo atrás, las remembranzas no hacen ruido al caer. Cuanto más se aleja la guerra, más se pregunta por qué la rehúye.

Te has envuelto sin pensarlo con el sudario de la paz,
tu juventud te asusta, ya no es una fuerza,
cada día que te aleja de la violencia te hace más frágil,
te desnuda,
tu vida comienza en la guerra pero no termina en ella.

Con los primeros fulgores de la aurora vuelve a entrar en la cabaña,

la estancia huele a cenizas y al aliento de la mujer. Se acerca a ella, le acaricia la frente con la tela, ahora respira más profundamente, más fuerte, acaricia su pelo rapado, la luz que entra por la puerta le ilumina el rostro y él le acaricia la espalda,

ella siente la mano en la espalda, lo que la mano transmite a través del sufrimiento, su garganta es una piedra abrasadora, su cuerpo es lava de dolor sin llamas,

estoy tumbada boca abajo, tengo sed, tengo dolor, tengo sed,

mueve un brazo,

mueve un brazo,

se remueve,

entreabre los ojos; él deja de acariciarla con la tela,

vuelvo a estar en la cabaña,

trata de moverse, de sentarse, nada parece tener efecto en su cuerpo entumecido; cada temblor muscular desencadena una onda de dolor, no puede evitar gemir,

me oigo a mí misma,

esos sonidos que salen de ella misma la traen de vuelta al mundo, de repente se calla, abre los ojos con fuerza, está en la luz que entra por la puerta, una luz rasante y dorada en extremo, cierra los dedos sobre su propia mano, aprieta el puño y lo afloja, en sus sienes late un dolor ferroso, no es más que sed, quemazón, dolor,

quisiera levantarme, sentarme, me ahogo,

es un animal que trata de escapar de la asfixia, se mueve, se agita, él trata de calmarla, sus ojos están abiertos, con infinitas precauciones la ayuda a volverse, ella descansa la cabeza a un lado sobre una bolsa,

el patio más allá de la puerta rebosa de un sol claro, es por la mañana, el hombre está junto a ella, el gran deslumbramiento le impide ver su rostro de monstruo, ha vuelto a traerla para violarla,

quiere convertirme en su esclava, como el gul en su cueva, como la hiena que te hipnotiza para mejor devorarte,

el dolor es demasiado intenso, cierra los ojos un instante, un minuto, una hora, un día.

Él parte las naranjas por la mitad con el cuchillo y las exprime con la mano, llena el pote de hojalata, se come la pulpa, la materia, luego

se echa agua en la cara y se lava con agua helada; se seca al sol con el torso desnudo; abreva al asno cojo, al asno de pelo chamuscado, el borrico va de árbol en árbol, de arbusto en arbusto comiendo cuanto tiene a su alcance, los brotes tiernos, los matorrales animados por la primavera, las campanillas violetas, las cimbalarias de las piedras, las inflorescencias amarillas de la retama al borde del talud, su cuello gris se eleva hasta las ramas bajas o por el contrario rastrilla el suelo para calmar el hambre, también él sufre, camina ora a cuatro ora a tres patas, con el pie al aire como saltaría un niño deforme en una siniestra rayuela. El sol está a media altura,

tienes a la mujer en mente,

deberías irte,

pero marcharse, abandonarla aun con un pote de zumo de naranja, sería matarla, ya deberías haberla matado dos veces, el destino te muestra tu error,

o no, el destino te susurra que hay que perseverar,

salvar lo que uno ya ha salvado y salvarse a uno mismo,

en la fuerza de la mañana tan poderoso el Señor que no lo podemos mirar a la cara.

XXII

Cuando la noche del 11 de septiembre de 2001 volví a bajar a la bodega del Beethoven, Alma Sejdić (pequeña, de pelo largo y castaño, cara bonita, poco más de treinta años) seguía con su discurso, sermoneando al viejo lógico exyugoslavo por su racismo y, al mismo tiempo, manifestando su horror ante el terrorismo islamista procedente de Afganistán, de Pakistán o de organizaciones como Al Qaeda.

La bodega del Beethoven resonaba como una campana, parecía vacía; todas las sillas y las mesas excepto las nuestras habían sido plegadas, no quedaba más que la barra del bar, inmóvil y lejana, en un rincón; de pronto el parquet se apreciaba a la perfección, como en un salón de baile; como había estado lloviendo buena parte del día, la débil luz del ocaso penetraba engañosamente por las ventanas del lado de la isla de los Pavos Reales, una suavidad anaranjada, amplificada por las aguas del lago de Wannsee.

Alma Sejdić tenía una voz muy bonita y una figura más bien rolliza que le daba un no sé qué de aniñado, pero de niña herida; yo fantaseaba mientras hacía como que escuchaba sus explicaciones sobre cómo los países musulmanes eran los primeros en sufrir el terrorismo y a los combatientes islamistas; pensaba en Jayam y en Tusi, los ventanales del Beethoven se hinchaban de luz como si fuesen velas. De pronto me sentía agotada. El viejo de *la hermosa existencia de Paul Heudeber* susurraba algo al oído de quien tenía a su lado; parecía nervioso, agitado, como si fuese depositario de una verdad que debía ser expresada necesariamente, acontecer como una explosión fractal para así iluminarnos. Jürgen Thiele, al escucharlo, abría los ojos de par en par; delante de mí, los bourbakistas parloteaban sobre un ataque frustrado a la torre Eiffel con un avión de pasajeros, sin que

quedase claro si aquello tenía alguna base o era un simple rumor. El lógico exyugoslavo, viéndose atacado indirectamente por las amonestaciones de Alma Sejdić, palidecía de rabia; tenía unos años más que ella, todos nosotros nos preguntábamos si es que serían compatriotas, quién sabe, o acaso excompatriotas de bandos enfrentados.

La hermosa existencia de Paul Heudeber aprovechó un momento en que amainaba la marejada de conversaciones: el yugoslavo se había callado con el gesto rabioso y los brazos cruzados de quien siempre tendrá razón, cualquiera que sea el argumento, le digas lo que le digas. El especialista en fractales pudo retomar la palabra, con una voz longeva en la que vibraba, o eso nos parecía, un acento del sur de Europa: Me gustaría retomar el tema Paul Heudeber, volvió a la carga, Paul Heudeber y la guerra; yo conocí a Paul Heudeber cuando estaba prisionero. Fui, de lejos, el amigo de Paul Heudeber desde los años cuarenta. Y puedo asegurar que era un ser excepcional cuya existencia, como decía antes, toda su existencia, queda iluminada en retrospectiva por su deceso. Dijo *deceso*, con solemnidad, acompañando la palabra con un gesto de la mano alzada al frente, moviéndola de arriba abajo como quien asesta un hachazo. Tenía la boca un poco torcida; más que el acento, a fin de cuentas muy poco definido, eso era lo que confería a sus palabras una dimensión inarticulada. Un espeso bigote blanco cubría su labio superior, y si mirabas con atención, la parte derecha de su rostro permanecía del todo inmóvil mientras la otra se iba deformando con el movimiento de los músculos, dándole a su expresión un algo extraño, inédito, salvaje. Efectivamente, el hombre podía tener la edad que habría tenido Paul, un poco más de ochenta años; miré a Jürgen Thiele a los ojos con aire interrogador, él me respondió con una mueca bastante cómica, una mueca que en una serie de la tele habría significado «En esta fase de la investigación no se descarta ninguna opción». Le dirigí una mirada similar a la coorganizadora y ella cerró los ojos en señal de asentimiento, sin que me quedase muy claro a qué asentía exactamente. El señor mayor no parecía estar viendo ni entendiendo el componente aterrador de la destrucción de que éramos testigos por

televisión desde primera hora de la tarde; insistía en la importancia de la vida de Paul Heudeber y en la conclusión que la iluminaba, pero se notaba que lo que él quería de verdad era hablar de sí mismo, que había venido para que lo escucháramos y no pensaba volverse a casa sin que hubiésemos oído lo que tenía que decir.

Sin embargo, los participantes iban abandonando el Beethoven uno tras otro; se despedían discretamente, muchas veces solo de Jürgen Thiele, y subían a la superficie por la gran escalera del barco.

El especialista en objetos geométricos fractales hablaba de árboles, de la forma de las hojas y de la geometría de la naturaleza en una inmensa digresión que había partido de su amistad con Paul Heudeber pero parecía experimentar ciertas dificultades para volver a ese punto; por lo pronto aludía a unas investigaciones de Benoît Mandelbrot y a la descripción de los objetos geométricos fractales que revolucionó su vida de geómetra. Para él las matemáticas eran en sí mismas un sentido, un sentido al mismo nivel que la vista o el oído, y por lo tanto una manera de percibir la naturaleza.

Un cierto aburrimiento iba haciendo mella en los presentes; los bourbakistas se miraban como si quisieran irse, pero no se atrevían, los franceses son educados. Alma Sejdić miraba al cielo. Paul nunca me habló de las matemáticas como de un sentido, pero podría haberlo hecho. El viejo especialista en geometría volvió a Paul Heudeber de una forma inesperada: Sin él, yo nunca habría entrado en contacto con las matemáticas, añadió. Fue Paul quien despertó en mí ese sentido, como quien hace la luz en los ojos de un ciego de nacimiento, y lo hizo en el peor lugar del mundo: en un campo de concentración. En el campo de Gurs, al sudoeste de Francia. De pronto, gracias a Paul, un balón de fútbol ya no era un balón sino pentágonos y hexágonos; la estructura de la barraca era un triángulo equilátero, las puertas mal escuadradas paralelogramos en lugar de rectángulos, y así nos iba guiando Paul en ese universo de formas y de números; yo tenía apenas veinte años, venía de la guerra, me habían herido; cuando no hacía más que unos meses que había salido del conflicto español, me vi obligado y forzado a volver a la guerra. En Alemania, más tarde, en 1946 y a pesar de mi edad, me apunté al instituto: a trancas y

barrancas me saqué el bachillerato. Luego en la universidad todo fue diferente. Cuanto más avanzaba en mis estudios, mejor dotado estaba para las matemáticas. Me instalé en la RFA. Ya era demasiado viejo para convertirme en un brillante investigador. Me contenté con tratar de transmitir esa pasión a los estudiantes de secundaria y luego de la universidad. Pero no cejé en mi empeño hasta volver a ver a quien me había descubierto ese camino en las más terribles circunstancias, lo cual finalmente sucedió en el Congreso de Varsovia, en agosto de 1983 (un año bonito, 3×661, la primera vez que el congreso se celebraba en un año impar). Allí, cuarenta años después de Gurs, volví a encontrarme con Paul Heudeber. Desde hacía unos meses dirigía el Instituto de Matemáticas de la Academia de Ciencias de la RDA. A partir de ese momento nos escribimos muy a menudo. En nuestras cartas hablábamos del campo, de los campos (después de Gurs y de muchas peripecias militares, a mí me habían internado en un campo soviético); Paul, en sus cartas, no ocultaba esa desesperación de todo cuanto lo rodeaba. Tampoco disimulaba lo que él llamaba «la disminución de su apetito matemático», que lo había llevado a aceptar ese puesto de responsabilidad en lugar de seguir con sus investigaciones. Había dejado en manos de su alumno Helmut Koch (a quien he visto por aquí esta mañana) la continuación de sus investigaciones sobre los grupos de Galois y los cuerpos p-ádicos. Hasta 1995, nos estuvimos escribiendo dos o tres veces al año. A partir de 1991 dejó de ocultar su desesperación política. El final de la RDA, así como la explosión yugoslava, le causaron un dolor inimaginable. *Me parece que la humanidad, al ganar el capitalismo, ha perdido a la humanidad. En todo el mundo*, decía. Guerra, violencia e injusticia. El antifascismo se oponía al horror e intentaba mal que bien traer paz y justicia a la tierra. Yo no compartía sus opiniones, pero trataba de animarlo diciéndole que seguramente no tardaría en aparecer un orden nuevo. Tristemente, su suicidio en 1995 demuestra lo profunda que era su depresión, pero también que el rastro de la violencia no se borra tan fácilmente.

Tuve que intervenir, puede que en un tono más irritado de lo que hubiera deseado: Perdón, pero no hay pruebas de que Paul Heudeber

se suicidara.

Siento si la he ofendido, querida señora, pero para la gente cuyo trato frecuento no hay duda (*la gente cuyo trato frecuento*, Dios mío, de repente me imaginé a unos esbirros con sombrero de ala corta y pistola en el bolsillo de la gabardina): Paul Heudeber puso fin a sus días por desesperación, una desesperación debida al desmoronamiento del bloque del Este y la desaparición de su país, pero también a la vuelta de la guerra a Europa, a los Balcanes; hoy también se sentiría devastado por los terribles atentados de Nueva York. Decidió poner fin a todo porque ya no podía soportar la violencia, y porque las matemáticas, que según solía decirme durante toda su vida habían sido una luz en la noche, en realidad habían dejado de consolarlo.

Por un momento pensé en Maja, que por suerte se había encerrado en su camarote. Más tarde Jürgen Thiele me reveló que ese hombre se llamaba Isidro Baza, y que efectivamente había sido prisionero con mi padre en el campo de Gurs; se escapó a la vez que Paul, más o menos, y después de pasar un tiempo dando tumbos, acabó alistándose (por voluntad o a la fuerza, eso no lo sé) en sabe Dios qué legión española, *en el bando equivocado*. No desertó.

Por otra parte, tenía razón al pensar que a Paul los atentados del 11 de septiembre le habrían afectado mucho; recuerdo que cuando empezó la guerra en Yugoslavia y una Alemania recién reunificada apoyó la independencia de Croacia, Paul alzó los brazos al cielo gritando que aquello desencadenaría un desastre y que había que reforzar a toda costa la unidad yugoslava, contra viento y marea. Paul acababa de cumplir setenta y tres años y por supuesto estaba jubilado, aunque su nombre seguía figurando a título honorífico en algún lugar del organigrama del nuevo Instituto.

Oyendo hablar al tal Isidro Baza de los años cuarenta, me di cuenta de que no había conocido a casi ningún compañero de detención de mi padre, al menos no a amigos cercanos. Aparte de Walther Bartel, que tenía diez o quince años más que él y con quien mi padre se veía regularmente y con devoción: comunista ferviente también él, «bajo la lupa del Partido» en varias ocasiones, a diferencia de otros cuadros comunistas de Buchenwald como Ernst Busse, él nunca fue purgado. Y

eso que Paul Heudeber era activo en el comité de las víctimas del nazismo, siempre fue fiel al juramento de Buchenwald, pero que yo sepa no tenía amigos íntimos con los que compartir sus recuerdos cotidianos. O tal vez no hablaba de ello.

Isidro Baza seguía con su soliloquio sobre mi padre. Emanaba de él una especie de misterio: por qué se había instalado en Hannover, por qué no había regresado a vivir en España; su fidelidad a Paul también era misteriosa (por no hablar de esa envanecida pasión por sí mismo que se desprendía de su interés desmesurado por mi padre), pero debo admitir que siempre he sido desconfiada con respecto a los sectarios de Paul, y eso desde que era adolescente: frecuentar la RDA (y el mundo político en general) la vacuna a una contra todo tipo de elogios, que suponen o bien un formalismo de circunstancias digno de una entrega de condecoraciones o de un panegírico fúnebre, o bien el acaparamiento por parte del orador de las cualidades de la persona cuya alabanza entona, en un desordenado canibalismo de los méritos ajenos donde, en última instancia, toda la gloria acaba recayendo en el Partido, en la Organización, en el ministerio, *laudatio ejus manet in secula seculorum*.

Las Torres Gemelas habían caído hacía unas horas, y en el vientre de un barco amarrado a orillas del lago de Wannsee en el que a unas leguas de distancia se disolvía el Havel, un viejo maestro de origen español elogiaba a Paul Heudeber y, al parecer, tenía cautivados a todos los presentes: Alma Sejdić, los bourbakistas, el lógico exyugoslavo, Robert Kant, Jürgen Thiele, todos se habían dejado hipnotizar poco a poco por el acento a la vez rocoso y encantador de aquel especialista en fractales con hemiplejia facial.

Puede que sea cruel, pero yo soñaba con ir a refugiarme a mi camarote como Maja o, mejor aún, irme a cenar, antes de que fuera demasiado tarde, a La Lechuza Blanca, sola frente a los candelabros de estaño. Prueba de ello es la anotación más bien desesperada de mi diario, redactada el 11 de septiembre de 2001 a medianoche:

Velada horrible. Doble desastre. Pobre papá, qué tristeza todo esto. A punto he estado de pedirte que me hagas sitio en tu urna.

XXIII

Ha alzado la mano hacia la Roca Negra en lo alto del promontorio para calcular su altura, cima de un pico erosionado, oscuro en el punto más bajo, perdido en la profundidad de los follajes húmedos cerca de un torrente nunca seco que lija las piedras y las transforma en guijarros, en lajas planas que, de tan lisas y duras, hay quien calienta al fuego para usarlas como un horno. La Roca Negra es una guardiana en ruinas erizada de murallas, de escaleras sin destino, de bastiones derrumbados convertidos en balcones sobre la nada, sobre la vertiginosa vertical del acantilado, todos ellos faros sin luces. Los tallos de la hiedra, las espinas de las zarzas se agarran a los muros, retienen las últimas huellas de las construcciones; una bóveda de medio punto, reforzada en la parte posterior por los desprendimientos, ilumina con sus restos la muerte de la ciudadela, una vez más ha dejado el fusil contra una roca al alcance de la mano, la mochila junto al fusil. El sudor ha oscurecido la parte delantera de su chaqueta con dos largas manchas, dos lenguas negras de puro esfuerzo, bebe agua del torrente con la cantimplora; ella sigue viva, febril de frío.

Pasado mañana podrías estar en la frontera, el camino sube hasta la quebrada, acaso en ese lado habrá soldados, acaso en el otro, la frontera no significa gran cosa, una raya entre dos formas de infortunio,

un salto de línea,

un salto,

eso supondrá sin duda el adiós al fusil,

a los cartuchos,

puede que incluso al cuchillo, al morral gris, a la chaqueta, a las botas, al olor a mierda,

al odio,

desnudo como delante del Padre.

Amontona los recuerdos, las ramas secas y las piñas de pino en una gran pila, en un rincón entre dos paredes,

amontonas,

fuera del agua las truchas son relámpagos, azogue en el sol,

tu padre las atrapaba así, furtivo, en primavera, cuando remolinean entre las piedras y comen larvas del suelo suelto del río, a mano, a dos manos y muy atento a no proyectar la sombra sobre el pez, la sombra que te traiciona, el sol ciega a las truchas con sus reflejos, atraparlas con firmeza lanzarlas hacia la orilla, brillaban como peces voladores, en el aire, luego se debatían en la hierba; tu padre se servía de un trapo sucio para agarrar el pez a pesar de la mucosidad, y de un golpe fuerte contra el tronco de un árbol lo noqueaba, de la cabeza le goteaba sangre, los peces tenían poca sangre, su carne era rosa o blanca y sangraban poco, mucho menos que otras bestias, y el movimiento del brazo de tu padre con la trucha en la mano tenía la misma fuerza, la misma velocidad que su gesto cuando te daba un buen guantazo que te tiraba al suelo con la mitad de la cara ardiendo, la oreja enrojecida, el ojo lloroso: la trucha ya no volvía a moverse pero tú te levantabas casi al momento con la mano en la mejilla. En primavera los ríos que bajan de la montaña son generosos,

has pescado cuatro hermosas truchas,

las has vaciado con el cuchillo,

Señor, gracias, Señor, tú que nos provees de todas las cosas, Señor, tú que con tu sangre nos redimiste.

La ascensión de la Roca ha sido empinada y larga, ha tenido que circundar el pico y subirlo por la sombra, pero luego, ya en la cima, en las ruinas, uno se siente protegido, rodeado; ha decidido encender un fuego con ramas secas y piñas, de día resulta imperceptible, solo podría verse la columna de humo, pero desde tan lejos es casi imposible; en la pequeña planicie alrededor de las ruinas crecen brezos y asfódelos; las clemátides cubiertas de flores trepan como niñas a los árboles; el romero de pétalos blancos y azules avanza vertiginosamente por la pendiente, junto con los zarcillos y los retoños de aliso, al borde del abismo como para zambullirse. El asno se ha

centrado en la hierba de pollo del promontorio, en el diente de perro que hay en los alrededores del arroyo donde ha estado un buen rato bebiendo; resoplando, gruñendo, deteniéndose a veces en la pendiente, meciendo el cuello como un camello, ha conseguido trepar la cuesta de la Roca Negra; él lo miraba y se preguntaba si no acabaría desfalleciendo, pero no, ha logrado aguantar, lo mismo que la mujer subida a su lomo, también ha logrado aguantar, a veces ha tenido que bajarse, avanzaba apoyada en el asno como en un bastón para no poner la pierna en el suelo, la pierna de la férula; él llevaba el fusil el morral la mochila y el asno el resto, la hojalata el equipaje de la mujer la albarda transformada en silla de montar y cada hora que pasaba, cada hondonada que atravesaban el asno tuerto estaba a punto de tropezar, de despeñarse, cargaba a su dueña con un impulso desesperado, el ojo ciego con destellos blancos y negros de fuerza y de esperanza, y la mujer le hablaba al oído, lo acariciaba, lo animaba, le iba dando un pastelito en cada parada y luego un poco de agua, y el asno avanzaba,

tú también sudabas al subir, con el arma al hombro observabas al asno y a la mujer agarrada a él, apoyándose en la pierna derecha, tratando de no poner el pie izquierdo en el suelo, y esa muleta con patas, gris y peluda y de mirada tuerta lanzaba un largo bramido cada vez que el recodo se volvía demasiado empinado o las piedras en el camino eran demasiado grandes,

tú ibas recogiendo piñas del suelo y te las guardabas en el morral, junto con los pescados muertos; también avanzabas con un manojo de brezo bajo el brazo izquierdo.

Una vez en la cima de la Roca Negra, la mujer se ha sentado exhausta con la espalda contra una pared, la pierna extendida y lágrimas en los ojos de tanto dolor; él ha hecho el fuego en un rincón al abrigo, allí ha colocado las piedras, las ramas y las piñas de pino; luego, arma en mano, ha inspeccionado las ruinas, le ha dado la vuelta a la minúscula meseta en busca de rastros recientes; no ha encontrado nada, ni casquillos, ni restos de fuego, ni desechos. Solo ha asustado a un cuervo que ha salido volando entre graznidos a reunirse con sus semejantes. Se ha acercado al escarpe norte, vertiginoso; de

pronto el cielo ya no es tan clemente, hay cúmulos de nubes algodonosas que remontan el valle desde el mar; pronto la niebla se les habrá echado encima. Imagina a las gentes de otros tiempos refugiándose aquí arriba, de otras épocas, tal vez de otras lenguas, de otras creencias, observando como hace él ahora la llegada de los enemigos por el valle; el enemigo es lo único cierto. Allá a lo lejos, sobre una montaña, en dirección a la frontera, da vueltas un buitre; es un trazo minúsculo y negro que sobrevuela alguna carroña –hombre, caballo, oveja– que los lobos han tenido a bien dejarle. Una víctima de una escaramuza cerca de la frontera, un animal despeñado de una roca; el viento barre el valle y asciende hasta él y lo nota en los hombros y contra la cara. El mar no está más que a unos cuarenta kilómetros a vuelo de pájaro y él tiene la impresión de hallarse en otro mundo. De momento han tenido la fortuna de no toparse con nadie durante los dos días de camino en la montaña, ni soldados, ni refugiados, ni desertores. Nada.

El peligro estaba en el camino de la costa,

la montaña es tranquila,

en tiempos de guerra los campesinos se esconden, temen por su ganado, por sus mujeres, por sus cosechas,

por sus secretos y sus pozos,

la montaña está en calma, ni el ruido de un motor, ni un camión, ni el disparo de un obús, ni un solo tiro desde que salieron de la cabaña para subir hacia el norte, ni un solo tiro aparte de los suyos para abatir una liebre y dos palomas, si alguien los ha oído qué importa. En la Roca Negra, entre las torres de vigilancia derrumbadas, dentro de esas murallas derruidas que vomitan sus piedras rojas y blancas en empinados montones, en lo alto de esa pequeña cumbre, están a salvo.

Ella no logra sentirse protegida, ni siquiera en el corazón de una fortaleza perdida en la cima de un pico vertiginoso, el hombre sigue estando ahí, su cuchillo y su fusil, es tanto lo que ha hecho sufrir,

por qué a mí no, me lleva consigo como promesa de un placer futuro,

como quien carga con sus posesiones y las protege y las vigila, pero qué habría sido de mí sin el asno y sin él, a su manera me ha curado, me ha perdonado la vida, sabe que le pertenezco,

hace un rato ella se ha bañado en el arroyo, ha encontrado un lugar hondo, una hondonada en el arroyo donde cubría un poco, se ha sentado en la delicia de hielo del torrente, el hombre estaba lejos, aguas abajo, pescando, ella se ha quitado toda la ropa, desnuda, no se ha dejado más que la férula que él le ha hecho, renqueante se ha sentado en el agua que le llegaba hasta los hombros, la corriente le acariciaba la nuca, veía sus muslos en el agua, su vientre blanco, la franja negra de su pubis, todo moviéndose en blanco y negro a merced de la corriente, su pecho estriado de equimosis, el agua estaba absolutamente helada, ella ha sumergido la cabeza, se ha sumergido por completo, temblando, castañeteando los dientes, se ha dado por vencida, se ha deslizado, se ha arrastrado hasta una gran roca donde daba el sol de pleno, se ha acostado boca arriba, la cálida roca rezumaba sol; su vientre y su pecho reflejaban el sol; a su alrededor todo murmullaba lejano, deslumbrada ha cerrado los ojos, allí al sol sobre la roca tibia no había peligro alguno: el hombre, a lo lejos, en sus tareas de hombre, ella vestida de sol y de pudor, quisiera alcanzar el descanso y la confianza, librarse del miedo y la mácula, de las imágenes, de las visiones, las miradas, las risas, los escupitajos, la vergüenza, de todo ello le gustaría librarse, de unos recuerdos que quisiera ver disolverse en la luz, borrarse con el calor, por fin,

qué voy a hacer yo más allá de la frontera, no conozco a nadie, no sé los nombres, acaso más allá de la frontera me devolverán a mí misma, acaso borrarán mis heridas,

busco un lugar para curarme, un lugar de curación, un lugar de olvido.

Con el cuerpo aún molido, con dolor en cada gesto, tumbada al sol boca arriba observa el escarpe de la Roca Negra, allá arriba dan vueltas el cuervo y el buitre, allá arriba podrán hacer fuego y descansar a salvo, si Dios quiere, se pasa la mano por la cabeza rapada, el pelo apenas le ha crecido un centímetro, notarse el pelo tan corto le da ganas de llorar, la devuelve a la vergüenza y al dolor del

vía crucis por el pueblo a escupitajos, desnudada por el enemigo la mano izquierda entre las piernas para taparse el sexo la mano derecha agarrándose el hombro izquierdo para taparse los senos sintiendo fluir la mierda a lo largo de su muslo desnudo, sintiendo el hormigueo de la mierda en el interior de la rodilla, chorreando hasta el tobillo, eran tres las que avanzaban por la calle mayor del pueblo ante los ojos de los vecinos, de los compañeros del colegio, y nadie apartaba la mirada, nadie miró a otro lado mientras las esquilaban, mientras les daban de beber aceite, mientras las desvestían, nadie miraba a otro lado, todos reían, los hombres las toqueteaban como si fueran cosas, les agarraban las tetas, les golpeaban en las nalgas con bastones y a ellas no les quedaban lágrimas, se acuerda del sonido de la máquina esquiladora, es el sonido de un insecto, el ruido monstruoso de un insecto que te tira ligeramente del pelo y el pelo cae, porque no estaban de su lado, no eran de su mundo, porque habían sido derrotadas sin serlo, vencidas sin haber luchado, sin ningún otro deshonor, les arrancaron las camisas de uniforme que llevaban, las golpearon, les dieron de beber aceite, las hicieron desfilar como a cosas repugnantes, como a perras o aún peor, como a cerdas, como a ovejas después del esquileo, y la mierda chorreaba de ellas como la vergüenza, sin contención, terribles lágrimas de mierda goteando en los zapatos que les habían dejado entre risas, y a cada paso risas e insultos y a través de esas risas y esas burlas les robaban sus cuerpos y todo su ser y las madres no les tapaban los ojos a los niños, y los niños se reían, era tan gracioso ver a esas mujeres pasar por la panadería todas desnudas y cagándose encima, y los jóvenes las acosaban a bastonazos en las nalgas, se notaba que a pesar de la mierda y la miseria estaban excitados, excitados por los senos y los pubis, fustigándoles los muslos, las manos, para ver mejor lo que escondían, y una vez que hubieron atravesado la calle mayor del pueblo las encerraron en un corral contiguo a un granero chamuscado diciéndoles que iban a volver para lavarlas con un chorro como las bestias que eran, que las estaban purgando para mejor inseminarlas con buena simiente, que las estaban purgando del mal que llevaban dentro para luego llenar con esperma del bueno sus matrices de bichos

gimientes, que habían encontrado a un montón de voluntarios para salvar la Patria y la Raza, y las arrojaron sobre la paja del corral, encerradas, desnudas y apestando a estiércol, el rostro desgarrado de lágrimas negras,

ni todo el sol del mundo podría devolverme mi cuerpo, ni la fuerza del relámpago, ni el resplandor de la primavera, ni los ríos me devolverán la pureza,

ignoro si la mancha de la vileza crece en mi vientre,

esa Roca tan Negra no es más que un alto en el camino del mal.

El asno está en la orilla pastando hierba húmeda, sigue inquieto, gruñe, pero me llevará hasta la ciudadela en la cima del pico, luego me llevará a la frontera, luego hasta dónde, mañana cumplo diecinueve años, nadie lo sabe, en la guerra nadie cumple diecinueve años, en la guerra todo el mundo tiene más de cien años, dónde está el hombre del fusil, voy a vestirme antes de que vuelva,

abandona con pesar la roca plana y el sol; cojea hasta sus ropas y se las pone. El asno le da un golpecito con la testuz, su frente entre los senos de ella, y ella sonríe y le acaricia tiernamente el cuello, él se frota contra ella, ella lo rasca entre las orejas, él gruñe de placer. Ella se sienta para apretar los nudos de la férula, jirones de tela cortada que el agua ha aflojado. El hijo del herrero es un bruto torturador que sabe arreglar sus juguetes.

Él ha remontado el río por la orilla, con cautela, entre las sombras, las truchas atisban el peligro incluso fuera del agua, tienen buena vista, comprenden el movimiento de los depredadores, de los pescadores, hay que ser cauteloso para atraparlas con las manos, tres, ya ha apresado tres, si fallas se esconden bajo las rocas y hay que hacerlas salir, remonta el río lo más silenciosamente que puede: de repente identifica el destello de la mujer desnuda sobre la piedra, vuelve la cabeza; se tumba en la hierba, por vergüenza, por pudor, ahora levanta la cara, la mujer está aguas arriba con las piernas juntas y un brazo bajo la cabeza, sueña mirando al cielo, su piel posee la blancura de la leche, las puntas de sus senos contrastan con la areola oscura, pistilo único de una flor cegadora; el cuerpo de la mujer reluce de agua del arroyo, su pelo tan corto y tan negro todavía le torna más

blanco el rostro, por contraste; habrá ella sentido su presencia, ha posado la mano plana sobre la parte superior del pubis como para disimular la tenue sombra. Él se recuerda acariciando ese cuerpo agonizante en la cabaña, ese cuerpo lechoso en el que percibe, más a cada instante, un magnético poder. La ha contemplado un buen rato como quien observa un insecto en la hierba, un pájaro en una rama; ha esperado a que se levantara, a que su silueta apareciese completa en la luz, su pecho de perfil tan pleno, sus nalgas redondas, la ha visto dando saltitos hasta su ropa, verla vestirse lo ha conmovido aún más que su desnudez, la ternura de la tela que acaricia como un salmo,

un cuerpo que ya no es como los demás, que quieres ajeno a todo sufrimiento, exento de dolor,

vuelve a tus peces, vuelve al río,

acaba de ver una trucha en el fondo, un claro arenoso entre las piedras, gira sobre sí misma luego se queda quieta, la aleta en la corriente, es como verde con manchas negras, la tiene a su alcance, sabe que va a estar resbaladiza, que hay que apuntar, tratar de plantar una mano sobre la parte superior, lejos hacia la cabeza mientras que la otra se une a ella por debajo, el pulgar se hunde rápidamente en la agalla, su único asidero, el dedo índice también, en la blandura cortante de la agalla, agarrar con la otra mano el vientre resbaladizo de moco y sin pensárselo dos veces sacar la trucha fuera del agua, arrancársela al río, una vez al aire ya no pesa nada, se debate, brilla como un oscuro diamante al sol, su piel parece más clara, más manchada, da algunos coletazos, se desliza, él hace retroceder un poco la mano para evitar la aleta dorsal y con un gesto inmenso, con un gesto que es el universo entero, lanzándole un falso grito a la montaña, aplasta la cabeza del pez contra la corteza de un pino.

Ha encendido un fuego en el rincón de un muro derrumbado, un muro de mampuestos bicolores, rojos y blancos, mampuestos o ladrillos de otros tiempos, no lo sabe; las piñas han prendido enseguida, luego las ramas, el calor de las llamas turba el aire, dibuja ondas en el sol, despide chispas hacia los cielos, crujidos,

el fuego siempre te ha gustado, el fuego, el incendio, el calor, como a las salamandras y a los escorpiones,

ha puesto unas piedras planas sobre las llamas, cuando estén bien calientes colocará encima las truchas, se siente feliz de alimentar a la mujer, de acompañarla hacia la frontera, adónde exactamente no lo sabe, ella es salvaje como un animal salvaje, le sorprenden su fuerza y determinación, esa voluntad tan poderosa que se desprende de su curación, de su capacidad de caminar hasta aquí, cuanto más la mira más le gusta mirarla,

también te gustaría escucharla pero ella no habla,

la has oído canturreando algo, una vez, por el camino, sentada encima del asno,

cantaba una canción al oído del asno,

cantaba una canción de niña pequeña en la inmensa oreja peluda del asno, llevada por breves incandescencias de alegría, por momentos cantaba para el asno, se sentía cerca de su liberación, la frontera se acerca,

ella comprende que la frontera es una especie de eclosión,

de pasaje y transformación,

sé que muy pronto estaré lejos y que solo me quedará el recuerdo del dolor, la cicatriz, en la pierna, en mí la fuerza del rayo, su poder, un incendio interior,

pegada a ese muro antiguo, contempla elevarse el fuego, al hombre

agitarse ante el fuego, ha dejado su arma a unos metros de allí, enfrente de ella, en el otro rincón de esa estancia ruinosa, siempre deja la culata abierta pero en el cargador hay munición, ella sabe cómo usar esa arma,

si actúo con la suficiente rapidez podría alcanzar el fusil, accionar dos veces el mecanismo de armamento y dispararle por la espalda, a esta distancia le daré y se derrumbará sobre las llamas, agonizará gritando, y su pelo arderá, y su horrible chaqueta de uniforme arderá, sus ojos acabarán explotando como los de los corderos al asarlos y dejará de gritar, agitado por una última convulsión previa a la quietud postrera.

XXIV

Después del muy documentado panegírico de aquel Isidro Baza, el amigo de Paul del que no sabíamos nada o casi nada, tomó la palabra Robert Kant, quien volvió sobre su descubrimiento de *Las conjeturas* y su publicación de la traducción del teorema de los primos gemelos, que él llamó «el teorema de Heudeber». Esa demostración la descubrió todo el mundo, sostenía Kant, gracias a un artículo mío publicado en el *Journal of Mathematics*. Heudeber había seguido los pasos de Emmy Noether; había utilizado herramientas de análisis complejo para demostrar la infinitud de los números primos gemelos, pero alejándose de Riemann. En una carta a André Weil, Heudeber escribe: *la función ζ(x) es como un sol, nos ciega, todo lo absorbe*. Él quería mirar más allá del sol. Y tenía razón. Cuando un amigo me envió la primera edición de *Las conjeturas*, en aquel papel de mala calidad de la Akademie Verlag de la época y con aquella portada tan sobria, yo no podía creer lo que veían mis ojos; en aquellos tiempos la información científica tardaba en recorrer el planeta; corría el rumor de que un joven alemán había demostrado la infinitud de los números primos gemelos, además de haber obtenido muchos otros resultados tanto en teoría de los números como en análisis complejo, pero que esos trabajos eran como filones en una mina profunda, pues se hallaban enterrados en medio de consideraciones literarias superfluas: por lo tanto, cuando yo abro *Las conjeturas,* se trata de unas investigaciones que aún no ha leído nadie. Y yo me pregunto qué es lo que estoy leyendo, una especie de poema, un relato autobiográfico en el que las investigaciones matemáticas no llegan sino muy tarde, después de cincuenta páginas (ciertamente apasionantes) de consideraciones diversas donde las matemáticas tienen un papel marginal. Por eso decidí traducir y publicar (después de haber escrito a Paul para preguntarle si me

autorizaba, por supuesto; ese fue nuestro primer intercambio epistolar, datado en 1948-1949) primero el tercer capítulo. Y digo traducir, porque quería que el mundo pudiera leer los textos poéticos de Paul en torno a su hermoso lenguaje formal, que prácticamente no necesitaba traducción. Todos ustedes conocen el inmenso éxito de esa publicación, así como su lado perturbador para los matemáticos, en general bastante poco acostumbrados a leer literatura; hoy en día Heudeber es considerado un matemático excepcional. Un pedazo de la historia del siglo XX.

Antes, profesor Baza, le escuchaba hablar de la *hermosa existencia de Paul Heudeber* y de cómo adquiere todo su sentido con su muerte; y yo, por mi parte, tengo la impresión de que es casi al revés, que la muerte de Heudeber lo enturbia todo, que no cierra nada, que todo lo prolonga, como una puerta que se abre de golpe: el mes de noviembre de 1995 fue un mes de estupor, de un miedo terrible. En Bosnia la guerra llega a su fin; Radovan Karadžić y Ratko Mladić son acusados de genocidio; Israel está en shock después del asesinato de Isaac Rabin; el matemático Paul Heudeber muere ahogado a la edad de setenta y siete años. Recuerdo aquella página del *Times*, aquella necrológica escrita deprisa y corriendo por un plumífero para quien Heudeber era ante todo un turiferario de la Alemania del Este, un escritor-matemático deportado y comunista que no estaba claro si se había suicidado o no. Suicidado o no, eso era lo que importaba en aquel artículo, eso y el regusto de misterio que lo acompañaba: ¿había seguido Paul Heudeber el camino de Jean Améry o de Primo Levi? Disculpen ustedes, pero lo que me pareció más detestable de la polémica que siguió a la muerte de Heudeber fue pensar que todos los deportados habían vivido lo mismo, que a todos se les podía adjudicar el mismo humor depresivo, la misma tendencia al suicidio. Buchenwald no es Auschwitz. La vida de Paul Heudeber como deportado no es la de Améry. Hay muchos deportados que sufrieron, que siguen sufriendo, y no se suicidan. Supongamos por un momento, recalcó Kant, que en efecto se suicidó. *Supongámoslo*, como habría hecho él mismo en un razonamiento matemático. ¿Qué luz arrojaría ese suicidio sobre su existencia? ¿Acaso significaría que estaba

vencido, que puso fin a su vida porque se encontraba en un callejón sin salida vital? ¿Qué importancia podría tener *el mundo* en ese momento, tan solitario como íntimo?

Me resultaba difícil seguir escuchando a Robert Kant. En la pantalla de televisión colgada de un brazo articulado en el salón de baile del Beethoven, las Torres Gemelas caían una y otra vez, los aviones se estrellaban contra ellas desde ángulos diferentes; en la parte inferior de la pantalla había una franja azul con las letras rojas de CNN Live, y por debajo pasaba la cotización de la Bolsa, la hora, *Breaking News: George Bush llega a Washington*, y la pantalla mostraba imágenes de las calles de Nueva York cubiertas de polvo y del Pentágono en llamas, y yo escuchaba a medias la respuesta de aquel Baza, *pero es que el suicidio de Paul Heudeber estaría mostrando precisamente un rechazo total y absoluto del mundo en que vivimos, lo cual trasladaría toda la existencia de Heudeber a otra dimensión, como una traslación totalmente consciente de su trayectoria vital hacia «otro lugar»*. La emoción, puede que incluso tanto como su parálisis facial, le hacía balbucear; yo observaba a Robert Kant, que alzaba la mirada al cielo un tanto indignado por el discurso de Baza. Curiosamente, tomó la palabra entonces la joven Alma Sejdić, y a mí no me disgustó que consiguiera abrirse paso a codazos en aquella batalla de vejestorios.

Ella no llegó a conocer nunca a Paul Heudeber, había llegado de Bosnia en 1994, hacía siete años, decía, poco antes de la muerte de Heudeber, y *Las conjeturas de Buchenwald* las leyó mientras estaba estudiando porque, al inicio de un curso dedicado al teorema de Heudeber, su profesor de análisis complejo les explicó rápidamente que *Las conjeturas* eran un absoluto misterio matemático y literario, que revelaban a la vez la poesía y *la música secreta de las matemáticas*, y Alma Sejdić quedó seducida por esa música secreta, se fue enseguida a la biblioteca a sacar en préstamo aquel libro misterioso, decía, y descubrió un texto muy diferente del que había imaginado, semejante compendio de dolor y de soledad, decía Alma Sejdić, que hasta las matemáticas devenían materia gélida como las estrellas, materia lisa y dura, y esa violenta soledad de la tortura y del abandono, esa ausencia casi absoluta de amor, aparte de aquel punto exterior que brilla como

Sirius y cuyo espectro resuena en todo el plano complejo, *aquel punto exterior que es esa mujer inalcanzable*, decía Alma Sejdić, ese aterrador enclaustramiento bajo los golpes, me recordaba lo que yo misma había experimentado durante la guerra (entonces miró al lógico exyugoslavo a los ojos, quien meneaba la cabeza con viril compasión) y me valió varios días de lágrimas: gracias a *Las conjeturas* pude mirar mi trauma a la cara, se había convertido en un objeto analizable, exterior, e inmediatamente supe que quería seguir *esa línea de trabajo*, es decir, un trabajo literario, una línea de trabajo en esa rama particular de las matemáticas que es la literatura, y más concretamente la poesía, que es el álgebra de la literatura.

Alma Sejdić había logrado hacer sonreír a todos los presentes, tenía el mismo don que Paul, el don de la imaginación, de la visión imaginaria, y yo fui presa de una inmensa ternura por aquella joven de treinta años que había escapado de la violencia y, como Isidro Baza, había perseverado en las matemáticas gracias a Paul, a las huellas dejadas por Paul; también a mí me habían formado y transformado esas mismas huellas, y aún hoy, veinte años después de aquella catástrofe, cuando tienen lugar otras catástrofes, cuando Irak ha ardido en llamas, cuando Siria ha sido arrasada, cuando la guerra vuelve a los límites de Europa, me imagino a Nasiruddin Tusi reflexionando sobre los números irracionales después de haber visto Bagdad y Alamut en llamas, después de haber visto crecer las pirámides de cráneos en Bagdad: hay valores que no pueden expresarse como una relación entre dos magnitudes, y son incontables. Ser historiadora de las matemáticas era continuar, como tan bien decía Alma Sejdić, con *esa línea de trabajo*, el relato, la poesía y las matemáticas: Nasiruddin Tusi era teólogo, filósofo y astrónomo; desde su observatorio, describía el movimiento de los astros, la complejidad de sus órbitas. Hallaba a Dios en la elíptica, veía a Dios en el clinamen entre las esferas y el juego musical de los planetas. Omar Jayam exploraba el *jabr* y las raíces positivas de los polinomios de grado tres gracias a las cónicas, en la intersección de hipérboles o parábolas; también Jayam era poeta, poco después de haber explorado las soluciones de $a \times 3 = b \times 2 + c$, había escrito:

Mira esos follajes que rocían
con sus lágrimas las nubes
Bebe el vino color de rosa,
porque así viven los sabios.
Hoy en día esa vegetación
hace la gloria de nuestras miradas:
¿Qué ojos encantará más tarde,
la de nuestras sepulturas?

Camino, paso
Cuento uno cada número primo de pasos
Cuento uno
Calculo $\pi(x)$ por x pasos
Camino, paso
Cuento $\pi(x)$ por x días
Euler camina conmigo
Busco la más pequeña de las potencias del infinito
El nombre de la última finitud está a mi alrededor
Sé el salto que existe
Entre la última cosa finita y la primera infinitud
La suma de los inversos de los números elevados a la potencia n
El infinito en la finitud
Camino
Añado lo infinitamente pequeño
Me derrumbo
Camino
Añado un fragmento de infinitamente pequeño
Añado hasta tocar el techo
Camino en el encierro
La serie de los inversos de los números primos elevados a la potencia n avanza en el encierro
Camino, paso
Los pasos convergen;
Los pasos convergen y todo tiende a la nada
Camino, paso
Cuento detrás de la coma de la nada un número primo de pasos
Cuento los muertos

Cuento los vivos
Camino, paso
No hay nadie en los números
No hay nada en las cuentas
Nada en la parte real
Nada en los enteros
Y cada segundo de mi vida
(Singularidad compleja)
Está en la lengua del dolor
Parte imaginaria,
Camino, paso
Golpes
Cuento los golpes
Cuento uno por cada número primo de muertos.

(Paul Heudeber, *Las conjeturas del Ettersberg*, segunda conjetura, corolario uno, «Contar»)

El 11 de septiembre de 2001, cuando la violencia había sacudido, como se propagan las ondas sobre el agua, el barco Beethoven amarrado frente a la isla de los Pavos Reales, una vez que, a eso de las nueve de la noche, todos a su pesar (el desencadenamiento de la violencia en Estados Unidos en la pantalla de nuestra televisión y la suspensión de nuestro coloquio nos habían vuelto tan próximos a Baza, Alma Sejdić, Jürgen Thiele, el lógico exyugoslavo, los bourbakistas y a mí que ya no queríamos separarnos) habían abandonado por fin el barco, unos para subirse a su bicicleta y volver a la estación de Nikolassee, otros hacia Potsdam, y otros, como era mi caso, para dirigirse al albergue La Lechuza Blanca, a unos cientos de metros, en pos de una cena tardía e improvisada que, a pesar de la hora avanzada, Jürgen Thiele había logrado concertar con la cocina del hotel.

A medida que iban pasando las horas, advertí que los canales de información continua iban añadiendo a sus bucles nuevos ángulos y perspectivas, como si los periodistas estuvieran recorriendo Nueva York para interrogar a los turistas traumatizados: Por casualidad, esta mañana a eso de las nueve, ¿no habrá filmado usted con su videocámara el World Trade Center? Quién sabe si, tan largos como son los tentáculos del capitalismo, no serían los propios dueños de las cámaras quienes se presentaban en procesión en las oficinas de las agencias de prensa para vender a precio de oro sus imágenes más impresionantes de tristeza y barbarie.

Las torres también habían invadido el salón del restaurante de La Lechuza Blanca, por medio de un televisor que, en aquel espacio remilgado (alfombras, manteles, encajes, candelabros, camareras con delantal festoneado) tan connotado, parecía ser un túnel espacio-

temporal que unía la Prusia de Schinkel a principios del siglo XIX con una ciudad futurista presa del Apocalipsis. No me atreví a pedir que se apagara la televisión, pero sí me cuidé mucho de sentarme de espaldas a la pantalla. Por suerte, Robert Kant prefirió quedarse a bordo del Beethoven, quería acostarse y escuchar la radio, nos había dicho. Al día siguiente, Kant debía tomar un avión a Londres desde Tegel, y temía que lo cancelaran, lo cual era muy probable: todo a nuestro alrededor parecía derrumbarse al mismo tiempo que las torres.

A mí no me apetecía nada cenar a solas con Jürgen Thiele, nuestros encuentros cara a cara estaban llenos de silencios, preñados de sobreentendidos; a pesar de que siempre nos habíamos entendido bien, incluso a la perfección, nuestros cinco minutos a solas el uno con el otro, en la cubierta del barco hacía una hora, se habían revelado lo suficientemente embarazosos como para que yo prefiriera añadir otro tipo de compañía a la cena, que de todos modos no iba a ser más que una prolongación del desastre. Así que invitamos a Alma Sejdić a cenar con nosotros, y ella aceptó con gusto.

En el gran salón del restaurante de La Lechuza Blanca estábamos prácticamente solos; otra mesa, lejos de nosotros, una familia con niños, terminaba de cenar. Jürgen Thiele había apalabrado «una cena rápida», la cocina estaba a punto de cerrar; pedimos ya no recuerdo qué, lo que sí recuerdo es que tras un breve gesto de connivencia, como adolescentes ávidos de embriaguez, nos abalanzamos sobre una botella de vino blanco del Rin.

Lejos de la atmósfera de luto del Beethoven, después de una copa de vino me sentí ligeramente mareada; la tensión acumulada durante la tarde escapaba de mí en volutas arremolinadas. Jürgen Thiele me miraba sonriendo, Alma también parecía de buen humor; las columnas jónicas del salón del restaurante, las alfombras de estilo oriental, el gran ventanal curvado que daba a la oscuridad del jardín, atravesada entre dos sombras por un reflejo de luna sobre el lago, parecían tan alejados de las palabras «albergue» o «lechuza blanca» que ni aunque una rapaz nocturna del color de la nieve se hubiera posado en aquel momento sobre el hombro de Jürgen Thiele, ninguno de nosotros habría creído que podía tratarse de la mascota del lugar. Alma Sejdić

estaba un poco intimidada; Thiele la bombardeaba con preguntas sobre sus impresiones sobre aquel día funesto. Yo observaba los detalles arquitectónicos, los elementos decorativos de que Schinkel se había servido para darle a aquel salón un aspecto hierático a la vez que atemporal, rígido en su fluidez; todo fugaba hacia la rotonda y el jardín. Todo se fugaba: no había un solo ángulo recto para impedir que el edificio se precipitara hacia el exterior; las columnas, los absidiolos elípticos que estas marcaban, todas las formas tendían hacia el lago, y yo imaginaba que una pareja de bailarines de vals habría sido guiada sin darse cuenta por la arquitectura de la sala hacia la rotonda, delante de la gran bahía, o, si esta hubiera estado abierta, hacia la terraza que era un promontorio para realzar en la luz del lago vestidos de crinolina y uniformes abigarrados. Presa de la embriaguez, en una especie de danza imaginaria, estuve paseando mi mirada por el salón del restaurante de La Lechuza Blanca y ya no tenía oídos para la conversación: me licuaba, me disolvía en un líquido espeso como una alfombra. Yo estaba lejos; una pareja de bailarines daba vueltas en el centro de la elipse de la rotonda, ni dentro ni fuera, en el lugar exacto donde caía un halo de luna en el que no había reparado antes. Eran hermosos, ella era grande, más grande que su caballero, escultural, muy morena; él fino, de tez clara, extremadamente cuidadoso con ella, de una dulzura infinita; la rozaba, a veces se acercaba a ella, posaba por un momento su mejilla entre el hombro y el cuello de ella, quien entonces lo apretaba contra ella, un instante, hasta que el balanceo de la música y de sus pies los apartaba al uno del otro. También Jürgen estaba fascinado; miraba cómo danzaban y me susurraba: «Bailan la danza de la traición», y yo no entendía a qué podía referirse: ¿acaso conocía a esas personas? Es una danza yugoslava, o húngara, la danza de la traición, precisó Alma. Una danza de la verdad, de la adivinación; uno descubre mientras baila lo que el otro le ha ocultado. No hay nada que esconder, todo sale a la luz, todo es perdonado sin que nadie tenga nada que confesar, esa es la belleza de la danza de la traición.

La pareja brillaba como si ambos llevaran vestidos de lamé o salieran de un agua lustral; la luna los purificaba de toda mentira.

Alma era inagotable: la danza de la traición te protege de la vergüenza de la confesión, es una danza que hay que bailar en momentos de cambio, en tiempos difíciles.

El hombre y la mujer bailaban la danza de la traición ante mis ojos, entre ellos había más de un secreto, se abrazaban, volteaban de la sombra a la luz, entonces pensé en Paul y Maja, de quien acabábamos de despedirnos, el recuerdo de Paul, el cuerpo de Maja, imaginé la danza de la traición de ellos dos; el Berlín de Schinkel se mezclaba con el nuestro, salvaje e incierto; yo sentía, veía, vislumbraba una verdad, un secreto que se elevaba entre mi padre y mi madre, era yo la que debía bailar la danza de la traición, entre mi madre y yo había un río, una roca, una isla, la pareja dejó de bailar, permanecían inmóviles uno frente al otro, Jürgen Thiele me llamó por mi nombre, Irina, Irina te has adormilado, y abrí los ojos, avergonzada de haberme quedado dormida en la mesa, avergonzada de que fuese delante de ellos.

Linden S. Pawley
Samsonville-Kerhonkson Road
1246 Samsonville, NY

Irina Heudeber
Schlossstrasse 26
12163 Berlín
Germany

Samsonville, 27 de mayo de 2012

Mi muy querida Irina:

No hemos vuelto a vernos desde hace más de diez años, desde aquel fatídico día de 2001 y el pavor que vino después; recordarás lo que sucedió y cómo aquella aterradora catástrofe quebró mi familia; no hace tanto tiempo habría escrito «destruyó mi familia», lo cual tal vez demuestre que estoy mejor o que una parte de esa familia ha logrado sobrevivir.

Ahora Nelly y yo vivimos como ermitaños, solos en las lindes de estas montañas donde podemos seguir convenciéndonos de que vivimos cerca de Nueva York, ciudad a la que en realidad no vamos nunca.

Hace unos días viajé al Bryn Mawr College, a dos pasos de Filadelfia; deseaba recogerme junto a la tumba de Emmy Noether, en el claustro de la antigua biblioteca. Por supuesto, pensé mucho en Paul, y por tanto en Maja. Lamento mi breve, mi brevísima carta cuando Maja falleció. Hasta hoy no he reunido las fuerzas necesarias –el valor– para escribirte más extensamente, y sin duda el viaje a Bryn

Mawr y los minutos que pasé delante de aquella placa tan sencilla que, bajo los arcos de piedra, recubre los huesos de Emmy Noether, han tenido su parte en ello: por mucho que hoy mi obra sea celebrada en todo el mundo, no me llevaré a la tumba gloria alguna. No más que Emmy Noether, no más que Paul Heudeber. Pero ante tus ojos sí puedo ganarme parte de esa gloria.

Cuando Maja murió, no logré reunir el valor para afrontar estos recuerdos; ahora que mi vida se acerca a su fin, quisiera compartirlos contigo, querida Irina; los secretos uno nunca los transmite, desaparecen con quienes los guardan. Por una vez, quisiera que tú heredaras estos.

Entre 1964 y 1966, cuando estuve viviendo en Alemania, tu madre y yo estuvimos muy unidos. Vivíamos prácticamente juntos, entre Bonn y Gotinga. Maja tenía cuarenta y seis años, yo cuarenta y dos. Paul ya no salía de Berlín Este. Apenas si salía de su apartamento. Nunca hablábamos de él. Yo no me atrevía a *pensar* en Paul, en el Paul real. Cada día, o casi, Maja recibía una carta de Berlín. Cada día ella sonreía a la carta como si tuviera a Paul delante, se la guardaba en el bolso y la leía más tarde, cuando estaba sola. En cambio de ti, Irina, sí que hablaba mucho; hablaba de tus brillantes estudios, de tu internado, de las visitas que te hacía en vacaciones, cuando repartías el tiempo entre casa de tu padre en Berlín y de tu madre en Bonn o en Steglitz; yo tenía la impresión de conocerte. A Maja siempre le dio un miedo irracional que te consideraran una ciudadana de la Alemania del Este y no te dejaran volver al Oeste.

En la RFA, fueron los años del auge económico, la libertad y la pasión. Mi residencia de investigación resultó increíblemente fructífera. Estaba tratando de demostrar la tercera de *Las conjeturas del Ettersberg* de Paul, y antes de marcharme de Alemania lo logré. Fue esa publicación, en 1967, la que me valió premios y numerosos elogios. Yo intentaba no pensar en Paul, pero seguía sus pasos y pretendía resolver el problema que él había planteado treinta años antes, la intuición que había tenido. No pensaba en Paul, pero daba continuidad a su pensamiento matemático, tan poderoso, en los brazos de la mujer que él amaba. Paul era un genio triste. Los soñadores

como Paul, los constructores de sueños inmensos son siempre tristes. Nuestro mundo no está hecho para ellos.

Aquellos dos años con Maja fueron los más luminosos de mi vida. Todo cuanto Maja tocaba, incluso con la mirada, quedaba encantado. Tenía tal aura, tal magia; todos aquellos políticos a su alrededor estaban sometidos a su hechizo. Era muy libre. Esa libertad era fascinante. La amábamos por esa libertad e inmediatamente deseábamos privarla de ella, encerrarla por amor. El único que lo entendió fue Paul. Él no se empeñaba en estar cerca de ella. Vivir cerca de Maja era sufrir el infierno de los celos. Vivir cerca de Maja era preguntarse a cada instante en brazos de quién la ibas a perder. En 1965 ya estábamos talluditos, no éramos ningunos niños, muy al contrario, y sin embargo cada día me preguntaba: ¿Quién es ese hombre elegante que habla con ella de pie en medio del restaurante? ¿Quién es ese extraño, como yo, cuyo acento le ha parecido tan sugestivo? ¿Quién es ese estudiante que la mira como un icono milagroso llorando de repente el óleo santo, con infinita sorpresa y devoción absoluta? Me veía en el espejo y me preguntaba: ¿Qué encuentra en mí? Va a dejarme, mi elegancia deja mucho que desear. Va a dejarme, mi alemán deja mucho que desear. Va a dejarme, mi inteligencia deja mucho que desear. Va a dejarme, no soy más que un matemático americano. Va a dejarme, mi cuerpo se vuelve fofo. Va a dejarme, no soy Paul Heudeber.

Maja me inspiró. Tenía que estar a la altura. Nunca le estaré lo suficientemente agradecido, esa pasión celosa me llevó a superarme. Estaba más en forma de lo que nunca he estado. Hacía pesas. Salía a correr. Llevaba un fular de seda roja o un plastrón naranja. Gafas de sol. Un fino bigote. Conducía un precioso Ford Taunus «bañera», a veces Maja se dignaba a subir y la llevaba de paseo. A veces me paseaba solo. Trataba de no parecer un profesor de matemáticas. Cualquier cosa menos eso. ¡Soy neoyorquino, qué diablos! No un pitagorín con gafas. No. *Todo a lo grande.*[1] Quería olvidar mis cuarenta y dos años. En aquella época, la situación de las mujeres alemanas era muy diferente, Maja era una excepción: madre soltera, emparejada oficialmente sin estar casada, militante por los derechos

de las mujeres, próxima a Willy Brandt desde 1957, viviendo entre Bonn y Berlín Oeste, antiguo miembro de la Resistencia que se pasó toda la guerra en la clandestinidad en Bélgica; era absolutamente fascinante para un país donde, en 1964, la canción candidata a la Eurovisión se titulaba «Es tan fácil acostumbrarse a las cosas bonitas», y su estribillo decía:

Amor, amor, qué juego tan bello
Siempre, siempre, ese sabor a poco.

A Maja esa canción le encantaba.

Era el boom económico, Alemania importaba trabajadores portugueses por cientos de miles.

Paul Heudeber me tenía obsesionado. Si estaba tan enamorado de Maja era porque detrás de ella estaba la sombra de ese Paul Heudeber a quien yo, más allá de sus textos y sus investigaciones, no había conocido. La locura Paul Heudeber. La obsesión Paul Heudeber. Recuerdo perfectamente la primera vez que leí *Las conjeturas del Ettersberg* en la traducción parcial que publicó ese pobre Kant en 1948 en el *Quarterly Journal of Mathematics* de Oxford. (Digo pobre Kant porque carece absoluta, total, terriblemente de genio, es un tonto feliz). Kant había traducido y comentado la demostración de Paul de la conjetura de la infinitud de los primos gemelos, que este dedicó a Emmy Noether. Lo raro fue que no la publicase el propio Paul, aparte de en ese libro inclasificable que es *Las conjeturas*. Por supuesto, él no necesitaba para nada a ese parásito de Kant. So pretexto de haberla traducido (porque es cierto, están los poemas sobre la fuerza de la gemelidad y sobre el infinito de los infinitos, así como el magnífico texto sobre los números enteros, todo ello fundamental para el desarrollo matemático), Kant simple y llanamente firmaba la demostración de Paul y se apropiaba de una parte del prestigio de tan increíble hallazgo. Kant construyó toda su carrera sobre las investigaciones de Paul.

La fuerza, la elegancia implacable, la formidable simplicidad de la escritura matemática de Paul, la claridad de su razonamiento, te

daban ganas de llorar. De felicidad, pero en mi caso también de envidia. Yo en 1948 tenía veintiséis años. Había empezado una tesis en teoría de números. Lo dejé todo. Paul Heudeber abandonó la teoría de los números después de *Las conjeturas*. Viró hacia la topología en esta frase, la última de *Las conjeturas*: «¿Cómo podemos olvidar que las estrellas son números enteros? ¡Qué negrura, el Universo que las contiene!». Yo me imaginaba a Paul en Buchenwald, en el Ettersberg, bajo el cielo uniforme de Turingia, buscando las estrellas en los números, en su cabeza, en la fuerza de su espíritu que resistía frente a todo, frente al encierro, frente al dolor, frente al miedo. Los cielos matemáticos de Paul luchaban contra la violencia. Yo tenía Nueva York, de acuerdo, tenía toda la biblioteca de Columbia, los cafés del Village, los clubes de Harlem, y mi pensamiento no llegaba ni a la décima parte del de Paul Heudeber en la mayor de las miserias. El artículo de Kant estaba atestado de eufemismos, «trabajo matemático en condiciones extremadamente difíciles», ese idiota de Kant ni siquiera mencionaba el nombre de Buchenwald, que sin embargo era uno de los pocos campos conocidos en todo el mundo gracias a las imágenes de las damas de Weimar obligadas por los soldados estadounidenses a visitarlo a mediados de abril de 1945, unas damas que desfilan ante las montañas de escuálidos cadáveres con un pañuelo en la nariz y lágrimas en los ojos. En la primavera de 1947, en el mismo momento en que Paul publicaba *Las conjeturas* en Berlín, el juicio a los SS del campo apareció en todos los periódicos. Cuando yo llego a Alemania en 1964, lo que está en marcha son los juicios de Auschwitz.

A Maja la conocí porque me negaron el visado para entrar en la Alemania del Este: allí debería haber conocido a Paul Heudeber, con quien mantenía correspondencia. Había aprendido suficiente alemán para leer *Las conjeturas*; había defendido mi tesis, publicado artículos, tenía por delante un año para investigar: iba a demostrar la tercera conjetura, la más increíble de todas, llamada «conjetura del espacio entre primos, o de la gemelidad múltiple», de la cual Paul había demostrado la primera parte, la de la infinitud de los primos gemelos. Yo tenía una intuición que, tras un largo trabajo de más de un año,

resultó acertada. Para Paul, ese es el comienzo de una larga epopeya matemática hacia la topología y el estudio de las variedades complejas, que lo acabarán llevando hasta los espacios utópicos; a interesarse no ya por el número sino por la *posición*, es decir, por la forma. Para mí, supuso hacerme un lugar entre los teóricos de los números: hoy la tercera conjetura de Heudeber se llama el teorema de Pawley.

Todo eso, querida Irina, tú ya lo sabes, claro. Perdona. Soy consciente de que la vejez me ablanda el cerebro. Recordar lo que hice ayer me cuesta, pero el tiempo que pasé en Alemania durante los años sesenta me resulta extraordinariamente cercano. Aún puedo vernos a Maja y a mí en el Ford Taunus, a toda velocidad y con aquel asiento único tan largo, ella podía deslizarse hasta mí y apoyar la cabeza en mi hombro, nos gustaba pasearnos en aquel pequeño automóvil, entre Gotinga y Bonn; tomábamos la carretera del Sur, por Marburgo y Coblenza (recuerdo la llegada al Rin en Coblenza, qué maravilla recorrer el río, que en las curvas desaparecía, y acariciar con la mirada aquellas viñas cuyo vino beberíamos esa misma noche), y una vez llegamos hasta Lieja, me habían invitado a dar una conferencia y Maja me acompañó. En mis cuadernos encontré la fecha: jueves 6 de octubre de 1966. Maja no había vuelto a Bélgica desde hacía más de veinte años. Yo tenía ganas de saber más de esa parte de su vida (y, sobre todo, a qué engañarnos, de la vida de Paul).

Supe entonces lo que tú ya sabes: en cierto momento, Paul y Maja contemplan la idea de huir del nazismo en Austria, pero el Anschluss vuelve el proyecto inviable. Bélgica no está muy lejos de Gotinga, y Paul pone todas sus esperanzas en los comunistas belgas de Lieja, que por aquel entonces gobiernan la provincia con los socialdemócratas y acogen de buen grado a los refugiados. En Aquisgrán no les cuesta dar con un barquero, y llegan a Lieja a pie, a través de aquellas generosas colinas verdes salpicadas de vacas negras, en septiembre de 1938. Allí, efectivamente, los comunistas locales y las redes de ayuda de la pequeña comunidad germanófona de Bélgica se hacen cargo de ellos. Paul tiene un contacto en la Universidad de Lieja, un alumno de Hilbert y Emmy Noether que les ayuda a él y a Maja tanto como

puede. Paul espera poder dar clases particulares de matemáticas para subsistir. En octubre de 1966, Maja me enseñó la casa en la que vivieron entre 1938 y 1940, en una callejuela de esa gran isla del Mosa que los liejenses llaman «Outremeuse». Mi cuaderno menciona el callejón sin salida Croctay, que al parecer daba a una calle llamada Roture, donde Maja y Paul le alquilaron una buhardilla a una casera cuyo nombre no recuerdo. El barrio era oscuro, casas bajas de ladrillos rojos, como aplastadas por el paisaje; Maja me contó que apenas podían ponerse de pie en su habitación, donde por lo demás disfrutaban de muy escasas comodidades. Recordaba el camino para llegar a los baños públicos, en el extremo de la isla… Gracias a la complicidad de aquel profesor, que había sido alumno de Emmy, Paul estudiaba en la biblioteca de la universidad; para llegar a la facultad de ciencias no tenía más que caminar unos minutos, y allí se pasaba las jornadas entre revistas y libros de matemáticas.

Para Maja, resultó extraño enfrentarse a todos aquellos recuerdos estando conmigo. Ella pensaba en Paul, por supuesto; parecía absorta, por momentos muy lejana. No me acompañó a mi intervención en la universidad, se fue a pasear, a buscar, si eso era posible, la ciudad que ella conoció; cuando por la noche volví a verla en el hotel, ya estaba en la cama con la luz apagada: estoy convencido de que fingía que se había dormido.

Amor, amor, qué juego tan bello
Siempre, siempre, ese sabor a poco.

Bélgica fue invadida el 10 de mayo de 1940, las fortalezas que se creían inexpugnables y que protegían el canal Albert cayeron el día 11. El 12 de mayo los alemanes entraban en Lieja. Mientras tanto, cuenta Maja, el 10 de mayo fue detenida en su domicilio por las autoridades belgas, ella y otras quinientas personas, «residentes enemigos» y militantes de extrema izquierda. Curiosamente, la caída de Lieja y la llegada de las autoridades alemanas al Palacio de los Príncipes-Obispos el día 12 provocan que toda esa buena gente sea inmediatamente liberada; llego a la buhardilla y estoy sola, cuenta

Maja: Paul se ha ido dos días a Bruselas con unos camaradas. Regresó casi tres meses más tarde; Maja se enteró de que había sido detenido en Bruselas junto con todos los «residentes enemigos» alemanes, en su mayoría judíos o antifascistas, que luego fueron evacuados al sur: Paul fue internado en un campo del sudoeste de Francia. Después del armisticio, logró salir de su prisión y cruzar la Francia ocupada para volver a Bélgica con Maja.

Todo esto, querida Irina, tú ya lo sabes, claro.

Durante nuestra visita a Lieja, en 1966, yo tenía la sensación de que Maja se me escapaba en sus recuerdos, en el recuerdo de Paul, que estaba bien vivo en Berlín; esperaba que de un momento a otro Maja me dijese oye, que me voy, me vuelvo a casa para ver a Paul. Afortunadamente, eso en la época no era tan fácil, Paul estaba atrincherado detrás de su muro antifascista y Berlín parecía muy lejos. Habíamos previsto marcharnos de Lieja dos días más tarde; le propuse a Maja que nos fuésemos al día siguiente. Estábamos cenando en un restaurante del centro de la ciudad, en la plaza Saint-Lambert; recuerdo las velas y los candelabros de estaño, el rostro de Maja iluminado, una cierta tristeza en su mirada. Maja me habla de la Resistencia, de la red a la que ella perteneció. Tras las redadas del 22 de junio de 1941 (la operación «Solsticio de verano», durante la cual la policía secreta nazi detiene a cuatrocientos militantes comunistas), Maja y Paul se ven obligados a abandonar su buhardilla y refugiarse en la clandestinidad. Se alojan en una vivienda de marineros en una barcaza llamada *L'Ange Gabriel*, amarrada en medio de hangares y otras barcazas, en una isla del Mosa: los marineros son camaradas. Todas las barcazas y los astilleros de los alrededores son más o menos afines a la causa. De todos modos, se ven obligados a esconderse. Maja habla mejor francés que Paul, o más bien sabe imitar una forma de acento holandés que la protege de las preguntas. Paul habla muy poco francés, me cuenta Maja. Apenas conoce los términos matemáticos. Puede dar una clase de matemáticas, pero no ir a comprar el pan sin que quede claro que es alemán. Sin que cualquiera se pregunte qué hace ahí ese joven alemán, sin uniforme. Paul apenas sale de la barcaza. Espera a que Maja regrese de sus misiones, de sus reuniones

clandestinas… La espera. Escribe. En realidad *Las conjeturas del Ettersberg* empiezan a fraguarse en esa barcaza, ya sabes: *Los ojos de cocodrilo del Mosa me miran, los ojos de buey son dos semicírculos que abrazan un rectángulo*. Los aligátores se llevan a sus presas hasta las profundidades con el fin de ahogarlas. El sueño de la demostración de la conjetura de los primos gemelos comienza en el Mosa. Fuera del tiempo. Solo bajo la superficie, en compañía de cincuenta toneladas de hulla o de piedras.

Paul tiene una mesa frente al río, observa el agua, el paso de los barcos. Trabaja. *L'Ange Gabriel*, la barcaza que acoge a Paul y a Maja, lleva un nombre protector. A pesar de las requisas y confiscaciones, Maja tiene una bicicleta que le permite llegar al centro de Lieja con bastante rapidez. La esconde en el patio de unos camaradas que viven cerca de su isla. Desde allí hay que cruzar una pasarela y luego caminar lo más discretamente posible a lo largo de un muelle, al amparo de silos y montones de arena, hasta llegar a *L'Ange Gabriel*. El barco huele a humedad y a carbón, dice Maja. Cada vez que yo volvía, Paul se sobresaltaba, cuenta Maja. Desoyendo las consignas, Paul nunca cerraba las puertas; salía a pasear por cubierta, caminaba hasta la proa, soñaba despierto un ratito mirando el agua y, cuando ya estaba congelado (el otoño en el Mosa es glacial), volvía a la parte de atrás, bajaba de nuevo a su morada y olvidaba cerrar la puerta. Maja siempre lo pillaba por sorpresa: Paul estaba invariablemente sentado en el mismo lugar donde lo había dejado, decía, mordisqueando su eterno lápiz como de costumbre. Éramos perfecta, egoísta, trágicamente felices. Desde entonces, cada vez que en Bonn o en Berlín paso por delante de las barcazas amarradas, como son bastante parecidas a la nuestra, se me encoge el pecho.

Maja tenía lágrimas en los ojos. La luz de las velas se reflejaba en la comisura de sus párpados; esa emoción multiplicaba la belleza de su rostro y avivaba el fuego de mis celos. Lieja ciudad ardiente.

En septiembre de 1941, después de que el ejército alemán invadiera la URSS, se intensifica la represión contra los comunistas que se unen a la Resistencia. Los buscan, los vigilan, los detienen. A pesar de la germanofobia, Maja consigue que la acepten en el Frente Valón por la

Liberación de Bélgica, en el que hay numerosos militantes de izquierdas y comunistas del Partido Comunista de Bélgica. Tal vez sea que cuantos más colaboracionistas, más resistentes surgen, porque según Maja la provincia de Lieja fue sin duda un poco colaboracionista, pero también inmensamente resistente. A finales del otoño de 1941, las policías secretas alemanas iniciaron una nueva ola de detenciones.

El viernes 5 de diciembre de 1941, víspera de San Nicolás, Maja fue al centro de la ciudad para intentar comprarle a Paul algo que escapara de lo cotidiano. Tiene una cita con una camarada que podría ayudarla a encontrar un regalo; como de costumbre, Paul se quedó solo a bordo de *L'Ange Gabriel*.

En 1964, en aquel restaurante Tivoli, entre dos velas y dos sorbos de vino, con la voz vibrante y los ojos fijos en la pequeña llama de uno de los candelabros como si en realidad no me estuviese hablando a mí, Maja me cuenta el arresto de Paul. Cómo supo que la Gestapo iba a ir a detenerlos. El miedo que le entró de volver a casa para avisar a Paul, miedo de que la arrestaran también a ella. Maja abandonó a Paul. Lo traicioné, murmuraba sin mirarme. No había vuelto a Lieja desde mayo de 1945 por esa razón. Porque no podía soportar lo que allí había hecho.

Ante mí se abría un abismo de misterio; he ahí la traición según Maja. Haber abandonado a Paul, sentirse responsable de su detención en *L'Ange Gabriel*, de su encarcelamiento en la ciudadela de Lieja, de su interrogatorio, de su tortura, de su deportación a Buchenwald. Me sentí un poco celoso. Ni siquiera sé si en algún momento tuve acceso a la verdadera Maja; en ella había alguien que solo existía para tu padre. A mí no me quedaban más que las migajas, el cuerpo, un poquito de ternura que ella me prodigaba, la justa recompensa a un perro obediente. En Lieja vi claramente que Maja no engañaba a tu padre conmigo. Para ella no estábamos hechos de la misma pasta. No pertenecíamos al mismo orden. Eso me volvía loco de celos, de amor, de ira; yo me ponía de puntillas ante ella y me pavoneaba, trataba de lucirme, la interrumpía en mitad de la cena para contarle mis últimos éxitos en el mundo de las matemáticas y de qué manera tenía previsto

demostrar algo que Paul, eso es cierto, había vislumbrado, pero que nunca consiguió probar. Maja lloraba al confesarme que había traicionado a Paul y lo había abandonado en manos de los alemanes, a mí eso en el fondo me daba igual, yo la quería a ella, y no a sus viejos recuerdos rebosantes de culpa y del genio de Paul Heudeber, científico y mártir.

Al volver al hotel, pensé que en la intimidad sería otra vez mía, pero se negó a mí, se volvió hacia la pared, su espalda me devolvía una tristeza helada como un espejo. Ahora yo sabía algo que ella no podía contar a nadie excepto a un extraño como yo, que se llevaría ese secreto al otro lado del mundo.

Si hubo un momento en que mi pasión por ella e, indirectamente, por Paul, alcanzó su punto álgido, fue durante esa velada en Lieja.

Amor, amor, qué juego tan bello
siempre, siempre, ese sabor a poco.

Tenía que escribirte esto. Sé que eres su hija. Que esta historia les pertenece, a ella y a tu padre.

A la mañana siguiente, ya de regreso, por entre las colinas de la región de Herve y de Eupen, conduje a toda velocidad para impresionar a Maja, que desde que nos habíamos levantado no había abierto la boca; seguía pensativa, apoyada contra la portezuela, la mano agarrada al asa que hay encima de la ventanilla, y yo escuchaba el motor, a la mínima que la carretera ascendía un poco o giraba yo reducía la marcha ruidosamente, con los dientes apretados tomaba curvas desconocidas a velocidades absurdas. En Eupen, decidí atajar a través del bosque resinífero hasta un pueblo alemán llamado Röntgen, como el físico del mismo nombre, en aquellos tiempos en Europa no había límite de velocidad, el Taunus «bañera» no era ni mucho menos un coche deportivo, pero en un camino forestal e impecablemente recto en dirección a Alemania, entre todas aquellas rodadas, sí se convertía en un coche deportivo: de vez en cuando echaba un vistazo a Maja, que seguía aferrada al asa, en silencio, la mandíbula un poco apretada pero con una ligera sonrisa irónica, y yo quería borrarle

aquella media sonrisa, por qué, porque no me amaba lo suficiente, porque yo aún no había demostrado nada, porque a Paul no le llegaba ni a la suela del zapato, porque nunca iba a conseguir nada, así que pisé el acelerador de aquel motor ridículo de coche europeo que los alemanes tenían el descaro de llamar Ford Taunus, un motor estrecho y lleno de chasquidos con voz de soprano cuyas innumerables joyas vibrarían al unísono, la carretera que en realidad ni siquiera lo era debía llegar a un puesto fronterizo en medio del bosque, a la sombra de los abetos, el Taunus daba saltos cada vez más largos, a cada bache un neumático resbalaba, yo agarraba el volante con las dos manos, los dedos apretados con fuerza al objeto de mi pasión, no podía saber a qué velocidad íbamos, no quería bajar la vista al cuentakilómetros, mis únicas miradas, escasas y fugaces, eran para observar a Maja durante un cuarto de segundo, su perfil, su rostro de perfil, su nariz, su larga mano en el asa: ella sentía que algo estaba sucediendo, que había llegado la hora de algo pero no decía nada, sus labios permanecían cerrados, miraba la carretera, el Taunus rebotaba en las rodadas como si fuera a dislocarse, Maja seguía sin decir palabra, yo pisaba a fondo, el Ford no podía ir más rápido, los árboles devenían una masa verde, una sucesión de helechos y de miedo, un bache más y nos saldríamos de la carretera, me dolían las manos de tanto apretar el volante, Maja seguía en silencio, asida a la portezuela, Maja seguía en silencio, al final aminoré, llegamos a un cruce, frené, el coche quedó un poco atravesado y yo me puse a llorar sobre el salpicadero.

Maja no se movió, no me abrazó como solía hacer, no trató de consolarme. Una hora y media más tarde llegamos al Rin, y treinta minutos después estábamos en Bonn. Dejé a Maja en su casa, ella bajó del Ford y cogió su equipaje. No me invitó a que la acompañase.

Me fui a Gotinga.

Querida Irina, no me juzgues. No nos juzgues. Me parecía importante escribirte, antes de que todo termine en el olvido.

A Maja no la había vuelto a ver hasta el 10 de septiembre de 2001, casi treinta y cinco años después. Al día siguiente de nuestro encuentro, la mañana del 11, mi hija murió de la manera más horrible. A veces tengo la impresión de que todo está relacionado,

oscuramente, de que todos estamos conectados como una serie de números, aunque no entendamos muy bien cómo.

Muy sinceramente,

LINDEN PAWLEY

En la cabaña de madera de Nikólskoye, esta casa de troncos en la linde del bosque que parece salida de un cuento ruso, transposición berlinesa de la casa de Gorki en Nizhni o de las dachas de antaño a orillas del mar helado cerca de Petersburgo pero en el lago de Wannsee, a unos pocos cables de distancia del lugar donde en otros tiempos (hace más de diez años) estaba amarrado el Beethoven de triste memoria, poco después de haber recibido la carta de Linden Pawley, es decir, a mediados de junio de 2012, comía yo con Jürgen Thiele. Nuestra relación había terminado unos años antes entre el aburrimiento y una castidad ligeramente desganada que acabó degenerando en una especie de amistad lasa, pero poderosa, gracias a la cual siempre nos alegrábamos de vernos, por lo menos las dos primeras horas: luego su carácter acababa por hartarme, como siempre, y me alegraba mucho de volver a mi casa, sola. En la cabaña de Nikólskoye, él por supuesto se había olvidado de reservar mesa, y a pesar del buen tiempo que hacía ese día tuvimos que comer dentro, algo que ya empezó a ponerme de mal humor.

Jürgen Thiele se disculpó mil veces y pidió dos copas de champán para hacerse perdonar, lo cual, ciertamente, funcionó.

El Havel era un flujo de metal en fusión; el sol incendiaba el extremo de la isla de los Pavos Reales y también Sacrow, en la orilla opuesta.

La casa de troncos de Nikólskoye había sido, por así decirlo, importada de Rusia: la construyó el rey de Prusia a principios del siglo XIX para honrar a su yerno, el futuro zar Nicolás I, con la idea de que se sintiera un poco como en casa. Había sobrevivido a la guerra mundial sin sufrir daños. Las paredes estaban hechas de unos troncos imponentes; las ventanas decoradas con paneles triangulares de alerce,

caladas con flores talladas al más puro estilo ruso. Rodeados por toda aquella madera, teníamos la impresión de estar comiendo en el corazón de Siberia.

Yo no sabía muy bien cómo abordar el tema que no podía sacarme de la cabeza; recuerdo que esperé hasta el final de la comida (¡Fresas, fresas de Werder!, exclamó Jürgen Thiele como si fuera un niño) para explicarle el contenido de la carta de Pawley. Con solo mencionar su nombre, el rostro de Thiele se encogió en un gesto de dolor; el atroz fallecimiento de la hija de Pawley cuando cayeron las Torres Gemelas (su cuerpo, por supuesto, nunca fue hallado, meses más tarde lo identificaron a partir de algunos fragmentos) había supuesto un shock terrible. Puede que Jürgen sea torpe y distraído, pero también es bastante psicólogo; logró hacerme hablar. Yo no alcanzaba a pronunciar las palabras. Linden fue el amante de mi madre. Acabé soltando la frase de forma mecánica, pues para mí no tenía el menor sentido: amante de mi madre.

A pesar de su gran diferencia de edad, Jürgen Thiele y Paul habían mantenido una estrecha relación. Primero fue estudiante suyo, y luego uno de sus amigos más íntimos.

Su rostro no se vio afectado por la revelación. El hoyuelo en su prominente mentón no se puso a temblar, sus cejas no se levantaron, su boca no se abrió. Yo no podía imaginarme a Paul charlando con Thiele de los amoríos de su esposa.

Y sin embargo.

Men, men, men.

Se lo conté todo a Jürgen. El arresto de Paul, el Ford Taunus de Pawley. De carrerilla.

Paul hablaba a menudo de la barcaza *L'Ange Gabriel*, me contestó Jürgen Thiele. Tenía ese periodo de su vida idealizado, esos pocos meses en Lieja entre dos arrestos. Escribía, trabajaba, estaba enamorado. Un día vio que, en lugar de Maja, llegaba la Gestapo. Como escribió en *Las conjeturas de Buchenwald*: *Visto ahora, me sorprende la amabilidad con que lo hicieron.* La amabilidad de los nazis, en retrospectiva, le sorprendía. Vienen en lugar de Maja. Paul sabía que Maja podría haberlo salvado. Paul sabía que decidió no hacerlo.

Paul sabía que Maja prefirió que lo arrestaran a arriesgarse a caer también ella o poner en peligro toda la red. Si lo torturaban, Paul podía hablar, pero no sabía gran cosa; Maja ya era otro asunto. A Paul le alegró que tomara esa decisión. La elección de Maja lo ennoblecía, decía él. No tenía nada que perdonarle, decía. Él… amaba a tu madre; y Maja lo amaba a él también, más allá de lo razonable, creo yo.

Y Jürgen Thiele se calló, por pudor, porque no quería hacerme sentir que conocía a mis padres mejor que yo.

El gesto me conmovió. Obviamente, me equivocaba. Yo había pensado que *más allá de lo razonable* significaba más allá de Linden Pawley.

Cambié de tema. Había abierto una puerta que solo podía llevarnos hasta nosotros, hasta nuestra historia; cuánto he odiado siempre ese sentido de la palabra historia. *Tener una historia*. Intuí que Jürgen quería hablar de mí. De él y de mí. Lo veía comiéndose sus fresas, lamiéndose el bigote con pinta de estar tan contento con sus fresas de Werder. No tendría que haberme bebido el champán, debería haber pedido yo también fresas de Werder. En el parque del castillo de Sacrow, al otro lado del río, hay un roble milenario, más bien la ruina de un roble, un árbol inmenso pero tullido, como alcanzado por un rayo. El árbol de Goethe en Buchenwald lo mismo, ardió durante el bombardeo de 1944. El castillo de Sacrow fue transformado por Schinkel, ya sabes, el arquitecto. En el castillo de Sacrow vivió ese poeta amigo de Hoffmann, el nombre no lo recuerdo pero era un nombre francés, ¿sabes? Cuentan que en el castillo de Sacrow Mendelssohn compuso su cuarteto de cuerdas en la menor, ya sabes, el que hace *ta, laa, ta, laa*, esa melodía tan desgarradora al principio del andante.

Tuve que dejar de mirar el Havel, sentía las lágrimas brotando en la comisura de los párpados.

Maja amor mío:

Las matemáticas son un velo colocado sobre el mundo, que abraza las formas del mundo, que lo envuelve por completo; son un lenguaje y son materia, palabras en una mano, labios sobre un hombro; las matemáticas se apartan con un gesto decidido: entonces puede apreciarse la realidad del universo, acariciarla como el yeso de un vaciado, con sus asperezas, sus montículos, sus líneas, ya sean de huida o de vida. Ese velo, esa capa sobre el mundo, es también el sudario que me echo encima cuando llega la hora de partir; la sábana que habrá de cubrirme, el papel que me cubrirá, el fantasma que me sobrevivirá, conozco sus fibras, su trama, sé describir el paisaje que conforman, descubrir sus accidentes, vislumbrar las radiaciones que emiten e incluso sus espectros secretos. Sé decir: Maja, tu piel amada, en cada poro su singularidad, y tú ecuación sin sueño, amor sin resolución, miro al mar y te espero. Oh, ya sé, el tiempo ha pasado, los lugares, los horrores, las revueltas, los encierros, las liberaciones, los suspiros, las alegrías, las amenazas, los miedos.

Miro al mar y espero.

Soy viejo. Mayor. Me encantan estas aguas tibias que enseguida se vuelven profundas y gélidas, por sorpresa, al ritmo de su color, del verde esmeralda al turquesa y luego al azul oscuro. Ha llevado cuarenta años pero aquí los fascistas han acabado por ser derrotados. O más bien disueltos por el dinero como las armas por el óxido. No más uniformes verdigrises, no más torturas. En un rincón de mi cala hay un gran pino, retamas sin flores, laureles; la naturaleza vibra, huele a tomillo y Apolo.

Busco la soledad. No me mezclo con la multitud. Mi cuerpo todavía me permite caminar (para encontrar una playa desierta: en pleno

otoño no es difícil) y nadar (para no pensar en nada más). La camarera del desayuno me dice que para la época en que estamos hace un calor excepcional, tanto que el hotel seguirá abierto hasta el 8 de diciembre.

Estar solo en medio de semejante naturaleza es un placer inmenso. Escribo esta carta sentado sobre una piedra enorme que sin duda debió de formar parte de la muralla de una colonia griega.

Miro al mar y espero.

Maja, ahora que nada nos impide vivir juntos, estamos apegados a nuestras soledades. Estos últimos meses, estos últimos años el uno con el otro en Pankow no solo me han regalado el placer de compartir nuestros pequeños problemas y nuestras lecturas, también la dificultad de los roces, de los contratiempos del día a día. A veces hasta me siento aliviado cuando te vuelves a Steglitz, lo cual hace que me encolerice conmigo mismo: ¿cómo podría no querer ya lo que he estado deseando tanto tiempo? Irina diría que soy *terriblemente cabezota*, terco, obstinado, pero no es así. Solo soy perseverante.

Trato de ser sincero con nosotros. Debemos mantenernos en lo excepcional. Mantenernos en lo absolutamente perfecto. No durar por durar. Desconfiar del deseo de durar. Dice el hombre de setenta y siete años.

Las cigarras parecen moscas enormes, cuando la temperatura sube por encima de veintitrés o veinticuatro grados golpean los címbalos que tienen bajo el abdomen. Cantan, dice la gente. Tocan sus platillos un centenar de veces por minuto hasta conseguir esa modulación estridente. El nombre latino de la cigarra es *Lyristes plebejus*, que yo traduciría libremente por «el que toca la lira del pueblo llano», o más exactamente «el músico del proletariado». Solo cantan las cigarras macho. Cantan para atraer a las hembras. No se detienen. Podríamos decir que yo tengo la constancia de un músico del proletariado. Las cigarras se alimentan a base de picar en las ramas (pinos, olivos) para chuparles la savia. En este momento se supone que deben morir, e incluso estar ya muertas: según mi pequeño manual de botánica y entomología mediterráneas no sobreviven al mes de octubre. Son como el hotel, en invierno cierran; este año han decidido prolongar un

poco la temporada.

Maja tengo la impresión de que, en muchos aspectos, la vida me ha desmentido; han refutado teoremas, invalidado algunas de mis conjeturas, olvidado muchas de mis investigaciones; ya nunca construiremos el socialismo ni volverá a llamarme nadie camarada: estamos pagando el precio de nuestra intransigencia, de nuestros errores, de nuestra excesiva sumisión a la línea dura de los rusos. Puede que me equivocase al creer, al conjeturar que la humanidad estaba hecha para la paz, para compartir, para la fraternidad.

Miro al mar y espero.

Miro al mar, el mar está en contra de la guerra pero la transporta: allá, más allá de Italia, en Bosnia siguen en guerra, aun cuando la paz está cerca. Ha habido un sitio atroz, campos de concentración, un genocidio. El mar podría transmitir gritos, vibraciones, ondas tan poderosas que podrían verse desde aquí en la superficie del agua, podríamos leerlas, podríamos descifrar los nombres de los muertos, podríamos nadar hasta ellos. En este hermoso hotel, con estos compañeros de turismo a quienes no conozco, con quienes me cruzo a la hora del desayuno, a quienes dedico un saludo cortés a la hora de la cena, trato de olvidar las tragedias y los crímenes de guerra. Templo mis viejos huesos al sol del otoño. A veces pienso que deberías haber venido conmigo, y enseguida me arrepiento, nos habríamos peleado por todo.

Maja, no logro olvidar la ceremonia de abril en Weimar. (Ni siquiera puedo escribir *Buchenwald*). El reencuentro con un millar de viejos compañeros de detención. Los discursos. El implacable discurso de Jorge Semprún: *Ha llegado el momento de acabar con la retórica y las mitologías de un espíritu de partido pseudouniversalista*. A mí me habría gustado gritar: Esas mitologías no son criminales, lucharon por nosotros y con nosotros, combatieron a las SS, al fascismo, nos dieron fuerzas para organizarnos mientras estábamos detenidos, para liberarnos solos; e, *in fine,* si nos enviaron a los campos fue por ellas. ¿Hay que acabar con todo esto? ¿Cerrar Buchenwald sobre sí mismo? ¿Clausurar la aberración? Volver a Buchenwald no es volver *sobre* Buchenwald. Yo no puedo decirle adiós al Ettersberg. El campo está en

mí. Podría citar cientos de frases, de Celan, de Améry, de Levi. *Sé lo que significa no volver*. Pero la experiencia del campo se desvanece. Con el tiempo hasta su huella en la escritura se vuelve ilegible. Se han publicado decenas de testimonios en todas las lenguas del campo. ¿Qué sucederá en veinte, en treinta años, cuando los autores de esos testimonios hayan desaparecido? Yo me he callado.

Miro al mar y espero.

El pino se ha inclinado sobre la roca como sobre un hombro, como si quisiera observar su rostro en el agua; se ha levantado un ligero viento del norte. A principios de abril de 1945, en los árboles del Ettersberg aún no había hojas. Las noches seguían siendo gélidas. Teníamos más hambre que nunca. El pequeño campo estaba desbordado por miles de pobres diablos «supervivientes» de todas las evacuaciones de los campos cercanos o lejanos. Habrían de morir por centenares de tifus, disentería e inanición. Yo, en mi economato, no me apartaba de mis cifras. Pensaba en ti, en Lieja, en la barcaza *L'Ange Gabriel*, me preguntaba si habrían acabado deteniéndote a ti también, si te tendrían en un campo, en algún lugar, confiaba en que estuvieses en libertad, luchando con nuestros camaradas belgas, con un arma en la mano. A veces soñaba despierto: imaginaba que erais vosotros quienes veníais a liberarnos, que tú y yo nos íbamos juntos. El bombardeo del campo en agosto de 1944 nos obligó a hacernos una idea de lo que debían de estar sufriendo las ciudades alemanas: sentimos una terrible mezcla de alegría, miedo y dolor. ¡Que nos quemen enteros! ¡Que esto acabe en un amanecer de fuego!

La ceremonia de abril en Weimar, el regreso al campo curiosamente hizo que ese sentimiento terrible me volviera a la garganta. En Buchenwald los barracones están destruidos, el pequeño campo ya no existe; el búnker sí que sigue allí; los turistas visitan las celdas donde torturaban y asesinaban a los camaradas igual que contemplo yo ahora las ruinas de esta antigua colonia griega sin entenderlas, sin que provoquen nada en mí, más allá de una especie de indiferencia transformada en experiencia estética. Envidio a Irina y a los historiadores: Auschwitz, Buchenwald, Dachau, Mauthausen no son más que museos. ¿Museos de qué? ¿Es a mí a quien observan en ese

museo?

El Mediterráneo es tan tranquilo, cuesta pensar que aquí también se extermina, que aquí también se ha exterminado, que miles de personas perdieron su vida, aviones, cañones, bayonetas. Esta inmensa bahía hendida por la estela de los barcos llega casi hasta Francia. Gurs está al otro lado de los Pirineos, lejos al oeste, me parece. Ni siquiera estoy seguro de si allí hay un museo, no seré yo quien vaya a comprobarlo.

Transcurridos más de cincuenta años, sigo soñando con el Ettersberg. Sueños oscuros, de miedo, de persecución, de hambre, de muerte, de tortura. En esas pesadillas hay rostros desconocidos, barracones que no reconozco. ¿Construye mi inconsciente su propio campo? ¿Tienen nuestros sueños más memoria que nosotros?

Acaba de llegar una familia a instalarse en la parte arenosa, en el centro de mi pequeña cala; una mujer, un hombre, un niño, una sombrilla. Vuelvo a vernos poco después de que naciese Irina, ¿te acuerdas?, en aquellos tiempos cruzar Berlín significaba esquivar las ruinas, hacer equilibrismos con las vías de los trenes destruidas para llegar al lago de Zeuthen y olvidar por un momento la ciudad y sus montañas de escombros.

Puede que esta familia no tenga nada que olvidar, que, al contrario, sentarse en esta playa no sea más que una extensión de su felicidad; el niño o la niña camina desnudo en la arena, juega con un rastrillo de plástico, su padre lo agarra como un saco y se lo lleva al agua y recibe una tunda de golpes de rastrillo en las piernas en señal de protesta, grita y tira al niño al agua sin miramientos, la madre se levanta para correr al auxilio del pequeño, el padre se deja caer de rodillas riendo, me parece, el niño también se ríe y los salpica a los dos chapoteando en el agua como el mismo Ulises en su barca. Están lejos y no distingo en qué idioma hablan.

Si pudiera uno volver a vivir un momento *x* de su existencia, yo elegiría un día con Irina cuando era muy pequeña, los tres a orillas del lago en Hankels Ablage… ¿Te acuerdas de aquel escándalo, a principios de los años cincuenta, cuando las balas perdidas de los soldados americanos de maniobras iban a parar a la playa de

Wannsee? Una joven estuvo a punto de morir, la garganta atravesada por un proyectil. En Miesdorf-en-SBZ[2] no estábamos expuestos a las balas americanas, solo a las cagadas de pájaros; me acuerdo de que estuvimos toda la tarde navegando, remábamos por turnos, cara a cara; Irina iba ora en mis brazos, ora en los tuyos. Se durmió, se despertó y volvió a dormirse. El lago estaba tan deslumbrante como está ahora el Mediterráneo. Hicimos un pícnic en el agua, rodeados de embarcaciones, luego cenando nos tomamos una cerveza, en tierra, en la magnífica terraza de Hankels Ablage, con Irina siempre en brazos, y después nos gastamos el poco dinero que teníamos para dormir allí, en aquel hotel que era de todo menos lujoso; Irina bebé entre nosotros dos en aquella cama minúscula, imposible dormir, me pasé la noche soñando despierto, sentado delante de la ventana, mirando la luna en el lago y escuchando cómo dormíais. Veía cómo tu pierna asomaba de entre la sábana, Irina dormía encima de tu barriga, con la cabeza entre tus pechos, como si acabase de nacer. La vida podría haber terminado ahí. Aquella noche, seis o siete años después de que me liberaran, fue cuando de verdad fui consciente de que había salido del campo, de que la guerra había terminado, de que tenía una hija, un trabajo. Una esperanza.

Maja, ya lo sabes, antes los momentos de felicidad eran siempre muy cortos: escondernos en Gotinga, escondernos en Lieja en aquella buhardilla imposible, escondernos en *L'Ange Gabriel*… Después, establecernos en Berlín, el laberinto de habitaciones y caseras, Rixdorf, Gesundbrunnen, Kreuzberg, y me olvido de otras. Aquí, frente al Mediterráneo, Berlín está demasiado lejos para recordarlas todas.

Irina y tú seguiréis siendo como los soles del frío que se avecina.

Miro al mar y espero a cerrar para el invierno.

XXV

Mucosidad, ceniza, sangre: una vez que tiene las truchas asadas sobre las piedras ardientes intenta mal que bien lavarse las manos con tierra y un poco de agua, la tierra que aflora entre las rocas es roja, quebradiza, arenosa.

Le lleva la comida a la mujer sentada en el rincón de una pared derruida,

Dios mío, líbranos del mal,

ninguna de las mujeres que ha matado o penetrado lo conmovieron tanto, ahora conoce su rostro, su pelo al rape, suave al tacto como un pelaje, su piel de leche, sus senos de mármol rosados en medio, su olor más secreto, a azafrán y valeriana, su aliento y el aroma de su aliento,

añoras la intimidad de la cabaña,

la dulzura del coma,

le presentas su comida en un plato de piedra,

has abierto el pescado con el cuchillo,

le has quitado la raspa,

cuando se le acerca ella retrocede, un movimiento reflejo por el miedo, sabe lo que se dice del hombre del cuchillo, del hombre del palo, del hombre del fusil,

ella lo conoce,

ya lo he visto en otros hombres,

conozco esas manos, esa barba, esos pantalones grises, ese hedor de cuartel,

ese sudor revenido, ese aliento,

miro a cualquier lugar de la montaña para no mirarlo a él cuando viene a mí,

no soy lo suficientemente rápida para alcanzar su fusil y matarlo,

no lo suficientemente ágil,

en mi equipaje hay un arma,

un filo fino y largo, la aguja de hacer punto,

tan afilada en su extremo,

me la esconderé en la camisa,

si viene esta tarde o por la noche se la clavaré en el ojo, la punta se adentrará hasta los sesos y él se desplomará.

Mañana o pasado mañana llegaré a la frontera,

el asno me llevará,

el cielo es de repente un caldero de nubes, un saco de algodón: el sol ha desaparecido detrás de la montaña, sobre la Roca Negra pasan cúmulos lechosos, niebla húmeda y veloz.

XXVI

Llegué a Weimar el jueves 7 de abril de 2022 a eso de las cuatro de la tarde. Ya desde Berlín el cielo estaba uniformemente tapado por un velo blanco; recuerdo que, al cambiar de tren en Érfurt, en el andén pasé frío. En la estación de Kramatorsk, en Ucrania, había caído un misil ruso; entre los civiles que trataban de huir del óblast de Donetsk hubo más de cincuenta muertos; en Weimar lloviznaba ligeramente.

Por suerte, el tiempo previsto para los días siguientes, a falta de ser agradable, era bastante aceptable.

En la estación tomé un taxi hacia el hotel del castillo en Ettersburg, en el Ettersberg. A siete u ocho kilómetros del centro de Weimar. El taxi fue por el mismo camino que habían seguido mil habitantes de la ciudad por orden del general Patton, hombres y mujeres, todos a pie, el 16 de abril de 1945, obligados y a la fuerza, acompañados por los soldados americanos, para llegar a Buchenwald y abrir por fin los ojos al infierno con el que, durante más de siete años, habían convivido aun sin verlo. El propio Patton visitó el campo el 15 de abril y, según los relatos de la época, se escondió para vomitar. Hacía cuatro días que habían liberado el campo.

Enfermos, cadáveres y osamentas; pantallas hechas con piel humana para unas lámparas que no emitían más que la luz negra de la crueldad, cabezas de presos polacos reducidas por el odio y las técnicas de los indios shuar.

Las habitantes de Weimar se desmayaban.

Sé que Paul salió de Buchenwald el 16 de abril de 1945, así que pudo haber visto la columna de civiles, mujeres con faldas hasta la rodilla, hombres (en su mayoría de edad avanzada) con chaqueta y camisa, subiendo todos al Ettersberg como si aquello fuera una excursión de primavera, un pícnic. Hacía buen tiempo, dicen. En las

imágenes de la época se ven hombres con tirantes enjugándose la frente, mujeres con blusas o con pesados abrigos de lana. En el bosque, en el camino que lleva a Buchenwald, algunos sonríen a la cámara.

Mi padre llegó a Gotinga, y allí se encontró con sus hermanas tras ciento treinta kilómetros a pie y una parada en su pueblo natal de Gernrode, donde a él y a sus camaradas (eran cuatro los que salieron juntos del campo) les entró tanto miedo de ser linchados por algún que otro anciano asustado, que prefirieron dormir en un establo abandonado antes que llamar a las puertas cerradas en la penumbra. Las tropas aliadas habían pasado por allí una semana antes y se dirigían hacia el Elba, donde estaba previsto que se encontrasen con los soviéticos.

Mi tía Ilse (su marido, prisionero en Francia, no habría de regresar hasta meses más tarde) no reconoció a Paul al verlo aparecer, por lo menos así relata su regreso la leyenda familiar; mi padre, por su parte, no recordaba ese detalle, el hecho de que no lo hubiesen reconocido: sí se acordaba de haber desvalijado la pobre despensa de tiempos de guerra de mi tía.

Lo que sé de los últimos días de Buchenwald lo he leído en los libros. Mi padre no me contó ni la liberación, ni la angustia derivada de las posibles evacuaciones del campo por las SS, ni los intentos de «negociación» con la dirección del campo para que «olvidase» por unos días la orden de evacuar y masacrar a los detenidos. Que yo sepa, el nombre de mi padre solo aparece en un libro de memorias, eso es todo; allí un compañero de celda checo lo describe como un joven comunista afable y soñador, más bien reservado.

El castillo de Ettersburg es un pequeño castillo barroco, un pabellón de caza construido a principios del siglo XVIII: con un patio, una iglesia de hermoso campanario y unas dependencias. A finales del siglo XVIII, en el lugar se han instalado los artistas de Weimar –prosistas, poetas, músicos, pintores– y la brillante corte de la duquesa Ana Amalia de Brunswick, duquesa de Sajonia, Eisenach y Weimar. De esa Nación del castillo de Ettersburg forma parte Goethe, por supuesto, pero también Wieland, Herder o la música y actriz Corona Schröter. En la planta

baja se levantó un teatro, y en el verano de 1779 llevaron a escena *Ifigenia en Táuride*. El duque Carlos Augusto caza gamos y corzos en el bosque. Entre mayo y junio de 1800, Friedrich Schiller se aloja en el tercer piso del castillo con la intención de aislarse; a pesar del frío y las constantes visitas de Goethe, consigue terminar su obra *María Estuardo*. En 1808, con motivo del Congreso de Érfurt en que el zar Alejandro se encuentra con Napoleón, en el Ettersberg tienen lugar unas cacerías imperiales que conllevan la muerte de decenas de mamíferos, ciervos, gamos y corzos, y de animales emplumados, faisanes y perdices; quién sabe si tantos animales muertos como soldados perecieron en la batalla de Jena.

El teatro se transforma en una Sala de Armas.

Hoy en día, después de haber sido una casa de retiro en los tiempos ya lejanos de la Alemania del Este, el castillo, renovado por completo, se ha convertido en un hotel: la fachada barroca ha sido pintada de un amarillo bastante alegre; un precioso jardín inglés, lado sur, ha abierto un prado por debajo de la terraza del castillo que parece ascender hasta el infinito entre los árboles, como un caminito hacia el cielo para gigantes ausentes.

Al sudeste, a tres kilómetros de distancia y ciento veinte metros de desnivel positivo, medio oculto por el bosque, casi en la cima del Ettersberg, se halla el campo de Buchenwald.

La cercanía entre unas cosas y otras me asfixia: Weimar a dos horas en tren de Berlín, el campo de concentración a tres cuartos de hora a pie de Goethe y Schiller, y de mí.

La recepcionista es muy joven y afable. Me enseña el hotel, comedor, desayuno, no ha tenido usted suerte, me dice entregándome un folleto azul, se marcha antes de nuestro próximo concierto, el domingo de la semana que viene, también organizamos *actividades culturales*. El folleto azul anunciaba la lista de actividades de aquel *refugio cultural* que era el castillo sobre el Ettersberg.

Mi habitación es moderna y funcional; se encuentra en la parte llamada «el castillo viejo». Techo alto, muebles de madera oscura, enseguida me tranquiliza: No, estimada señora, esta no es la habitación de Schiller.

¿Qué queda de ayer aparte de lo peor?

Mi teléfono me informa en directo de la destrucción y los muertos en Ucrania. Los rusos luchan de nuevo contra los nazis, según dicen ellos. La extrema derecha nacionalista ucraniana se aferra al nombre de Stepán Bandera.

La extrema derecha alemana más violenta vuelve a existir.

El tintineo de las cadenas de esos fantasmas me asusta.

El domingo, la gente acudirá a Weimar para celebrar los setenta y siete años de la liberación de Buchenwald. El domingo 10 de abril, a las tres de la tarde, habrá discursos en la Appellplatz y se leerán extractos del juramento de Buchenwald. He tenido suerte de conseguir una habitación, me asegura la recepcionista. Sobre todo, hemos tenido suerte de no estar detenidas en Buchenwald. Esta frase no atraviesa el umbral de mis labios. Me siento culpable por estar de tan mal humor con esta pobre chica, que no me ha hecho nada.

En el bolso llevo una copia del expediente que elaboraron los servicios de seguridad del Estado de la Alemania del Este sobre Maja Scharnhorst. Impreso, en un sobre de cartón, a la antigua usanza. Pedazos. Fragmentos extraídos de unas bolsas que contenían millones de hojas de papel rasgadas; páginas reconstruidas trocito a trocito por estudiantes, y luego por ordenadores, toda una inteligencia artificial. En el bolso llevo la vida de mi madre, en pedazos y según la Stasi. Acabo de cumplir setenta y un años (todavía no me lo creo) y voy a leer el expediente secreto de mi madre, que murió hace más de quince años.

Otros tintineos de cadenas, otros fantasmas.

Tras la caída del Muro, unos años antes de morir, Paul llegó a leer su propio dosier; le dio mucha risa, porque su carpeta de cartón no estaba ni mucho menos vacía, pero para él estaba vacía de sentido: bien es cierto que contenía varios cientos de páginas, transcripciones de conversaciones telefónicas, copias de muchas de sus cartas, avisos concernientes a sus idas y venidas, informes de vigilancia durante sus viajes al extranjero, decenas de informes sobre sus actividades científicas, evaluaciones del Partido, etcétera, el rastro de una intensa actividad administrativa, pero nada que a Paul le interesase. Sí que es

verdad que se enteró de que uno de los vecinos de su edificio informaba amablemente a la Stasi sobre sus visitas y amistades, pero eso era tan habitual, tan cliché de la época, que ni siquiera le molestó. Paul estaba más horrorizado por el lenguaje de la Stasi que por la realidad de los hechos que le concernían. Los cientos de abreviaturas abstrusas y de expresiones en jerga volvían la lectura extremadamente penosa. Paul había pedido una copia de un solo informe (le tocó pagar las fotocopias, lo cual obviamente lo sacó de quicio, la República Federal explota al pueblo comunista hasta el final, la RFA se venga por medio de las fotocopias) que le hacía reír hasta las lágrimas. Paul nos lo leyó varias veces en voz alta, aquel texto, se reía tanto que nunca conseguía llegar hasta el final, tenía que parar a respirar, a escupir, a llorar; su rostro se iluminaba por la alegría, los ojos de mi padre reían, pero reían como nunca lo vi reír, con sus copias de dos páginas mecanografiadas, con los dedos cerca de los pequeños puntos negros, recuerdo de los agujeros de los archivadores, leía tratando de pronunciar lo más rápidamente posible los interminables acrónimos socialistas del preámbulo:

Observaciones de vigilancia de Prot. *BDPOGH de la sesión KWH del segundo reporte de la ISS-SecciónIII / Teil2. IMS HA II/3 Para el vor-W*.

Y Paul se echaba a reír, le temblaban las manos, le temblaban las hojas: se trataba del acta de sesión de un comité científico del Instituto de Ciencias de finales de los años sesenta (Paul no consiguió hacerse una idea de *quién* de entre los presentes pudo haber elaborado aquel informe). Lo que más le divertía era que no había entendido nada, nada de nada: el redactor, que evidentemente no era ni matemático ni físico, intentaba mal que bien dar cuenta de una conversación de la que no había entendido absolutamente nada, y eso resultaba *hilarante*, según Paul, *hilarante y deprimente*: Ahora entiendo por qué se derrumbó el bando socialista, bromeaba. El *verbatim* de la reunión estaba plagado de una serie de comentarios entre corchetes [Consideraciones matemáticas inadecuadas] que eran cada vez más numerosos, pues cada vez el informante andaba más perdido en las discusiones de los especialistas presentes: los funcionarios que «trataron» la fuente se vieron obligados a reconocer que su

«informador» no entendía ni papa, y que, por consiguiente, ellos tampoco.

Lo que sí detectó Paul, en cambio, fueron los «vacíos» de su expediente: Maja Scharnhorst era mencionada a menudo, claro está, las interacciones con Maja Scharnhorst, las conversaciones, las cartas, los desplazamientos con Maja. Ahora bien, de Maja propiamente dicha no había nada: el expediente de Paul remitía a numerosas referencias de la HVA, la inteligencia exterior de la Stasi, que se ocupaba principalmente de la Alemania del Oeste.

Maja también solicitó que le entregasen su expediente, tal como tenían derecho a hacer todos los ciudadanos: la respuesta fue (por lo menos eso es lo que ella nos contó a Paul y a mí) que su expediente de la HVA no existía, que ya no había ningún expediente a nombre de Maja Scharnhorst. Lo cual, teniendo en cuenta sus actividades políticas y su historia, era del todo imposible. Así que fue destruido, tal como sucedió en 1989 con otros muchos expedientes de personalidades occidentales. Tal vez los restos de esos documentos se hallasen entre los cincuenta millones de páginas de archivos que fueron rasgadas al final de la RDA, millones de páginas que, a su vez, fueron a parar a unos dieciséis mil sacos de pedacitos de papel que se iban a intentar reconstruir costase lo que costase.

Cuando Maja me contó eso, que el «asunto de los sacos» había salido a la luz y que una primera estimación del tiempo necesario para reparar *a mano* los documentos destruidos preveía una duración equivalente más o menos a la de un viaje a Plutón en bicicleta, enseguida pensé en Irán y en el ayatolá Jomeini: y es que la patria de Tusi y de Jayam, nacidos respectivamente en Tous, en el suburbio de Mashhad, y en Nishapur, unas cuantas parasangas más al sur, es decir, a una semana a caballo de Teherán, fue también la de la Revolución Islámica de 1979.

En Teherán, en el edificio de la antigua embajada de Estados Unidos, los «estudiantes alineados con el imán Jomeini» reconstruyeron pacientemente, durante meses, los documentos que los diplomáticos estadounidenses habían pasado por la trituradora. Hay fotografías de la época que muestran a estos jóvenes en aulas (el

edificio de la embajada de Estados Unidos en Teherán se parece mucho a una escuela de secundaria) yuxtaponiendo tiras de papel de dos milímetros de ancho para restaurar su contenido; todos los documentos así obtenidos fueron publicados por esos «estudiantes alineados con el imán», y los libros sobre las actividades clandestinas del Gran Satán en Irán se venden allí mismo, en la antigua embajada transformada en museo «del orgullo y la vergüenza».

Transformar el edificio de Lichtenberg en Berlín en un museo del Orgullo y la Vergüenza no habría estado mal: hoy se trata simplemente de un «museo de la Stasi», sin estudiantes restauradores de papeles rasgados.

Más de treinta años después del final de la Alemania del Este, conseguí una copia del expediente de mi madre; los ordenadores o las jóvenes manos habían logrado reconstruir lo que la Stasi sabía de Maja. Aquellos que insinúan que más valía esperar tanto tiempo como fuera posible antes de que esos documentos fuesen accesibles, debido a su contenido potencialmente incendiario, son lenguas viperinas, perezosas.

Las cadenas, los fantasmas.

Irina, tu padre está muerto, eso es lo que me dijo Maja por teléfono, Irina, Paul está muerto, como si se lo estuviera notificando a sí misma para tratar de convencerse. El cuerpo lo hallaron, ahogado, una semana después de que no volviera a dormir a su habitación de hotel. No está claro a qué hora murió, ni siquiera qué día. Mucho menos las circunstancias. Fui a Gerona, donde estaba depositado su cadáver, y a Barcelona, donde el consulado me ayudó a cumplimentar los trámites judiciales relativos, cito, a la expatriación del cuerpo. Por un lado lo repatriaban, por otro lo expatriaban. Los muertos aún circulan con mayor dificultad que los vivos. Unos días después del funeral (Maja se había encargado de organizarlo, para mi gusto había demasiada gente), fui a su casa en Pankow, calle Elsa-Brändström, número 32, en la esquina de la calle Trelleborger.

Al llegar ante el edificio, saludé como hacía siempre al elefante de la fachada: un bajorrelieve que data de los años veinte, colocado justo encima de la puerta de entrada; un elefante de perfil, pasando hacia la izquierda, entre la moldura del marco y la ventana del hueco de la escalera. Un elefante bastante dócil, de larga trompa y hermosos colmillos. Subí al segundo piso. Paul Heudeber había vivido de alquiler en ese apartamento desde 1953. Al sur de Pankow, es verdad que no muy lejos de los círculos dirigentes de la RDA, pero tampoco demasiado cerca. Su posición durante toda su vida.

Mientras esperaba a los de la mudanza, estuve dando vueltas por el apartamento. Había cajas de libros de matemáticas con encuadernaciones grises, obras de Marx y Sartre, novelas de Döblin, de Christa Wolf, de Günter Grass. Una torre Eiffel de latón dorado. Fotos de Maja, de mí. Gorras. Ya estaba todo ordenado en montones, por categorías; los manuscritos científicos pasarían a formar parte de

las colecciones de la biblioteca del Instituto; Maja quería quedarse algunas cosas, yo otras; dejé aparte algunos recuerdos para sus seres queridos, el disco *Chausseestrasse 131* de Wolf Biermann para Jürgen Thiele, por ejemplo. La mayoría de los objetos y los muebles partirían Dios sabe adónde con los de la mudanza. Aparte de la impresionante cantidad de papeles (correspondencia, borradores), advertí entonces hasta qué punto mi padre había vivido en una especie de austera sencillez: la mayoría de los muebles databan de los años cincuenta; no había acumulado gran cosa.

Me pregunté si, cuando uno decide terminar, ordena su apartamento de un modo especial; si deja pistas, rastros. Cuando mi padre decidió pasar un mes en la costa catalana, ¿sabía que no iba a volver? No lograba acordarme con exactitud de la última vez que se despidió de mí. Para mí nunca era un adiós.

Llegaron los de la mudanza. En un visto y no visto el apartamento estaba vacío. Curiosamente, solo quedó el teléfono gris de disco, dejado directamente sobre el suelo de parquet; en la Alemania del Este el teléfono era un bien tan preciado y tan escaso, pensé. Dudé si llevármelo, pero era ridículo, no me iba a ser de ninguna utilidad, y además pertenecía al Estado. No, al Estado ya no, a la Compañía.

Cerré la puerta tras de mí, bajé las escaleras, llegué a la calle, le dije adiós al elefante y fui a tomarme un café en la panadería que acababa de abrir justo al lado.

De pequeña siempre le preguntaba a Paul por qué había un elefante tallado sobre la puerta del edificio; papá respondía:

–Este edificio fue construido con el dinero conseguido con la venta de los colmillos de los elefantes cazados de noche en las inmediaciones del Weissensee por la prestigiosa Sociedad de la Caza Imaginaria de Pankow. Hay que rendir homenaje al animal que nos permite tener un techo.

Yo suspiraba, insistía: No, en serio, ¿por qué? Y Paul, a falta de otro argumento más plausible, encontraba uno mucho más bonito:

–Es para indicarles a los transeúntes que este edificio y sus habitantes tienen la fuerza del falansterio; que avanzamos obstinadamente hacia la utopía.

XXVII

Esta vez lo sabe. Escuchar; él escucha. Le pone la mano en la boca a la mujer con fuerza. Ella abre mucho los ojos, el miedo en su mirada, él se lleva un dedo a los labios. El silencio no los va a salvar. Ella ha entendido, también ella lo ha oído. Los chasquidos y las voces.

La Roca Negra es un laberinto de muros derrumbados que ahora recorren la niebla y el miedo.

El sol ha pasado al otro lado de las montañas, las sombras ausentes dejan su fosforescencia en las piedras, la vegetación es negra de pavor, ella percibe sonidos de hombres, pesados, los ruidos de los soldados, el opaco y el chasquido, las voces de los soldados, despreocupados, cuántos son,

él se ha ido fusil en mano,

ella se esconde en un rincón donde no llega ninguna luz, tiene consigo su equipaje, el asno pasta en alguna parte,

ella escucha,

una corneja grazna,

la corneja advierte a los suyos de la presencia de los hombres,

los gorriones se llaman, se buscan en la primavera,

un herrerillo canta, su canto sofocado por frases humanas, demasiado lejanas para que pueda entenderlas, voces ensordecidas por las piedras, voces pedregosas, hombres que hablan,

ella escucha, roces, gritos, ruido de armas, un disparo estalla en la noche y resuena en la montaña, la detonación ronda la Roca Negra, los pájaros echan a volar, las alas chasquean,

oye bramar al asno,

escucha un segundo disparo,

escucha la voz del desertor,

por ahí, a la izquierda,

él no grita.

Las sombras ganan terreno, la base de los muros ya está en la oscuridad,

me acurrucaré en la oscuridad hasta desaparecer, y cuando llegue el alba se habrán ido,

ella sabe que no será el caso,

en el cielo no hay ninguna estrella y presiente que esas voces que se alían se alían contra ella, que nadie está de su lado, que su lado no existe, de no haber estado herida podría haber intentado escapar, descender por el largo sendero escarpado con sabor a abismo y sudor,

mi corazón, su ritmo de ametralladora resuena en toda la montaña, tengo la boca seca, tengo frío, desde que empezó la guerra tengo frío, meses y meses de frío, quiero partir hacia el norte para escapar del frío glacial del mar, de la ciudad, del país, las que estaban conmigo ese día no quisieron marcharse, ellas ya han pagado dijeron, han pagado con su cuerpo y su vergüenza han pagado pueden quedarse, quedarse rapadas, quedarse violadas, quedarse cagadas, quedarse en el establo, en el frío intenso del establo, el frío absoluto de la guerra que aún durará años, la noche, en los sueños de todos, los torturadores y los torturados,

yo no puedo quedarme en el frío de la guerra, aunque muera aquí en la Roca Negra, en este viejo castillo, este antiguo vestigio de unos soldados de los que nada se sabe, si fueron vencedores o vencidos, si alguna vez se batieron en estos parajes, tan cercanos a la frontera,

siento el deseo del hombre,

el deseo de posesión en sus caricias, sus manoseos, me tocaba el muslo, me ha curado,

antes de la guerra era un pobre diablo en una familia de pobres diablos, desde el primer día de la guerra llevaba un arma, desde el primerísimo,

aún no llevaba uniforme y ya llevaba un arma,

desde el primer amanecer él y con él otros ya golpeaban a muerte,

desde el primer sol ya cargaban en camiones,

desde la primera noche asesinaban en grupo.

Antes de ser expulsados por la oscilación de la guerra,

al otro lado de la línea moviente de la guerra.

El frente se retorcía y se contorsionaba como un herido por el dolor, en el suelo,

el frente eran avances y retiradas,

el frente era derrota, calma, silencio tras repentinas derrotas,

luego desmoronamiento, recuperación,

ocupación y recuperación y yo me desmoroné en la paja del establo,

escondí mi pelo rapado bajo un pañuelo y le pedí al asno tuerto que me acompañara hacia el norte,

hacia donde ya habían partido todos,

estrellarse contra la frontera como la nariz contra un escaparate,

de pequeños le echábamos el aliento,

para dibujar nubes opacas en el cristal.

Y ahora escucho la voz del arma que acabará conmigo después de haberme tenido unos días como esclava,

la voz del arma que acaba de matar al asno,

la voz de los soldados que le preguntan al desertor qué tiene que ofrecer a cambio de su vida,

soy un bien monetizable,

me he escondido la larga aguja de acero entre el vendaje y la férula,

moriré matando.

Acaba de sorprender a los soldados saltando desde la penumbra, en la luz apagada del crepúsculo, apuntándoles con el arma, son tres,

tienen tu misma edad, llevan tu uniforme gris,

sin insignias,

son desertores, también ellos esperan cruzar mañana la frontera,

nos reconocemos, no nos conocemos, fraternizamos con desconfianza, uno de los soldados de pronto encara, apunta a la noche más allá de uno de los muros y dispara,

un caballo, o un ternero, qué suerte,

el asno se ha puesto a bramar,

es un asno, idiota, es mi asno,

los soldados lo miran, y tú qué haces con un asno,

otro se acerca al murete, encara y también él dispara,

para, imbécil, vas a alertar a todo el valle,

yo disparo si me da la gana, en este valle no hay nadie aparte de tres campesinos, caballos y buitres,

¿y tú qué tienes aparte de un asno y un fusil?

Él se calla, sabe que si no quiere perderlo todo tendrá que compartirlo,

compartir o matar,

eso te dice tu experiencia de la guerra.

Va a tener que ser astuto para evitar el fuego de tres armas. Aliarse.

Observa bien esas tres caras, uno de ellos tiene los ojos claros, el pelo liso y negro pegado a la frente por la mugre, pómulos afilados, labios ausentes, apenas una línea entre la nariz y el mentón, barba corta de una semana; su uniforme es prácticamente nuevo, el cuero de la correa brilla a la altura del hombro, el cañón de su fusil no tiene un rasguño, de qué huye si no ha combatido; el segundo es pequeño, macizo, tiene la cara como aplastada, demasiado ancha, la mano del Señor lo aplastó al salir de la matriz, apesta a estupidez y crueldad, es el que ha pegado el segundo tiro, lleva la chaqueta sucia, manchada de aceite, tiene las manos negras de grasa, es un mecánico o un conductor; el tercero es más esbelto, puede que más joven, su cara es tierna, su mirada es también tierna, sus mejillas redondas, el pelo rubio.

Se ha levantado viento,

estamos en unas nubes heladas, vamos a encender un fuego,

el jovenzuelo prepara una hoguera en un rincón como hizo él mismo hace unas horas,

las llamas atraviesan la materia oscura, las chispas son arrastradas por el viento y desgarran la noche como balas trazadoras,

él duda si decir la mujer, duda, pero pueden descubrirla tan fácilmente,

dice la mujer a los tres soldados, Señor ten piedad, ordenará a sus ángeles que te protejan.

Ella ha escuchado cómo su voz la traicionaba. No sabe si arrastrarse, intentar arrastrarse para escapar, ha entendido que el asno ha muerto tiroteado por el soldado, también ella está dispuesta a morir pero antes matará, matará salvajemente a uno de los soldados, se ahoga con el miedo y la gélida humedad de la Roca Negra, no hay cielo, no oye ningún pájaro, ningún animal de ninguna esperanza, ahí es donde comprende que la guerra está perdida.

Todo va demasiado rápido.

He sufrido más que vivido, la primavera se abre al invierno del odio y de la muerte.

Deja que los brazos la arrastren por el suelo hasta la habitación donde han encendido su fuego, así la rama o los despojos,

él observa las llamas en cuclillas apoyado en su fusil, los tres soldados han echado toda la leña al fuego, sus luces superan los muros de mampuestos rojos y blancos, construyen un espacio nuevo, una celda de luz para una nueva tortura,

observas cómo los tres soldados se excitan con su hallazgo, se regocijan de su suerte,

el mecánico se frota las manos grasientas una contra la otra, sus ojos podrían encender un brasero, la boca babea como ante un asado,

le han arrancado la camisa,

la piel de la mujer se vuelve ambarina de ondas por el deseo y el incendio,

las equimosis,

me tapo los senos con el brazo izquierdo no ven la férula mi mano derecha me apoyo en la cadera,

la falda levantada sobre las piernas ellos quieren ver ya no hablan solo gruñen,

el soldado de los ojos claros, de los labios ausentes, le sube la falda con el cañón de su fusil como si tuviera miedo, tiene miedo,

el joven de las mejillas sonrosadas tiene la boca deseante, las manos incrédulas, los pies se le tuercen,

tú estás agachado detrás de ellos fusil en mano a esta distancia podrías acabar con la mujer de un tiro en la cabeza para que no sufra, podrías largarte adentrarte en la oscuridad para no ver, irte lejos para

no oír, podrías llegar a la frontera tú solo,

el cuerpo de la mujer mancillado y estrangulado quedará para los buitres,

al alba vendrá un zorro rojo, olisqueará el cadáver desnudo, mordisqueará la carne de un costado, el inmenso penacho de su cola refulgirá de alborada, el hambre lo impulsará a despedazar las partes más tiernas, a anegar sus colmillos de sangre apenas espesada,

también él se olvidará de sí mismo en el placer de devorar,

el soldado de los ojos claros, de los labios ausentes, ha subido la falda con el cañón de su fusil hasta el sexo de la mujer, ella gime, unas lágrimas de rabia brillan con el reflejo de las llamas que no cejan,

ella se aguanta la falda con la mano con que se tapaba los senos,

el soldado joven parece inmenso, quiere acostar su sombra inmensa sobre la mujer clara y a pesar suyo se inclina hacia delante,

no se oye nada,

ya no se oye más que el gemido de la mujer y la leña en llamas,

ya no se oye nada,

no se oyen más que los ruidos de la baba del mecánico y el murmullo de la sombra del soldado joven,

el soldado de los ojos claros, de los labios ausentes, se ha inclinado sobre la mujer, se ha acostado junto a ella,

vas a matar a la mujer,

yo soy la luz del mundo,

quien me acompañe no caminará en la oscuridad sino que tendrá la luz de la vida,

Señor recibe a esta mujer ten piedad de mí y entonces agarras tu fusil que nadie ha oído cómo cargabas, sopla el viento y levanta tempestades de chispas y llamaradas,

rodeo el cuello del soldado con mi brazo derecho, su cara no está lejos de la mía, sonríe, la cara de labios casi ausentes, de ojos claros sonríe, tiene la mano entre mis piernas grito de repente grito de arrojo y de fuerza, la aguja asciende tan rápido que apenas le da tiempo a brillar en las llamas, penetra de abajo hacia arriba, se hunde tan fácilmente, yo retengo con el brazo el torso del soldado contra mí, de su boca sale un grito atroz, del ojo claro mana una grasa rojiza y la

aguja avanza, las entrañas del ojo resisten pero la aguja avanza, oigo una detonación, una caída, oigo una segunda detonación y todo se vuelve negro, todo se vuelve negro, la luz baja y yo creo desmayarme mientras que el grito no cesa incluso cuando la aguja ha penetrado el ojo en toda su sangrienta longitud.

Ha retirado del fuego el cuerpo del mecánico, su cara chamuscada; las llamas han vuelto a crecer, su luz ha invadido la estancia a cielo abierto sin más estrellas que las brasas, ha traído a la mujer a su lado, la ha ayudado a ponerse la camisa, la ha abrigado con la chaqueta de uniforme de un muerto, estaba temblando. Ha arrastrado los cadáveres fuera de los muros, tratando de no mirar ni el ojo reventado ni la fuerza última que lo hizo estallar. Ha recogido las armas, la munición, los pertrechos, ha encontrado una buena cantimplora de alcohol blanco y algo de pan militar; le ha dado la mitad del pan a la mujer, también agua. La ha ayudado a moverse. Unas horas más tarde, cuando el silencio era tan absoluto como lo permitían el viento y las aves nocturnas, el asno ha subido la cuesta de la Roca Negra hasta su dueña; ella ha llorado de alegría, lo ha acariciado, lo ha curado como ha podido.

Mientras tanto, él se ha encerrado bajo las estrellas ausentes y se ha bebido el alcohol blanco, a pequeños sorbos, hasta caer en un sueño grave, poblado de cadáveres y de todo tipo de carroñeros.

XXVIII

Bajé del autobús en la parada de Wieland-Herder.

Caminé.

Friedrich Schiller, que había recibido recientemente el derecho a llamarse Friedrich *von* Schiller y la carta de ennoblecimiento que oficializaba ese derecho, adquirió en Weimar para sí y para su familia la bonita casa amarilla de dos pisos que hay al borde de esta explanada tan civil, plantada de hayas, donde parece agradable pasear de librería en librería o tomarse un café en las numerosas terrazas que aprovechan la ausencia de vehículos de motor para extenderse por la calzada. Las casas de los alrededores también parecen de esa misma época, del siglo XVIII, y es probable que, aparte de los árboles, nada haya cambiado desde los tiempos en que Wolfie Goethe llamaba al timbre de la casa de su amigo Friedrich para ir a la taberna, o para subir juntos a dar un paseo por el Ettersberg; eso si había timbre (me doy cuenta de que soy absolutamente incapaz de pasear por una ciudad sin tratar de rebanarla en estratos temporales y leerla como un libro de historia) en aquella época. Schiller debía de ser feliz en Weimar. Lo mantenían las autoridades, tenía amigos. En el castillo de Ettersburg había escrito durante un mes *María Estuardo*, luego terminó, esta vez en su despacho, *La novia de Messina*, *Guillermo Tell*, y justo antes de morir de tuberculosis en mayo de 1805, su traducción de *Fedra* del francés Jean Racine. En un folleto turístico de la Fundación Clásica de Weimar, leí que Schiller es una hidra, que a día de hoy posee varios cráneos (siendo el más famoso el que Goethe contempla en 1826, que describe en un famoso poema y que conserva en su casa, bajo una campana de cristal, bien colocadito sobre un cojín de fieltro azul) y que a pesar de los esfuerzos de los especialistas para poner orden en semejante profusión fúnebre, aún hoy se desconoce

cuáles de esos huesos pertenecen realmente a Schiller; al parecer, hace unos diez años que dejaron de investigar.

Rusia amenaza con volver a bombardear Kiev, cerca de diez mil personas han muerto en Mariúpol según el alcalde de la ciudad, la mayor parte de la cual está en manos de las tropas rusas y los paramilitares de Wagner.

Anoche, en el hotel de Ettersburg, leí el contenido del expediente de Maja. La información de la Stasi. Las mentiras de mi madre, mecanografiadas por funcionarios de la HVA. Todo lo que comunicó como información de inteligencia hasta 1985; no seguí leyendo. Al principio lágrimas de rabia, una tristeza desamparada, una soledad absoluta; ya no podía pensar, miraba el ir y venir de los clientes y los empleados en el patio del castillo. No retomé la lectura hasta mucho más tarde, casi en mitad de la noche, la luna iluminaba el ala opuesta del castillo entre dos nubes. Allí estaba toda nuestra vida, en unos papeles rasgados deprisa y corriendo y luego pacientemente reconstruidos. Lo que habíamos vivido. La vida tranquila y fácil de mi padre. Las facilidades que tenía yo para visitarlo en el Este cuando era una niña, luego una adolescente, luego una adulta. Los visados de salida de mi padre para ir al Oeste, a París, a Londres. Su línea telefónica, su apartamento, sus puestos oficiales, todo cuanto ella había conseguido para él. Para mí.

La larga investigación de que fue objeto en el Oeste, la forma en que la HVA la estuvo protegiendo, las sospechas de la propia HVA, la posibilidad de que fuera un agente doble, el temor de la Stasi de que lo fuera, merecía la pena correr el riesgo.

¿Dónde están las verdades de una vida de ilusiones?

En mi propia ingenuidad.

En las medias tintas de Jürgen Thiele.

En la culpabilidad de mi madre.

Algo que Paul sabía. Algo que le había perdonado. Algo que él no quería ver.

Hacia las cinco de la mañana, mi pasado estaba esparcido en ruinas por el parquet de la habitación, esa hermosa habitación alemana de techo tan alto y cama tan estrecha.

El alba no acababa de llegar.

Me pasé una hora dormitando en la bañera; hirviendo, dejé que el agua se fuera enfriando lentamente. Estaba roja y arrugada.

Bajé a desayunar, me hice un buen sándwich con un panecillo y varias capas de jamón ahumado, queso, ensalada, huevo duro, y luego me lo dejé en el plato. Hasta el café me daba asco. Salí, caminé sin rumbo, acabé en un autobús que iba hacia el centro de Weimar.

Subí sin billete. Toda mi vida he odiado viajar sin billete cuando las circunstancias me han obligado a ello. Pasajera clandestina.

Llegué a esa gran plaza no lejos del Frauenplan y de la Casa de Goethe. En la parada de Herder-Wieland.

Bordeé el río Ilm y recorrí el parque sin ver nada a mi alrededor. Mis recuerdos estaban contaminados, ya no sabía si debía reconocer lo que había a mi alrededor, árboles, monumentos, lugares de historia; los cuartetos de Jayam estaban contaminados, los poemas en árabe y persa que Goethe había amado, todo estaba apolillado, plagado, impregnado de mentiras. Aquello que siempre había visto en los textos ahora me devoraba a mí, sentía mis piernas, mi entrepierna, mi vientre perforado de agujeros, de llagas, me disolvía en lo falso, no me quedaba ninguna verdad, como Weimar a mi alrededor.

Los rusos habían bombardeado no sé qué no sé dónde y había muerto más gente, me dijo mi teléfono.

Llegué a la casa amarilla de Schiller. El autor que saludó al nuevo siglo justo antes de morir.

Me tomé un café en una de aquellas terrazas tan agradables.

Decidí volver a pie desde el centro de la ciudad hasta el hotel-castillo de Ettersburg; entre dos alertas sobre la situación en Ucrania, mi teléfono me dijo que necesitaría unas dos horas de ascensión por el bosque, con un desnivel total de doscientos setenta y siete metros, ciento noventa y tres metros positivos y luego un descenso de ochenta y tres metros: tres números primos. Auspicioso. Para mi edad estoy en buena forma, eso me dicen mi médico y mis amigos. Pasé por delante de la estatua de Goethe y Schiller dándose la mano, seguí todo recto por el Museo de la Bauhaus, crucé las vías del tren.

En 1942, el director de los Museos de Weimar, en previsión de un

bombardeo aéreo y de acuerdo con el alcalde, decide organizar la protección de las colecciones prestigiosas de los diferentes lugares de memoria de la ciudad. Museo de Arqueología, Museo de Bellas Artes, casas de Goethe y Schiller. Se le ocurre la idea de encargar cajas de madera en el campo de concentración de Buchenwald, en el bosque, pues allí hay un taller de carpintería y tienen un hayedo a su disposición. Cuarenta grandes baúles de madera para embalar muebles y libros de la Casa de Schiller, de la Casa de Goethe y de las colecciones del Museo de Historia Antigua.

El director también desea encargar a Buchenwald unas copias de los muebles de la habitación del piso superior de la Casa de Schiller: el lecho de muerte de Schiller, el buró en el que escribía y la espineta en la que tocaba danzas de Haydn, así como un sillón por piso. Todos estos muebles fueron cargados en un camión y confiados a las SS para que realizaran las copias. Fue así como el escritorio de Schiller y las danzas de Haydn acabaron encerrados en Buchenwald y los detenidos se pusieron manos a la obra para copiarlos. No solo fue necesario encontrar prisioneros ebanistas, sino también un fabricante de pianos para la espineta; en Buchenwald estaba el mundo entero, y las copias fueron perfectas.

El 19 de octubre de 1943, el escritorio de Schiller regresó a Weimar.

De modo que Schiller no escapó por completo del campo de concentración. También él estuvo allí.

Me imagino a mi padre en Buchenwald, en 1942, escribiendo una parte de sus *Conjeturas* sobre el escritorio de Schiller, el verdadero o el falso. Paul Heudeber sentado allí donde Schiller había escrito *Guillermo Tell*, ese relato de lucha por la libertad, contra la injusticia. Hoy en día las copias de los muebles, el escritorio, la espineta y los sillones están en el Museo de Buchenwald. Todo está contaminado por la mentira.

Tras una hora de ascensión, ya agotada y sin aliento, llegué a una encrucijada. En la bifurcación de dos vías se erige un obelisco: a la derecha, la ruta vuelve a bajar hacia el Ettersburg; a la izquierda

comienza la Ruta de la Sangre, la que conduce a Buchenwald, el camino de la muerte que los prisioneros fueron obligados a construir ellos mismos.

Me senté en una de las losas junto al obelisco de granito rosa, por un breve momento pensé en Egipto, en Asuán, en el obelisco inacabado de Siena, todavía tumbado en su cantera.

Pasé unos largos minutos dudando si tomar una dirección o la otra, y, tras levantarme con cierta dificultad, me encaminé hacia el campo.

Regresa Mathias Enard con una deslumbrante novela que indaga en cómo la guerra afecta a lo más íntimo de nuestras vidas.

«La Historia no ha acabado con la humanidad, todavía. Por eso Enard no ha renunciado a relatar su barbarie».
Grégoire Leménager, *L'OBS*



En medio de un indeterminado paisaje mediterráneo, un soldado exhausto y cubierto de suciedad huye de la violencia de la guerra, pero su plan de cruzar la frontera se tuerce cuando se encuentra con una mujer que también intenta escapar de la barbarie.

El 11 de septiembre de 2001, a bordo de un barco fluvial en las afueras de Berlín, el atentado contra las torres del World Trade Center interrumpe unas jornadas para rendir homenaje a Paul Heudeber, un brillante matemático de la RDA que, a pesar del fracaso de la utopía comunista, permaneció fiel al lado oriental del muro hasta su muerte. Casi veinte años después, y con la guerra de Ucrania de trasfondo, la hija de Heudeber evoca ese día y la trágica vida de Paul y de su

madre, una figura ausente y contradictoria.

La escritura precisa, poderosa y sofisticada de Mathias Enard se pone al servicio de estas dos historias cruzadas, que funcionan cada una como reflejo de la otra, para conformar un relato vibrante y brutal a caballo entre los porosos límites de la civilización y la barbarie. *Desertar* nos habla de la guerra y la supervivencia, de las utopías y las decepciones que conllevan, y de cómo la política y el belicismo siguen afectando a lo más íntimo de nuestras vidas.

La crítica ha dicho:

«Una magnífica novela doble que explora el eterno retorno de la guerra y la violencia».
Marie Richeux, *France Culture*

«*Desertar* forma un todo. El estilo actúa como una fuerza magnética. La historia se desarrolla con aparente ligereza y fluidez. Mathias Enard no es solo un ogro rabelaisiano, es también un mago. Demuestra que todo está relacionado, que forma parte del mismo tejido histórico, sin simplificar las cosas ni ceder a la caricatura. La novela lo hace posible, es una formidable máquina de dar sentido, o sentidos posibles, sin imponerlos».
Julien Burri, *Le Temps*

«Su nueva obra es brillante. Nunca se sabe adónde nos llevará una nueva novela de Mathias Enard. Como un *djinn* benévolo, nos ayuda a descubrir mil y una historias cada vez: basta con entrar en sus libros como si frotáramos una lámpara mágica para viajar a mundos y tiempos diferentes».
Gilles Heuré, *Télérama*

«Una novela de una ambición salvaje: en estas magníficas páginas emerge una asombrosa imagen de la totalidad».
La Gruyère

«*Desertar* consagra a Enard como un gran novelista de la condición humana. Una vez más, ha sabido combinar una erudición apasionante con un modo de escribir que brota de las entrañas».
Jean Birnbaum, *Le Monde des Livres*

Mathias Enard nació en 1972 en Niort, Francia. Tras cursar estudios de árabe y persa, y pasar largas estancias en Oriente Próximo, en el año 2000 se estableció en Barcelona, donde participó activamente en varias revistas culturales, entre ellas la desaparecida *Lateral*. Miembro del consejo de redacción de la revista *Inculte* en París, en 2005 fue elegido escritor residente en la prestigiosa Villa Médicis de Roma. Ha ejercido de profesor de árabe en la Universidad Autónoma de Barcelona. Enard es autor de las novelas *La perfección del tiro* (2004), *Remontando el Orinoco* (2006), *El manual del perfecto terrorista* (2007), *Zona* (2008), *Habladles de batallas, de reyes y elefantes* (2011), *El alcohol y la nostalgia* (2012), *Calle de los Ladrones* (2013) *Brújula* (2016) y *El banquete anual de la Cofradía de Sepultureros* (2020).

Ha sido galardonado con diversos premios, entre los que cabe destacar el Premio de la Francofonía 2004, el Prix Décembre, el Prix du Livre Inter, el Premio Goncourt de los Estudiantes en 2010 y el Premio Goncourt 2015 por *Brújula*.



Titulo original: *Déserter*

Primera edición: octubre de 2024

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Trevillion

ISBN: 978-84-397-4347-7

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[1] En español en el original. *(N. del T.)*

[2] Sovietische Besatzung Zone: Zona de ocupación soviética.

Índice

Desertar

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Sobre este libro

Sobre Mathias Enard

Créditos